

JULIÁN CARRÓN

¿HAY ESPERANZA?

LA FASCINACIÓN DE UN DESCUBRIMIENTO



JULIÁN CARRÓN

¿HAY ESPERANZA?

La fascinación
de un descubrimiento

© 2021 Fraternità di Comunione e Liberazione

Traducción: Belén de la Vega

INTRODUCCIÓN

«Lucharon vida y muerte en singular batalla»¹. La liturgia cristiana de la Pascua describe sintéticamente con estas palabras la excepcionalidad del evento que celebra. Tal excepcionalidad destaca por el hecho de que entre la vida y la muerte nunca se ha producido una batalla *real*. Se trata de una forma de hablar, porque de partida ya se sabe quién será el vencedor. ¿Puede darse una auténtica partida cuando se conoce el resultado de antemano?

No hay que esperar hasta el último día para darse cuenta de ello. Los jóvenes lo perciben enseguida. Lo he podido constatar recientemente en un encuentro que he mantenido en conexión por vídeo con un grupo de estudiantes del último curso de bachillerato. A esa edad, perciben ya los primeros síntomas de la nada que acecha sobre su vida cotidiana, como un anticipo de muerte: «Mi vida se está marchitando lentamente»; «El entusiasmo inicial ha decaído desde hace un tiempo, ahora ya no tengo el impulso que tenía»; «Estoy completamente apático. Nada me toca, nada me atrae». Y sin embargo, no están resignados. Es la percepción aguda de los síntomas lo que, paradójicamente, enciende de nuevo en ellos el deseo de vida; lo llevan –igual que nosotros–, impreso en el ADN de su humanidad, y explota como una pregunta que no consiguen frenar: «¿Qué puede destruir de verdad el

¹ Misal romano, Secuencia «Victimae paschali».

aburrimento, la apatía, y hacer que pueda empezar a vivir otra vez?». Por muy jóvenes que sean, son ya el campo de batalla entre el ansia de vivir y el miedo a que todo termine en la nada. A diferencia de ellos, nosotros los adultos tenemos suficiente historia a nuestras espaldas para saber que cualquier intento nuestro será demasiado débil. El final es algo anunciado, la muerte siempre sale victoriosa. Por eso, decía, hablar de batalla equivale a usar un eufemismo.

En este sentido se puede percibir estupendamente el sentido y la audacia de la liturgia pascual. «En efecto, si Cristo no hubiera resucitado, el “vacío” acabaría ganando. Si quitamos a Cristo y su resurrección, no hay salida para el hombre, y toda su esperanza sería ilusoria. Pero, precisamente hoy [el día de Pascua], irrumpe con fuerza el anuncio de la resurrección del Señor, que responde a la pregunta recurrente de los escépticos, referida también por el libro del Eclesiastés: “¿Acaso hay algo de lo que se pueda decir: Mira, esto es nuevo?” (Ecl 1,10). Sí, contestamos: todo se ha renovado en la mañana de Pascua. “Lucharon vida y muerte en singular batalla y, muerto el que es la Vida, triunfante se levanta” (Secuencia pascual). Esta es la novedad. Una novedad que cambia la existencia de quien la acoge»².

Sin la resurrección de Cristo no habría verdadera batalla. El anuncio del «hecho», entendámonos, no predetermina la batalla que se libra en cada uno de nosotros. Más aún, al hacer realmente posible la batalla, en dicho sentido, la desencadena.

² Benedicto XVI, *Mensaje Urbi et Orbi*, 12 de abril de 2009.

Entonces es necesario preguntarse: para los hombres de hoy, que reivindican un uso pleno de su razón y su libertad, ¿es todavía creíble el anuncio de la resurrección de Cristo? La respuesta a esta pregunta exige hacer referencia a la historia, a nuestra experiencia personal, únicos ámbitos en donde pueden salir a la luz las razones de la credibilidad de la noticia. Es en la vida, en la experiencia concreta, donde el anuncio debe demostrarse creíble.

En estos tiempos de pandemia se nos ha ofrecido una ocasión paradójicamente propicia para realizar esta verificación. Estamos asistiendo a un enfrentamiento a campo abierto entre el ser y la nada; una batalla singular por su alcance y sus dimensiones, con una parte más visible, de la que dan noticia continuamente los medios de comunicación –las estadísticas de muertos, la saturación de las ucis, las dificultades de la economía–, y una parte más escondida, más personal, con sus consecuencias de miedo, soledad, fragilidad y la consiguiente irrupción de preguntas que han sacudido certezas que parecían consolidadas. Podemos resumirlas en una –la más extendida y desafiante en este tiempo dominado por la incertidumbre–: *¿hay esperanza?*

Esta pregunta fue el tema de los Ejercicios espirituales de los estudiantes universitarios del movimiento y lo ha sido también de los Ejercicios de los adultos de la Fraternidad de Comunión y Liberación. Muchos han contribuido a su realización –se podrá constatar al leer el texto– con cartas y testimonios, al sentirse profundamente interpelados por ella.

El impacto con la dureza de la realidad ha hecho aflorar con más claridad nuestra necesidad humana.

De un modo u otro, todos estamos echando cuentas con la pregunta sobre la esperanza –no hay nada más decisivo para nuestra vida–. Si no logramos encontrar una respuesta adecuada a ella, la muerte no dejará de acechar como una espada de Damocles sobre cada experiencia humana nuestra, por muy verdadera que sea, especialmente sobre las experiencias más significativas.

Por una pasión por la vida, para no resignarnos a pasar cada instante aplastados por el miedo a la muerte –por el vacío de sentido–, hemos decidido mirar cara a cara esta cuestión, como hombres y mujeres que no tienen intención de perder la vida viviendo, sin tomar atajo alguno. Decía don Giussani hace años: «Cuando nos juntamos, ¿por qué lo hacemos? Para arrancar a nuestros amigos y, a ser posible, a todo el mundo, de la nada en la que vive el hombre»³. Este es el ímpetu que sostiene el recorrido de las páginas que siguen, concebido como ayuda para no hacer trampas con nosotros mismos, para no renunciar a nuestro deseo de vida, para estar abiertos a la fascinación del descubrimiento de una respuesta creíble a la espera en la que se expresa nuestra humanidad.

³ L. Giussani, «Mensaje a la peregrinación a pie Macerata-Loreto», 14 de junio de 2003, *Tracce-Litterae communionis*, n. 7/2003, p. 105.

CAPÍTULO 1

«PEOR QUE ESTA CRISIS, ES SOLAMENTE EL DRAMA DE DESAPROVECHARLA»

«Peor que esta crisis, es solamente el drama de desaprovecharla»¹. Estas palabras del papa Francisco urgen a una toma de conciencia de lo que nos ha sucedido, de lo que hemos vivido de un año a esta parte.

1. El impacto con la realidad

Para afrontar este desafío, que no ha permitido a nadie quedarse indiferente, nos propusimos desde el principio una hipótesis de trabajo², contenida en una frase de Giussani: «Un individuo que haya tenido en su vida un impacto débil con la realidad porque, por ejemplo, haya tenido que esforzarse muy poco, tendrá un sentido escaso de su propia conciencia, percibirá menos la energía y la vibración de su razón». Siguiendo a Giussani, nos invitamos por tanto a «vivir siempre intensamente la realidad»³, sin censurar nada ni renegar de ello. Una cosa es no poder ignorar o esqui-

¹ Francisco, *Homilía de Pentecostés*, 31 de mayo de 2020.

² Cf. J. Carrón, *El despertar de lo humano. Reflexiones de un tiempo vertiginoso*, Huellas, Madrid 2020.

³ L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, pp. 145, 156.

var el golpe de la circunstancia, y otra bien distinta es vivirla descubriendo la provocación que trae consigo. Con esta hipótesis que verificar, incluso una situación insidiosa como la que ha generado el Covid podía llegar a ser, de forma paradójica, una oportunidad para incrementar nuestra autoconciencia, muchas veces oscurecida, y para percibir con una potencia mayor la energía y la vibración de nuestra razón; es decir, podía convertirse en una ocasión para despertar nuestra humanidad como conciencia, razón y afecto.

¿Qué es lo que ha pasado? Después de más de un año, ¿qué ha sucedido en nosotros y a nuestro alrededor?

Muchas personas han hablado de dos fases, dos rostros de nuestra experiencia ante la pandemia que se corresponden con las dos olas de difusión del virus. La segunda ola, observaba Antonio Scurati, «nos ha pillado tan poco preparados, tan inmaduros como la primera, pero más cansados, abatidos, irascibles y mezquinos»⁴. Como si no hubiésemos sabido aprovechar cuanto había sucedido en la primera fase para crecer, para acrecentar nuestra conciencia y para que se hiciera más profunda la consistencia de nuestra persona. Se intuye por todo lo que ha aflorado en el curso de la segunda ola: un sentimiento mayor de fragilidad, la difusión de la incertidumbre y de la ansiedad, signos que indican, como ha observado Massimo Recalcati, que «el verdadero trauma no es con respecto al pasado, sino al futuro». La segunda ola, «al destruir la ilusión de retomar la vida en la que todos habíamos creído, [...] ha dilatado el horizonte de la pesadilla. El

⁴ A. Scurati, «Un Natale severo (e di speranza)», *Corriere della Sera*, 20 de noviembre de 2020, p. 11; la traducción es nuestra.

segundo tiempo del trauma es más traumático que el primero, porque muestra que el mal no se ha agotado y está todavía vivo entre nosotros. Las esperanzas alimentadas por el verano se han quebrado. Esta desilusión es el sentimiento que prevalece hoy»⁵.

Desde hacía algún tiempo nos habíamos acostumbrado a vivir en un estado de aparente seguridad, haciéndonos la ilusión de que podíamos dominar la realidad. La irrupción del virus tiró por tierra esta ilusión. Pasada la primera ola, sin embargo, bastó poco para convencernos nuevamente de que teníamos la situación bajo control y, por tanto, de que la vuelta a una vida normal estaba al alcance de la mano. Y así, en mayor o menor medida, disfrutamos a fondo del verano. Pero «uno no sabe lo que sabe, ni siquiera qué es lo que desea saber, hasta que a uno lo desafían»⁶.

La segunda ola hizo añicos otra vez el sueño o la presunción, recordándonos, en definitiva, que no podemos controlar la realidad. «Pensábamos», observaba Cesare Cornaggia, «que la muerte era un hecho casual, como un tumor o un accidente, y que las enfermedades infecciosas habían sido derrotadas. En cambio, lo que nos mata es lo desconocido que no vemos, a lo que no sabemos responder. De aquí nace la inseguridad»⁷.

Proporcionalmente al «sentimiento de lo desconocido», ha aumentado también la «inseguridad ante el futuro». Al principio de la segunda ola, Edgar Morin

⁵ M. Recalcati, «Il trauma della seconda ondata. Se cresce la paura del futuro», *la Repubblica*, 31 de octubre de 2020, p. 28; la traducción es nuestra.

⁶ Th. Wilder, *Los idus de marzo*, Salvat, Barcelona 1995, p. 51.

⁷ C.M. Cornaggia, «Ansia, paura, insicurezza: ecco quel che ancora non sappiamo», entrevista de Paolo Vites, *ilsussidiario.net*, 8 de noviembre de 2020; la traducción es nuestra.

fotografiaba el final de la ilusión con la palabra «incertidumbre». «Hemos entrado en la época de las grandes incertidumbres», escribía, subrayando «el carácter multidimensional de la crisis que afecta a la vida de cada individuo, de todas las naciones y de todo el planeta [...]. Todos formamos parte de esta aventura, llena de ignorancia, desconocimiento, locura, razón, misterio, sueños, alegría, dolor. Y de incertidumbre»⁸. A pesar de la intención tranquilizadora de ciertos discursos, del optimismo que ha acompañado a los descubrimientos de la ciencia y de las iniciativas de la industria farmacéutica, en nosotros se esconde todavía, amenazante, la angustia.

Después de más de un año, todavía estamos navegando a tientas, sin saber por cuánto tiempo tendremos que hacerlo, aunque, afortunadamente, las señales de una vía de salida resultan cada vez más concretas. Ya veremos, ojalá las cosas se resuelvan cuanto antes. Sin embargo, la situación descrita, que ha afectado tan a fondo a la vida de las personas, las sociedades y el mundo entero, ha sacado a la luz, desde las entrañas de nuestra vivencia, una pregunta que acompaña a la existencia del hombre: ¿hay esperanza?

«¿Hay esperanza?». El título de nuestros Ejercicios espirituales ha tenido un eco en nosotros y en todos los que han sido invitados a participar en ellos, como sucedió en diciembre, con motivo de los Ejercicios de los estudiantes universitarios. «Siempre destacáis un aspecto que toca algo dentro de mí. ¡Este tema es decisivo!», decía una chica a la compañera de curso

⁸ E. Morin, «Il potere dell'incertezza», *la Repubblica*, 1 de octubre de 2020, p. 27; la traducción es nuestra.

que la había invitado. «El título propuesto», decía otra persona, «ha resonado en mí, ha sido la pregunta que ha acompañado este tiempo».

Este interrogante urge desde el fondo de la dificultad cotidiana. Me escribe una amiga: «Desde el pasado mes de octubre, con la situación pandémica que parecía empeorar otra vez y la violencia generalizada que caracterizaba cada vez más las noticias que se escuchaban, llevo dentro esta pregunta: “¿Tengo esperanza en que las cosas tengan un destino bueno?”. Por desgracia, he podido ver que mi respuesta era: “No lo sé”. Muchas personas han muerto y, después de un año, siguen muriendo por el Covid. Algunos amigos míos y de mi marido, personas queridas para nosotros, se han visto gravemente afectadas por la crisis económica. Además, algunas noticias dolorosas y grandes dificultades que estoy viviendo, en especial en el trabajo, me han llevado a decir: “Ya no estoy segura de que las cosas tengan un destino bueno, todo nos está diciendo lo contrario”. He comprendido que esta pregunta mía desvela en el fondo el miedo de que las cosas, las relaciones y las personas más queridas para mí terminen en la nada. Al principio me resistí a admitir que tenía esa pregunta. Sinceramente, me avergonzaba mucho de ella. Pero me di cuenta de que en mi vida los pasos más importantes que había dado se habían producido a partir de cuestiones incómodas, inusuales y serias. Lo que más me ha “animado” a mirar esta pregunta mía has sido tú. Cuando he sabido que habías elegido como título para los Ejercicios “¿Hay esperanza?”, me he dado cuenta de que eres un amigo de verdad. He pensado: “He aquí un hombre que no solo no tiene miedo de plantearse esta

pregunta, sino que no tiene miedo de plantearse a todos”; por eso te he percibido al mismo tiempo como padre, porque me has ayudado a no tener miedo de mirarme y de amar las preguntas que tengo. Con el paso de los meses esta pregunta se ha vuelto cada vez más acuciante, y me disgusta tener que admitir que todavía no sé darle una respuesta. Mi pregunta es: ¿Qué puede ayudarme a encontrarla?».

La primera ayuda –me apresuro a decir– viene de la pregunta misma, como me han escrito muchas personas. «La pregunta acerca de la esperanza me impresiona por su fuerza. Una vez más, la pregunta nos libera de nuestra mirada parcial para abrirnos a algo distinto; nos corresponde a nosotros la decisión de secundar su impacto o de mitigarlo. La pregunta me parece más pertinente que nunca y no quiero desaprovechar la ocasión». «Me doy cuenta», subraya otra persona, «de que ya desde ahora el trabajo sobre la pregunta propuesta está marcando mi vida cotidiana, haciendo que esté más atenta y abierta a lo que sucede». Y otra persona observa también: «La cuestión es dejar que la pregunta se imponga, se sitúe donde mejor le parezca, sin darnos tregua. “¿Hay esperanza?”. Es una lucha dejar entrar esta pregunta, y una lucha no excluirla de mi día a día; es una lucha no mentir y decirse que, en el fondo, no hay esperanza, para después, por comodidad, hacer como que sí la hay».

2. Actitudes frente a lo que ha sucedido

Cada uno de nosotros está llamado a responder personalmente a la pregunta planteada, observándose

en acción, tomando nota del modo con que mira y afronta la vida, que no ahorra nada a nadie. Tratemos entonces de hacer un recorrido por las actitudes que, frente a lo que ha sucedido, hemos visto darse en nosotros o bien en otros, y que hemos hecho nuestras de algún modo. Esto nos ayudará a tener una conciencia más clara de la pregunta que se ha planteado, de su pertinencia a la vida y de cuál es el camino para poder responder a ella.

a) La tentación de eliminar el dato

El pasado mes de diciembre, la famosa revista estadounidense *Time* dedicaba la portada al «2020», escribiendo el número en negro con caracteres de grandes dimensiones y tachándolo con una gran equis roja. Inmediatamente debajo, en pequeño, una frase: «El peor año nunca visto». Sobre el año pasado se ha puesto una equis simbólica, como queriendo eliminarlo. Pero, como todos sabemos, ¡los tres millones de muertos y la crisis que ha provocado la pandemia –cuyos peores efectos quizá no hemos experimentado todavía– no se pueden eliminar! «Esta es la historia de un año que nunca querrás volver a mirar»⁹. Así empieza el editorial de Stephanie Zacharek.

La tentación de eliminar lo que nos pone en aprietos y nos obliga a preguntarnos qué es lo que da sentido a la vida está siempre al acecho, como escribía un universitario: «Si hay o no esperanza en mi vida

⁹ S. Zacharek, «2020. The Worst Year Ever», *Time*, 14 de diciembre de 2020; la traducción es nuestra.

es la pregunta que me planteo todas las noches antes de dormirme desde hace veintiún días, desde que empezó mi aislamiento a causa del Covid. Han sido días difíciles. La enfermedad ha sido bastante severa conmigo. Por ese motivo la respuesta a la pregunta, en una fase inicial, era un tajante: “No, no hay esperanza”. He pasado este período como un momento que había que suprimir. Me he limitado a sobrevivir: me despertaba, comía, me lavaba y trabajaba para volver a la cama otra vez por la noche y repetirlo todo al día siguiente. Mañana seré libre, pero –se trata de un gran “pero”– me pregunto si veintiún días vividos de cierta manera han anulado mi ser, lo que soy». La experiencia de muchos ha estado marcada por una tendencia a sobrevivir y, una vez superado lo peor, a eliminar el momento vivido, con la consecuencia de un debilitamiento de la percepción de uno mismo, de una sospecha sobre el propio futuro.

Por el contrario, otros no han querido cerrar los ojos, no han buscado olvidar, sino que han deseado que la circunstancia no fuese inútil. «Este año ha sido una ocasión estupenda para darme cuenta –como no me había pasado nunca– de lo frágil y limitada que soy; pero no puedo decir que estos sentimientos míos hayan supuesto un mal para mí, sino que me han permitido descubrir la necesidad tan grande que tenía y que tengo de apoyar mi vida en algo distinto de mí, en una plenitud que no construyo yo, que no depende de las circunstancias, que no depende de mí y que se mantiene en pie».

b) *La tristeza y el miedo*

Muchos sentimientos, que quizá nunca nos habíamos confesado a nosotros mismos y sobre los que nos habíamos preguntado poco, confortados por la marcha favorable de las cosas, han salido a la luz en este tiempo de forma insistente, irrefrenable. El periodista Salvador Sostres escribía: «Por primera vez hablamos con mi amigo de la decepción, de la tristeza y por primera vez no sabemos qué decir, ni qué hacer, y estamos muy cansados porque no hemos dormido casi nada, y nos damos cuenta de que hasta hoy no habíamos jamás dudado de poderlo absolutamente todo con nuestra fuerza»¹⁰.

Asoma en la superficie un malestar que, en el fondo, ya estaba ahí, dentro de nosotros, cubierto por un velo, protegido por una forma de vida, por un ritmo social que ha desaparecido de improviso dejando que saliera a la luz. En muchas personas se ha abierto paso y ha arraigado un sentimiento oscuro de sí mismas y de su destino, casi como si fueran una nulidad, como si se proyectara sobre el futuro una sombra agobiante. Las palabras de Karmelo C. Iribarren lo describen a la perfección: «Lo pienso ahora que miro / por la ventana abierta / la autopista, viendo / cómo los coches parpadean / en el último tramo, / antes del túnel. Pienso / que así es la vida, / y que no hay más. Un leve / guiño de luz hacia la sombra / a mayor o menor velocidad»¹¹.

¹⁰ S. Sostres, «La próxima vez que me muera», *ABC*, 24 de septiembre de 2020.

¹¹ K.C. Iribarren, «Hacia la sombra», en Id., *Seguro que esta historia te suena*, Renacimiento, Salamanca 2015, p. 42.

Entonces, ¿la vida no es más que un viaje hacia la oscuridad? ¿Lo único que cambia es la velocidad?

El miedo por uno mismo, por el propio futuro, ligado a la percepción de la amenaza y al descubrimiento forzoso de la propia vulnerabilidad, se ha insinuado en muchos casos incluso dentro de los límites de las paredes de casa, socavando las relaciones más familiares, como confesaba el escritor y guionista Francesco Piccolo: «Hasta que llegó la pandemia, eran mis hijos, como mucho, los que tenían miedo de mí. [...] Ahora [...] el instinto me lleva a estar lejos de ellos. Algunas veces mi hijo invita a un compañero de colegio a estudiar. Yo trato de volver a casa casi siempre después de que se haya marchado el compañero. [...] Mi hija está en Bolonia. [...] No me llama nunca porque está tan impresionada por mi miedo que teme que yo piense que, si me llama por teléfono, puede contagiarme. [...] A veces creo que estoy dentro de una serie de televisión. [...] Desde luego, no me tranquiliza tener un hijo por casa que corre, grita y sale todos los días. Esta es la nueva maraña retorcida y nada natural de sentimientos que ha creado el coronavirus: tener miedo de los propios hijos más que de cualquier otro ser humano en el mundo»¹².

c) El terror a la muerte

¿De qué miedo está hablando? No solo del miedo al contagio, sino del miedo a morir, dado que el contagio puede tener consecuencias letales. Esa muerte que

¹²F. Piccolo, «Maledetto virus mi hai insegnato ad avere paura dei miei figli», *la Repubblica*, 1 de febrero de 2021, pp. 12-13; la traducción es nuestra.

hemos ocultado y desahuciado cuidadosamente se ha tornado visible. Al ocupar de forma masiva la escena real y mediática, ha dejado de ser considerada en el subconsciente colectivo como un mero contratiempo del camino, un inconveniente esporádico que sucede todavía, pero que pronto será erradicado o, en cualquier caso, circunscrito. Para subrayarlo, *L'Espresso* ha elegido como “Personas del año” de 2020 a «la vida y la muerte». A los pies de una «foto» de la Muerte encapuchada, que juega al ajedrez con un recién nacido bajo un cielo plomizo, en el sumario que aparece en la portada se puede leer: «El miedo al final ha trastocado los sistemas económicos y políticos. Y nuestras existencias cotidianas». En el interior, se puede leer en el editorial que «aunque eliminada por la cultura, [...] el año de la pandemia ha vuelto a poner la muerte en el centro». Y un poco más adelante dice que el miedo al momento final debería traer consigo, paradójicamente, un extraño presentimiento. «Tener miedo a morir significa saber que hay algo que trasciende nuestra existencia individual. Un Final. Y los Herederos»¹³. Subraya en su artículo Massimo Cacciari: «Es Leopardi quien nos lo enseña [...]. Si la vida vale verdaderamente, y tiende por tanto a alcanzar algo que trascienda siempre su existencia finita, entonces no se teme a la muerte, *se vive la misma*»¹⁴. Y al vivirla, se despiertan las preguntas más profundas.

¹³ «Persone dell'anno. La morte e la vita», título de portada de *L'Espresso*, 20 de diciembre de 2020; la traducción es nuestra.

¹⁴ M. Cacciari, «Per amore della Vita», *L'Espresso*, 20 de diciembre de 2020, p. 17; la traducción es nuestra.

d) *El despertar de las preguntas profundas*

Observa Heschel: «La primera respuesta a la pregunta: “¿Quién es el hombre?” es la siguiente: el hombre es un ser que plantea preguntas sobre sí mismo. Al plantear estas preguntas el hombre descubre que es una persona, y la naturaleza de las mismas le revela su condición»¹⁵. El hombre es ese nivel de la naturaleza en que la naturaleza se pregunta por sí misma, por su propio sentido, por su origen y su destino. «¿Por qué estoy aquí? ¿Qué está en juego en mi existencia? Esta pregunta no deriva de ninguna premisa: se nos da a la vez que la existencia»¹⁶. Pero la pregunta por el sentido de la propia vida no puede desligarse de la del sentido de la propia muerte.

Quien se ha dejado golpear por la enormidad de la provocación de este año dramático no ha podido evitar ver cómo afloraban en sí, en su propia conciencia, preguntas que habitualmente, en tiempos que podemos definir como «normales», habría podido ahorrarse. Pero esta vez, debido al carácter global del peligro, la vulnerabilidad, la soledad, el sufrimiento y la muerte han tocado más insistente y directamente nuestra carne o la de alguien cercano a nosotros. La situación nos ha despertado a todos del sopor habitual, que reduce a menudo la densidad de las preguntas existenciales haciendo que parezca una exageración de quien quiere arruinar la fiesta de la vida a los demás. Esta burbuja ha explotado en el aire, sobre todo con la irrupción de

¹⁵ A.J. Heschel, *Chi è l'uomo?*, SE, Milán 2005, p. 42; la traducción es nuestra.

¹⁶ *Ibidem*, p. 25.

la segunda ola. «El sufrimiento es una agresión que nos invita a la conciencia»¹⁷, nos recuerda Claudel.

Ignacio Carbajosa pasó cinco semanas como sacerdote en un hospital Covid-19 de Madrid y puso por escrito en un diario su experiencia como «testigo de excepción» de la vida y la muerte de muchas personas. Escribe: «Lo que he visto ha batallado en mí. Me ha herido». ¿Qué ha visto? Entre otras cosas, una niña nacida hace veinticuatro horas y Elena, una mujer que acaba de fallecer. Se pregunta: «¿Elena? ¿Dónde estás, Elena? Los dos extremos de la vida: nacimiento y muerte en menos de una hora. ¡Qué tentación eliminar uno de los dos polos! ¡Y qué coraje y desafío para la razón conservar ambos para abrirse a una pregunta! “¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?”». Después del mes que ha pasado asistiendo a los pacientes afectados de Covid, anota en su diario: «En este tiempo, mi razón y mi afecto se han visto desafiados por un problema de conocimiento: ¿qué es el dolor? ¿Qué es la muerte? Y como consecuencia, ¿qué es la vida? Todos los días tengo que mirar a la cara estas preguntas, estando delante de enfermos que sufren y mueren»¹⁸.

Quien no se haya encerrado en sí mismo en estos tiempos habrá sentido vibrar cuerdas íntimas que quizá ni siquiera sabía que tenía. Quizá alguien las haya hecho callar, en un intento de volver a la normalidad. Pero el impacto lo habrá advertido de todos modos,

¹⁷ P. Claudel, *Tre figure sante per il tempo moderno*, Paoline, Alba (Cn) 1997, p. 46; la traducción es nuestra.

¹⁸ I. Carbajosa, *Testigo de excepción*, Encuentro, Madrid 2020, pp. 14, 66, 96-97.

aunque sea por un instante. Como una semilla minúscula, que es una minucia, habrá experimentado –como observaba antes–, el inicio de un despertar de lo humano. «Como consecuencia de las dificultades que no se me han ahorrado, este 2020 ha coincidido para mí con un inesperado despertar de mi yo». ¡Quién sabe cuántos lo habrán reconocido y cuánto tiempo hará falta para que esta semilla consiga germinar!

Entiendo que esto pueda parecer demasiado poco frente a la vastedad del drama, pero es como una promesa: la vibración que se produce en lo más íntimo de nuestra persona es, de hecho, signo de una espera que tiene raíces profundas en nosotros, que coincide con nosotros: la espera de algo que esté a la altura de la vida y de la muerte, la expectativa de un imprevisto que haga brotar un caudal de afecto por nosotros mismos y que permita que nuestro deseo se despierte nuevamente y se cumpla. Esta vibración de nuestra razón, la exigencia de sentido que hemos percibido con evidencia en algún momento, nos sitúa en las condiciones más favorables para captar la respuesta ahí donde se produzca, si se produce. Giussani repetía con frecuencia, a propósito de esto, una frase de Reinhold Niebuhr: «No hay nada tan poco creíble como la respuesta a una pregunta que no se plantea»¹⁹. ¿Qué significa esto? Quizá hoy podamos comprenderlo mejor por la experiencia del último año: cuanto más advierto un problema, cuanto más urge dentro de mí una necesidad, tanto más atento estoy a cualquier eco

¹⁹ R. Niebuhr, *Il destino e la storia. Antologia degli scritti*, coordinado por E. Buzzi, Rizzoli, Milán 1999, p. 66; la traducción es nuestra.

de respuesta, cualquier guiño suyo suscita mi curiosidad²⁰.

Aun con toda su urgencia, aun siendo inevitable, la pregunta acerca del sentido de la existencia constituye –conviene no olvidarlo– una invitación que siempre puede ser rechazada. El rechazo conduce a menoscabar la conciencia de esta pregunta, hasta llegar a su ocultamiento. «La pregunta se impone, pero no la atención a la pregunta. Por eso más de uno la define como ociosa [...]. Entonces el interrogante acerca del sentido de la existencia se minimiza y termina por desaparecer. Como decía Gide, se llega a “dejar-de-sentir-la-necesidad”»²¹. Quien no escapa al interrogante experimenta en cambio su alcance cognoscitivo, su capacidad para despertar de nuevo. «En este año “inéxito” se ha producido una revolución para mí: ya no tengo necesidad de cerrar la partida a toda prisa, ofreciéndome a mí misma respuestas perfectas e irrefutables. En realidad, necesito exactamente lo contrario: mantener viva la pregunta, aceptar su dramaticidad, porque en esta pobreza que no posee nada y no se apoya en esquemas, rituales o seguridades adquiridas, vivo la gran posibilidad de darme cuenta de lo que hay».

²⁰ Observa Luigi Maria Epicoco: «El objetivo del momento no es sobrevivir al contagio, sino sobre todo comprender que, incluso a través de esta experiencia, no podemos posponer por más tiempo la gran exigencia de que la vida tenga un significado que esta pandemia está trayendo a escena de forma enérgica» (L.M. Epicoco en diálogo con S. Gaeta, *La speranza non è morta. Parole di fede in tempo di crisi*, San Paolo, Cinisello Balsamo-Mi 2020, p. 40); la traducción es nuestra.

²¹ F. Varillon, *L'umiltà di Dio*, Qiqajon - Comunità di Bose, Magnano (Bi) 1999, p. 30; la traducción es nuestra.

3. El criterio de juicio

Tomarse en serio la exigencia humana significa tener en nuestras manos el criterio para juzgar todo lo que se nos pone a tiro, todas las posiciones –nuestras y de los demás–, desenmascarando los engaños, las ilusiones, y reconociendo aquello que vale. Las preguntas últimas que nos constituyen, las «emociones inteligentes y dramáticas»²² que se afirman en el fondo de nuestro yo representan el factor con el que comparamos cualquier propuesta, cualquier perspectiva, cualquier encuentro.

Escribe Ungaretti en una poesía: «Mi corazón / hoy / no es sino / un latido de nostalgia»²³. Es lo mismo que refleja Etty Hillesum: «Siempre tenía ese sentimiento de deseo que nunca pude satisfacer, la nostalgia de algo que me parecía inalcanzable»²⁴. Tenemos dentro de nosotros una misteriosa e inextinguible nostalgia, como un fondo invisible, incognoscible, con el cual confrontamos toda la vida y todas las relaciones. San Agustín lo llamaba inquietud: «Nos hiciste para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti»²⁵. Esta inquietud se convierte en el criterio de juicio para interceptar aquello para lo que nuestro corazón está hecho. No puede equivocarse, porque puede comprobarlo cuando experimenta un descan-

²² L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 60.

²³ G. Ungaretti, «Oggi» en Id., *Poesie e prose liriche. 1915-1920*, Mondadori, Milán 1989, p. 40; la traducción es nuestra.

²⁴ E. Hillesum, «Amsterdam, 16 de marzo de 1941», en Id., *Diario. Una vida conmocionada*, Anthropos, Barcelona 2016, p. 12.

²⁵ «Fecisti nos ad te [Domine] et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te» (San Agustín, *Las confesiones*, I,1,1).

so. Puede reconocer lo que responde a su inquietud, a su espera, por el descanso que experimenta cuando lo encuentra, un descanso que custodia y exalta la espera²⁶.

Independientemente de dónde haya nacido, de la cultura que lo haya acogido, todo hombre viene al mundo con una exigencia de sentido, de destino, de absoluto, que en un momento dado ve surgir en sí mismo y con la que, lo quiera o no, se ve obligado a medirse, tenga la posición que tenga. Esta exigencia puede haber sido sepultada bajo los escombros de la distracción, pero ciertos acontecimientos como la pandemia perforan las incrustaciones, sacuden del sopor y la hacen aflorar, impidiendo que nos conformemos con una respuesta cualquiera. Cuanto más se agudiza la exigencia –movidos por lo que sucede–, más salta a la vista qué es capaz de hacer frente a ella, de corresponder a ella.

Tratemos ahora de considerar las distintas posiciones que hemos visto alternarse o entrelazarse frente al desafío en que estamos inmersos –en las que podemos habernos reconocido completa o parcialmente–, para valorar su resistencia.

a) «*Todo va a salir bien*»

Recordemos el eslogan más repetido del primer confinamiento: «*Todo va a salir bien*». Todos sorprendemos

²⁶ Esta «quietud», escribe Guardini, «es algo mucho más grande que el simple estar sin hacer nada: es una plenitud en sí misma» (R. Guardini, *Lettere sull'autoformazione*, Morcelliana, Brescia 1994, p. 136); la traducción es nuestra.

dentro de nosotros una especie de esperanza natural con la que afrontamos la vida. La hemos visto surgir nada más empezar la crisis sanitaria. Mientras los médicos se prodigaban con generosidad poniendo en riesgo su vida, muchas personas salían a los balcones para manifestar su confianza. Hemos escuchado con frecuencia estas palabras: «Todo va a salir bien». ¿Ha resistido esta esperanza –este optimismo– frente a la duración y la aspereza del desafío? La segunda ola la ha puesto contra las cuerdas, mostrando lo frágil que es, lo incapaz que es de resistir ante el tsunami que nos ha arrollado²⁷.

Lo mismo sucede frente a las diversas contradicciones que acompañan la existencia. Leopardi lo expresaba magistralmente: «Mas si un discorde acento / hiere el oído, en nada / tórnase el paraíso en un momento»²⁸. Es suficiente con una minucia, con un discorde acento, para poner en peligro el paraíso que nos hemos construido. Imaginémoslo lo que puede suceder cuando en su lugar está el Covid, con todas las consecuencias que conocemos bien.

El impacto con una circunstancia contradictoria, con la dureza de la realidad, pone a prueba la consistencia de nuestra esperanza. Me escribe una univer-

²⁷ Observa Jean Daniélou: «La esperanza no es el optimismo. El optimismo es esa actitud fácil en virtud de la cual pensamos que las cosas acabarán siempre arreglándose por sí mismas. En una forma más reflexionada, el optimismo considera al mal como simple desorden que se eliminará por sí mismo, o incluso como una crisis de crecimiento. Al anular de este modo lo trágico del mal, el optimismo es el peor enemigo de la esperanza» (J. Daniélou, *Saggio sul mistero della storia*, Morcelliana, Brescia 2012, p. 370); la traducción es nuestra.

²⁸ G. Leopardi, «Sobre el retrato de una bella mujer», vv. 47-49, en Id., *Poesía y prosa*, Alfaguara, Madrid 1990, p. 229.

sitaria: «Yo siempre he estado segura de la presencia de una esperanza y de la grandeza de la circunstancia que estamos viviendo; todo eso me resultó claro en el primer confinamiento y sobre todo este verano, cuando tuve que recuperar las prácticas. Y sin embargo, los últimos días ha crecido en mi corazón un gran peso. Lo que domina el día ya no es esa esperanza, sino la dificultad, abandonada a mil pensamientos y tentaciones cotidianas. ¿Cómo es posible?».

b) La solidaridad

Cuando un evento es «un asunto de todos», como cuenta Camus en *La peste*, cada uno trata de afrontarlo como puede; y tarde o temprano caen, una tras otra, las ilusiones con las que uno trata de escapar de él. La crueldad de ciertos acontecimientos nos sacude de tal modo que hace vacilar incluso las certezas más consistentes, como las del padre Paneloux en la novela de Camus que, ante la muerte de un inocente, ve desmoronarse la idea de una justicia retributiva. «Entonces, ¿qué podemos hacer? Aquí es donde las palabras del padre [Paneloux] iluminan», escribe Recalcati, «el presupuesto de cualquier experiencia humana del cuidado. Él cuenta que durante la gran peste de Marsella, de los 81 religiosos presentes en el convento de la Merced solo cuatro sobrevivieron a la peste. Y de esos cuatro, tres huyeron para salvar su vida. Pero al menos uno fue capaz de permanecer. Esta es la última palabra que el padre confía a sus fieles: estar entre aquellos que saben permanecer. Saber permanecer es, en efecto, el primer nombre de cualquier práctica de

cuidado. Significa responder a la llamada de quien ha caído. En términos bíblicos es lo que ilumina la palabra “¡Aquí estoy!”, que vuelve humano el cuidado sin abandonar a nadie a la violencia inaceptable del mal. No dando sentido al mal, sino permaneciendo junto a quien se ve afectado por él»²⁹.

Como ha dicho el papa Francisco, el Covid nos ha vuelto más conscientes de que todos vamos en la misma barca, y esto ha animado a muchos a remangarse para echar una mano, dentro de los límites de sus posibilidades. Nadie puede negar el valor sin par de este compromiso, pero al mismo tiempo nadie puede afirmar que la ayuda prestada, tenga éxito o no, sea suficiente para hacer frente a la exigencia que surge de las circunstancias más extremas. Nosotros no tenemos solo necesidad de asistencia y cuidados médicos, sino también de algo que permita mirar el sufrimiento y la muerte sin caer ante ellos. Aquí se pone de manifiesto el límite de toda iniciativa, si bien indispensable, de solidaridad, de proximidad y de cuidado. La naturaleza de la necesidad que la situación ha hecho aflorar en los que se han dejado herir por lo que estaba sucediendo es más profunda que la respuesta solidaria³⁰.

²⁹ M. Recalcati, «Ed io avrò cura di te», *la Repubblica*, 15 de octubre de 2020, p. 27; la traducción es nuestra.

³⁰ Lo mismo sucede cuando nos disponemos a responder a las necesidades del otro: «Descubrimos, precisamente porque les queremos, que *no somos nosotros quienes les hacemos felices*; y que ni siquiera la sociedad más perfecta, el organismo más sólido legalmente, el planteamiento más inteligente, la riqueza más ingente, la salud más férrea, la belleza más pura y la civilización más “educada” podrá jamás hacerles felices» (L. Giussani, *El sentido de la caritativa*, Asociación Cultural Huellas, Madrid 2018, p. 10).

c) *La vacuna como panacea*

¡Bienvenida sea la vacuna! ¿Cómo no alegrarse por ello, después de haber visto tanto sufrimiento, miedo, confusión y muerte? Sin embargo, no podemos ignorar lo que escribe Susanna Tamaro en una «Carta al Niño Jesús», publicada en el *Corriere della Sera* el pasado 22 de diciembre: «Perdónanos por estar convencidos de que la vacuna será la salvación, porque sí, la vacuna será una ayuda maravillosa e indispensable –como maravillosa e indispensable es la ciencia que se pone al servicio del hombre–, pero no será capaz de disolver la niebla de nuestra infelicidad. Para hacer eso necesitaríamos una nueva mirada y un corazón purificado que dialogue con esa mirada»³¹. Estas palabras dejan al desnudo un interrogante que no se puede evitar: ¿es suficiente la vacuna para responder a la exigencia que ha despertado la pandemia? ¿Es acaso erradicar la enfermedad lo único que necesitamos?

¿Y cuando la enfermedad no tiene remedio? Escribe la madre de un niño con un síndrome muy grave: «En este período especialmente difícil hemos tenido a nuestro hijo ingresado en reanimación, sedado e intubado. En momentos como este, me agarro a cualquier cosa que me haga recordar que soy mirada y amada: llamo y escribo mensajes a los amigos, leo y releo algunas cosas, buscando fuerza. En la planta de pediatría en la que estamos, la red de internet y el teléfono funcionan fatal, y el Covid no me permite ver a nadie. Y entonces desaparece aquello a lo que habitualmen-

³¹ S. Tamaro, «Sotto l'albero vorrei ritrovare l'innocenza», *Corriere della Sera*, 22 de diciembre de 2020, p. 29; la traducción es nuestra.

te me agarro de forma más inmediata. Recuerdo haber leído una frase, una de las muchas escritas en los periódicos: “Este año que ha pasado es para olvidar, miremos adelante, llega la esperanza de la vacuna”. ¿Cómo se puede pensar que toda la esperanza está en la vacuna? Pienso en mi hijo: ¿acaso es tener salud lo que nos da esperanza? Entonces él estaría acabado, y en cambio es justamente él quien me testimonia muchas veces una esperanza inmensamente mayor. Mirarlo a él y mirar su cuerpo me remite al deseo de bien que tiene cada uno de nosotros, al deseo de ser felices y amados a pesar de que somos defectuosos. Nuestros defectos son el drama que nos hace preguntarnos: nos permiten pedir y desear más».

¿Cómo responder a la vorágine que ha sacado a la luz –pero que no ha creado– la emergencia sanitaria? Y, antes aún, ¿de qué vorágine se trata? Es la vorágine de las exigencias humanas, de la sed de vida que sorprendemos en nosotros. Y también la vorágine del miedo, que es cada vez más continuo, de la muerte y del dolor, la angustia ante la posibilidad de perder la vida o de que la vida, en definitiva, no se cumpla. ¿Bastan las «respuestas» que hemos apuntado para colmar semejante vorágine?

4. La huida de uno mismo

Me escribe una joven médica: «Al principio, mi planteamiento ante el día a día era esperar que las cosas fuesen más o menos como yo había pensado. Soy médica, en noviembre de 2019 terminé la especialidad y en enero me trasladé a otra ciudad para empezar un

trabajo nuevo. Estaba llena de expectativas, con el deseo de realizar por fin, después de todos los años de formación, mi vocación de médica. En marzo del año pasado se produjo el primer confinamiento. La dirección sanitaria estaba desbordada, mi contrato perdió toda prioridad y no pude seguir trabajando en el hospital. Ni siquiera podía ir para echar una mano. Un médico inútil. ¡En plena pandemia! Y mientras, veía por televisión el llamamiento a los médicos. Mandé por lo menos diez currículum respondiendo a anuncios cerca y lejos de casa, pero no tenía los requisitos necesarios. Un médico inútil. Puedes imaginar mi rabia y mi frustración. Siempre he compartido lo que se decía sobre el valor del imprevisto. Pero la verdad es que, para mis adentros, pensaba que el imprevisto tenía que entrar dentro de los límites de lo que tenía en la cabeza. Empecé a sentirme abandonada, descartada y dejada de lado. Me decía: “¿Dónde está tu Dios? Si existe, me ha olvidado. Probablemente no exista”. Todavía tengo grabada la dificultad de esos meses. Pero me gustaría no desaprovechar esta “crisis Covid”. No me gustaría perder la ocasión para ir al fondo de la duda sobre la existencia de Dios o, por el contrario, de la posibilidad de que Dios exista y de que mi vida le importe de verdad. ¿Es posible afirmar con la certeza de la experiencia que “hasta los cabellos de nuestra cabeza están contados”? ¿Es posible estar tan seguros de esto como para dar razón de ello incluso a quien no cree, o simplemente a mí misma cuando dudo?».

Si no queremos «desaprovechar» la crisis que estamos atravesando, como decía el papa Francisco, no podemos perder la ocasión de dejarnos provocar por las preguntas que urgen dentro de nosotros. No desa-

provechar la crisis es tratar de responder a la duda que muchas veces penetra hasta nuestro corazón. Si no la encaramos de frente y no encontramos una respuesta que esté a la altura de la pregunta, nos veremos obligados a huir de nosotros mismos por la imposibilidad de estar en pie ante el drama.

Huir de uno mismo es el camino más común, mientras uno se lo pueda permitir: mantenerse lejos de la vorágine del corazón, de exigencias «imposibles» de satisfacer, que no se pueden domesticar y que inquietan.

Si miedo y solidaridad han dominado de algún modo a lo largo de la primera ola, en la segunda, como hemos dicho, ha dominado una incertidumbre ante el futuro, una conciencia más aguda de la necesidad de sentido y de la dificultad de mantenerse ante ella. Esto es lo que motiva la huida. Huimos porque no podemos soportar una vida que grita la exigencia de un significado. Entonces tratamos de ir lo más lejos posible de nosotros mismos, «como si nos considerásemos menos importantes que todo lo demás»³². El precio que se paga es una vida diezmada, minusvalorada. Como escribía recientemente Alessandro Baricco: «Y de esta otra muerte, ¿cuándo hablamos? La muerte progresiva, que no se ve. No hay decreto que se ocupe de ella,

³² Escribe Nicolás Cabasilas: «Hacemos lo que es habitual, lo que nos parece adecuado, todo eso nos importa mucho. Solo aquellas cosas que son realmente nuestras las consideramos menos que las demás, sin reflexionar sobre la manera de custodiarlas y asegurar por su medio nuestro derecho, ...como si nos considerásemos menos importantes que todo lo demás. Al menos, convirtámonos por esa novedad que ha alterado y transformado todas las cosas» (N. Cabasilas, *La vita in Cristo*, Città Nuova, Roma 1994, p. 291); la traducción es nuestra.

no hay gráficas diarias, oficialmente no existe. Pero todos los días, desde hace un año, está ahí, en toda la vida que no vivimos»³³.

Al escapar de nosotros mismos no hacemos sino agravar la situación, porque entonces ya nada es nuestro, todo se vuelve extraño. Lo describía Giussani con rasgos inolvidables: «El mayor obstáculo para el camino del hombre es el “descuido” del yo. En lo contrario de este “descuido”, es decir, en el interés por el propio yo, consiste el primer paso para caminar de un modo verdaderamente humano». Y continúa: «Parece obvio que se tenga este interés, pero de ningún modo es así: basta considerar los grandes vacíos que se abren en el tejido cotidiano de nuestra conciencia y la dispersión que sufre nuestra memoria». Si parecen palabras escritas hoy para nosotros –aunque se remonten a 1995– es porque la pandemia ha hecho aflorar la dinámica de una experiencia que la precede y la sigue. Las palabras de Giussani nos hacen conscientes de una posibilidad permanente del alma humana, de una tentación que nos acompaña a lo largo de nuestra vida: el olvido de sí. «Sobre la palabra “yo” existe hoy una gran confusión, y sin embargo [...] si descuido mi yo, es imposible que sean más las relaciones con la vida, que la vida misma (el cielo, la mujer, el amigo, la música) sea mía. Para poder decir “mío” con seriedad hay que percibir límpidamente lo que constituye nuestro propio yo. No hay nada tan fascinante como el descubrimiento de las dimensiones reales que tiene nuestro yo; nada está

³³ A. Baricco, «Mai più, prima puntata», *www.ilpost.it*, 9 de marzo de 2021; la traducción es nuestra.

tan repleto de sorpresas como el descubrimiento de nuestro rostro humano»³⁴.

En la generalización de esta confusión se da también un influjo externo a nuestra persona. El debilitamiento del sentido del yo se muestra como un síntoma de la dirección que persigue nuestra cultura y del punto muerto en que esta se halla. «Una civilización evoluciona en la medida en que favorece que salga a la superficie y quede claro el valor de cada yo individual». Es el resultado paradójico de una parábola, la de la modernidad, en la que el yo ha pretendido ponerse en el centro, como señor de sí mismo y de las cosas, y la razón se ha erigido en medida de la realidad. Dios, el Misterio, al que remite en última instancia la realidad de modo irreductible, ha sido suprimido de la concepción de la vida y del mundo. Esto no ha conducido a una relación más estrecha y directa con la realidad, sino, por el contrario, a una huida de ella, de su significado, y a la reducción de la existencia humana a un mero dato de hecho. «Con la confusión que hay acerca del rostro último de nuestro yo y de la realidad, está madurando actualmente un intento extremo de proseguir en esta huida de la relación que tenemos con el Misterio infinito, y que cualquier hombre razonable ve en el horizonte y en la raíz de todas sus experiencias humanas: es menester negar toda consistencia última al vivir. Puesto que la realidad parece escapar al pretendido dominio del hombre, el extremo recurso del orgullo es negarle cualquier consistencia, considerar arbitrariamente todo como si fuera una ilusión o un

³⁴ L. Giussani, *El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1996, pp. 7-8.

juego. Podemos llamar nihilismo a lo que hoy reina en el modo de pensar y de mirar»³⁵.

Es una huida que, en un modo completamente distinto, la Biblia describe en el primer capítulo del libro del profeta Jonás. Sabemos cómo se desarrolla la historia. En el capítulo se repite dos veces la frase: «Jonás iba huyendo del Señor»³⁶. Pero esta huida de Dios, dice Giussani, coincide con «huir de nuestra responsabilidad, es decir, huir de la vida que es “una”, de la unidad con todas las cosas, huir de la plenitud, huir del significado y de la plenitud». Por ello, aunque estuviésemos «dedicados con decisión a un movimiento católico» –lo dice en 1963 a un grupo de responsables de entonces– y diésemos a él todo nuestro tiempo libre, huir de la relación con el Misterio «es un vacío que nosotros permitimos que se produzca cada día»³⁷, es una huida de uno mismo que puede asumir distintas formas.

a) *El activismo*

Podemos evitar el grito que surge de las entrañas de nuestra humanidad lanzándonos frenéticamente a la acción, implicándonos hasta el punto de no tener tiempo para pensar en nuestras verdaderas exigencias. La actividad se convierte en una especie de droga. Hemos podido ver hasta qué punto el activismo invade nuestra vida cuando los confinamientos nos han obligado

³⁵ *Ibidem*, pp. 9, 12-13.

³⁶ Cf. Jon 1,10.

³⁷ Fraternidad de Comunión y Liberación, *Documentación audiovisual*, Ejercicios de los responsables de GS, Varigotti (SV), 6-9 de diciembre de 1963.

a parar; encerrados en casa, nos hemos visto de repente obligados a echar cuentas con nosotros mismos. ¡Y cuántos de nosotros se han descubierto vacíos, desorientados, insoportables a sus propios ojos! El activismo consiste en obrar sin una razón adecuada, y por ello no abre, no contribuye a la maduración. De este modo, cuando se viven determinados momentos de pausa obligada, uno se encuentra lleno de inseguridad y siente su propio peso como si se tratase de una montaña que lleva a las espaldas. Como me escribe una joven mujer: «En estos meses tan difíciles y áridos, me he dado cuenta de que no soy capaz de afrontar ciertas preguntas y de que, cuando emergen –sucede muy a menudo–, trato de enterrarlas con mi lista de quehaceres porque no tengo respuesta, y eso me destruye. Cuando los amigos preguntan qué tal estoy, nunca sé qué responder. Tengo dos hijos estupendos y sanos, todos estamos bien, económicamente no nos hemos resentido por la pandemia, no tengo nada de lo que quejarme, pero siento siempre un fuerte vacío y una gran soledad, estoy siempre enfadada y en todo veo el lado negativo. Con los amigos casi nunca me siento libre, porque tengo miedo de que, al sacar mi vacío, se cree un silencio incómodo, sin escapatoria, del que solo se puede salir con un rápido cambio de tema».

El activismo del que hablo puede tener muchos objetos o ámbitos: normalmente es el trabajo, pero puede ser un partido, una asociación cultural, una ONG o –como decía Giussani–, un «movimiento católico». Nosotros somos los primeros que participamos de esta actitud: podemos descargar en un quehacer la falta de un compromiso serio con nuestra humanidad. Inclu-

so «hacer las cosas del movimiento» puede representar un modo de huir de nosotros mismos.

En muchas ocasiones Giussani nos ha puesto en guardia con respecto a esta actitud, advirtiéndonos de lo que se esconde en su raíz. En el activismo, lo que constituye el significado efectivo de la vida, el verdadero objetivo de nuestra estima, son las cosas que hacemos; no es Dios, no es Cristo, no es la relación con el Misterio hecho carne. «En lo concreto, estimamos otra cosa más que a Cristo». Estamos vinculados al movimiento no por el Misterio que lleva, sino por las cosas que hacemos. Y «esto no madura nuestra experiencia existencial»³⁸. No penséis que es exagerado decir estas cosas. Cuando lo que nos une son las cosas que hacemos, antes o después nuestro estar juntos dejará de interesarnos. «Dejé el movimiento hace treinta años, al terminar la universidad. Mi vida estaba llena de actividades y relaciones, pero es como si hubiese perdido el sentido de todo, lo daba por descontado, y entonces la vida era árida».

b) La distracción, para llenar de bullicio el vacío

Cuando se vuelve casi inevitable tomar conciencia de nuestra fragilidad, como ha sucedido en este periodo de provocación y de prueba, cuando palpamos nuestra contingencia, nuestro ser efímero, recurrimos fácilmente al arma de la distracción. Dado que se abren camino en nosotros preguntas que nos cuestionan,

³⁸ L. Giussani, *La conveniencia humana de la fe*, Encuentro, Madrid 2019, pp. 88, 90-91.

nos inquietan y a las que no sabemos responder, llenamos con el bullicio el vacío de respuesta. En el tiempo libre vamos detrás de estímulos y noticias, vagamos de aquí para allá en internet, en las redes sociales, nos procuramos intereses siempre nuevos, pasamos rápidamente de una cosa a otra sin profundizar en nada. Nuestro objetivo, confeso o inconfeso, es eludir la cuestión del destino, la exigencia que sentimos, tratar de no echar cuentas con nosotros mismos³⁹. Es un arma ineficaz, lo sabemos, al final no se sostiene, pero nos conformamos con la tregua que, al menos durante un cierto tiempo, nos asegura.

Distracción e incapacidad para reflexionar pueden caracterizar muchas veces nuestro día a día, y también largos periodos de nuestra vida. Representan, en cierto sentido, la otra cara del cinismo: cuando la distracción no funciona, viene detrás el cinismo, que es otro modo de cerrar la puerta a la exigencia prefiriendo acusar a todo de inconsistencia y navegar «a orillas del sentimiento de la nada»⁴⁰.

«Nunca hubiera creído», confiesa Bernanos, «que lo que se nombra con la palabra tan banal de distracción pudiera tener ese carácter de disociación, de atomización»⁴¹. Nuestra persona se hunde en la alienación y termina haciendo las cosas mecánicamente. Estamos

³⁹ La «distracción», señala Romano Guardini, es «un estado en que el hombre carece de la unidad de un centro espiritual, de modo que sus pensamientos discurren de un objeto a otro, sus sentimientos permanecen imprecisos y su voluntad no es dueña de la situación» (R. Guardini, *Introducción a la vida de oración*, Madrid, Palabra 2006, p. 41).

⁴⁰ L. Giussani, *La familiaridad con Cristo*, Encuentro, Madrid 2014, p. 135.

⁴¹ G. Bernanos, *Diario de un cura rural*, Encuentro, Madrid 2009, p. 248.

cada vez menos presentes ante nosotros mismos; distraídos significa arrancados de la sustancia de la vida.

c) La vuelta a la normalidad, para pasar página

«¿Qué nos espera? ¿Está ya decidido el juego? ¿Podemos volver a la vida de antes o se ha terminado esta para siempre?»⁴², se preguntaba Orwell en 1939. La pregunta no ha perdido su garra. ¡Pasar página lo antes posible, dejar atrás todo lo que ha pasado, olvidar! Este es el imperativo que parece circular por todas partes: hacer como si no hubiese pasado nada, como si las preguntas no se hubiesen despertado, como si no se hubiesen producido las muertes y la confusión hubiese sido un contratiempo que se puede eliminar haciendo borrón y cuenta nueva. Es una tentación que está siempre al acecho, como escribía Vasili Grossman al final de su vida: «Quería [...] que todo volviera a ser como antes. No había necesidad de un cambio insoportable. Que todo siguiera como siempre, no deseaba esa novedad liberadora que rompía los huesos, que laceraba»⁴³. De una actitud como esta nunca podrá brotar un provecho para nuestra experiencia, sino todo lo contrario.

⁴² G. Orwell, *Subir a por aire*, Austral, Barcelona 2012, p. 211.

⁴³ V. Grossman, *Que el bien os acompañe*, Barcelona, Galaxia Gutenberg 2019, p. 92.

CAPÍTULO 2

SOMOS ESPERA

Activismo, distracción, imperativo de volver a la normalidad –entendámonos, no estamos hablando de la comprensible aspiración a superar las dificultades y a volver a una situación sanitaria y económica más sostenible, sino del afán por olvidar, por hacer callar las preguntas humanas– son modos de huir de uno mismo y de la realidad. Para la mayoría de las personas representan una actitud habitual, que permite no echar cuentas con esa profundidad de nuestro propio yo que podemos resumir en la palabra que ya hemos usado: «Espera»; una espera de vida, de significado, de plenitud, de cumplimiento. Sin embargo, hay circunstancias como la pandemia, con todas sus consecuencias, que nos arrancan de la distracción aunque sea durante unos instantes, nos detienen en nuestra huida y nos vuelven a poner frente a nosotros mismos.

¿Por qué fracasan nuestros intentos de realizarnos a nosotros mismos o de huir de nosotros mismos? Porque «el alma supera al mundo, no se sacia con lo que los ojos ven, con lo que sé. Lloro de nostalgia»¹. Por mucho empeño y obstinación que pongamos, ninguno de nuestros intentos es capaz de proporcionarnos el cumplimiento que, implícita o explícitamente, bus-

¹ P. Van der Meer, *Diario di un convertito*, Paoline, Alba (Cn) 1967, p. 34; la traducción es nuestra.

camos cuando nos levantamos por la mañana, cuando emprendemos nuestras actividades u organizamos nuestras «evasiones». Por la insuficiencia estructural de nuestras fuerzas y de las cosas que somos capaces de obtener, no conseguimos encontrar lo que en el fondo esperamos. Por eso afirma con agudeza Simone Weil: «Los bienes más preciados no deben ser buscados, sino esperados. Pues el hombre no puede encontrarlos por sus propias fuerzas, y si se pone en su búsqueda, encontrará en su lugar falsos bienes cuya falsedad no sabrá discernir»².

1. Un dato inextirpable

La espera es, por tanto, lo que permanece siempre cuando nuestros intentos, incluidos los exitosos –casi diría que sobre todo esos– se han demostrado insuficientes para alcanzar la finalidad, es decir, el cumplimiento de uno mismo, la plenitud aquí y ahora, en cada instante, no mañana o en el más allá.

Adam Zagajewski, uno de los grandes poetas contemporáneos, que acaba de fallecer, expresaba con estas palabras la inmensidad de nuestra espera:

«Estos breves instantes
que son tan raros –
¿Se supone que son la vida?
Estos pocos días
cuando vuelve la claridad –
¿Se supone que son la vida?
Los momentos cuando la música

² S. Weil, *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid 1993, p. 71.

recupera su dignidad –
 ¿Se supone que son la vida?
 Estas raras horas
 cuando el amor gana –
 ¿Se supone que son la vida?»³.

La poesía da voz de forma ejemplar a algo que pertenece a la experiencia de todos. Aunque la cultura en que vivimos trata de suprimir esta espera, desalentarla o alterarla, cada intento suyo choca con algo que no se puede evitar: nuestra naturaleza humana. Lo reconoce Bertold Brecht en una poesía:

«No satisfacer los deseos y hasta
 olvidarlos: tal es la sabiduría.
 Pero yo no puedo hacer nada de esto:
 verdaderamente, vivo en tiempos sombríos»⁴.

Ni siquiera los tiempos oscuros pueden arrancar del corazón el deseo, la espera de algo que corresponda a nuestra sed de vida. «La cultura dominante», que puede tener un cierto interés en promover el vaciamiento del sentido de la vida, favoreciendo el nihilismo existencial, «por mucho que pueda impregnar la mente del individuo y, por tanto, de la masa, tiene un límite frente al cual se ve obligada a detenerse: la naturaleza del hombre, que está definida por el sentido religioso». Tal naturaleza, afirma Giussani, «no solo no podrá ser nunca completamente atrofiada, sino que siempre es-

³ A. Zagajewski, «I brevi istanti», en Id., *Guarire dal silenzio*, Mondadori, Milán 2020, p. 16; la traducción es nuestra.

⁴ B. Brecht, «A los hombres futuros», vv. 30-33, en Id., *Poemas y canciones*, Alianza, Madrid 1998, p. 98.

tará, de forma más o menos sensible, en una posición de espera»⁵.

Esta espera es el dato inextirpable con que cada uno de nosotros tiene que echar cuentas a cada momento, incluso cuando escapa de él. «¿Alguien nos ha prometido nunca nada? Y, entonces, ¿por qué lo esperamos?»⁶. Con estas palabras identificaba Pavese el centro de su yo y del nuestro, algo que nos pertenece a todos nosotros: la espera. Ella pertenece a nuestro tejido original: estamos hechos como «espera de». No solo esperamos, ¡sino que *somos* espera!

Una amiga me escribe: «Me doy cuenta de que mi yo más profundo espera algo que dé esperanza, espera poder decir: “Sí, existe la esperanza”. En algún momento en que me vería inclinada a responder: “En realidad no estoy tan segura”, me doy cuenta de que estoy hecha de la espera de una positividad última en todo lo que vivo, es decir, estoy hecha para la esperanza. Sé que muchas veces, tanto Giussani como tú, nos habéis repetido y mostrado que el hecho de que se dé esta expectativa es signo ya de que existe lo que corresponde a ella. Pero me parece que esto solo sé repetirlo de palabra».

Nadie se queda indiferente cuando se topa con una presencia cargada de una promesa, de un significado que tiene que ver con su humanidad, ni siquiera los que parecen extraños a esa espera, no le dan peso o no se la toman en serio a causa de la distracción o de la censura de su propia humanidad. Hasta estos ven

⁵ L. Giussani, *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, coordinado por C. Di Martino, EDIT, Roma 1993, p. 41; la traducción es nuestra.

⁶ C. Pavese, *El oficio de vivir*, Seix Barral, Barcelona 2012, p. 310.

despertarse en ellos la espera, y tienen que confesarse a sí mismos que también ellos esperaban secretamente. Como les ha pasado a esos universitarios que, en el intervalo entre un confinamiento y otro, en un clima de casi total aquiescencia, han recibido de algunos compañeros el manifiesto «La universidad no se cierra mientras vivamos»⁷. Su rostro ha cambiado y ha vuelto a aflorar en ellos la espera.

La espera es un dato. Nos lo recordaba Benedicto XVI: «La espera, el esperar, es una dimensión que atraviesa toda nuestra existencia personal, familiar y social. La espera está presente en mil situaciones, desde las más pequeñas y banales hasta las más importantes, que nos implican totalmente y en lo profundo. Pensemos, entre estas, en la espera de un hijo por parte de dos esposos; en la de un pariente o de un amigo que viene a visitarnos de lejos; pensemos, para un joven, en la espera del resultado de un examen decisivo, o de una entrevista de trabajo; en las relaciones afectivas, en la espera del encuentro con la persona amada, de la respuesta a una carta, o de la aceptación de un perdón... Se podría decir que el hombre está vivo mientras espera, mientras en su corazón está viva la esperanza. Y al hombre se lo reconoce por sus esperas: nuestra “estatura” moral y espiritual se puede medir por lo que esperamos, por aquello en lo que esperamos»⁸.

La espera es tan constitutiva de nuestro yo que ni siquiera las situaciones más terribles, duras o contradicto-

⁷ <https://espanol.clonline.org/noticias/actualidad/2021/01/21/la-universidad-no-se-cierra-mientras-vivamos>

⁸ Benedicto XVI, *Ángelus*, 28 de noviembre de 2010.

rias son capaces de eliminarla del todo; hay testimonio de ella incluso en circunstancias en que habría todos los motivos para dejar de esperar. «Siempre tengo mucho que hacer, pero en último término el telón de fondo permanece igual: la espera, de la mañana a la noche»⁹, escribía Dietrich Bonhoeffer desde la cárcel berlinesa de Tegel, en la que estuvo preso desde 1943 a 1945 y donde fue ejecutado a causa de su oposición al régimen nazi. No perdía ni un minuto, y como telón de fondo crecía la espera.

Nada puede vencer a esta evidencia elemental e indestructible: somos «espera de». Aludiendo a un relato de Kafka, el escritor español Gustavo Martín Garzo habla de nuestro corazón que espera como de un animal «que nos pide cosas que, aunque no estemos capacitados para cumplir, se empeña en que hagamos»¹⁰. E Iribarren, en la misma dirección, escribe: «Y cómo puede ser / –me digo, viendo pasar la vida hacia la playa–, que, pese a las devastaciones inclementes / que el tiempo / nos inflige, / no se amortigüe un ápice / siquiera, no nos dé tregua / un segundo, / este incesante / soñar con lo imposible»¹¹.

2. El afecto por uno mismo

Atención, el dato de esta espera, si bien imponente y objetivo, no es la última palabra. Es decir, este dato exige ser reconocido, aceptado, valorado. Por ello de-

⁹ D. Bonhoeffer, *Resistencia y sumisión*, Salamanca, Sígueme 2008, p. 59.

¹⁰ G.M. Garzo, «Estimado Franz Kafka», *El País*, 25 de octubre de 2020.

¹¹ K.C. Iribarren, «Verano cruel», en Id., *Seguro que esta historia te suena*, op. cit., pp. 330-331.

safía nuestra razón y nuestra libertad. He aquí nuestra grandeza como hombres: la espera está en nuestra naturaleza, pero podemos tratar de muchos modos – como hemos dicho– de vivir como si no existiese, distrayéndonos, haciendo como si no existiera. La espera existe, pero no se impone de forma mecánica.

Alguno podría percibir como la enésima desgracia el hecho de que la evidencia de la espera que somos no se imponga de forma mecánica, sino que tenga que ser reconocida por nosotros; y de igual modo, podría considerar el hecho de que, además de no poder satisfacerla con nuestras fuerzas, no podamos quitárnosla de encima. Pero si permanecemos fieles a nuestra experiencia, nos damos cuenta de que no nos conviene arrancarla de las fibras de nuestro ser, y de que es una fortuna que el intento de sofocar la espera sea, en última instancia, imposible de llevar a cabo. Nuevamente, Pavese resulta iluminador: «Esperar también es una ocupación. Lo terrible es no esperar nada»¹². Cada uno puede verificarlo cuando se despierta por las mañanas y no espera nada. En esos momentos podrá confesarse a sí mismo si es mejor despertarse esperando algo o abrir los ojos sin esperar nada del día.

La espera –que nadie puede extirpar totalmente de su corazón– nos sitúa cada mañana ante una alternativa que pone en juego lo que define nuestra grandeza como hombres: la libertad. ¿Cuál es esta alternativa? Tomarse en serio la espera o bien dejarla pasar. La decisión nunca es algo obvio. Somos libres para esto. Me escribe una persona: «Es la primera vez que intento responder a las preguntas que nos planteas antes de

¹² C. Pavese, *El oficio de vivir*, op. cit., p. 327.

los Ejercicios o asambleas, porque es la primera vez que he llegado a tomarme tan en serio a mí misma que percibo que la pregunta “¿Hay esperanza?” es para mí, se dirige precisamente a mí, y que no son solo los “demás” los que tienen que responder. He descubierto que yo soy la protagonista de mi vida».

El drama de nuestra libertad, que entra en escena cada día, está muy bien descrito en el poema «George Gray», de la *Antología de Spoon River*:

«Muchas veces he estudiado
 el mármol que me han esculpido:
 un barco anclado en el puerto
 y con las velas recogidas.
 No expresa mi destino de verdad
 sino mi vida.
 Pues el amor se me ofreció, y me acobardaron sus
desengaños;
 los pesares llamaron a mi puerta, pero tuve miedo;
 la ambición me reclamó, y me asustaron los riesgos.
 Continuamente anhelaba,
 sin embargo, darle un sentido
a mi vida.
 Y ahora sé que debemos desplegar las velas
 y coger los vientos del destino,
 a dondequiera que lleven al barco.
 Puede acabar en locura el darle un sentido a la vida,
 pero la vida sin sentido es la tortura
 de la inquietud y del vago deseo...
 Es un barco que suspira por el mar y le tiene siempre
miedo»¹³.

¹³ E. Lee Masters, «George Gray», en Id., *Antología de Spoon River*, Cátedra, Madrid 2014, p. 126.

Somos como un barco que anhela el mar, que no puede dejar de esperarlo, porque ese anhelo es algo constitutivo. Y sin embargo tiene miedo de él. Y aquí es donde da comienzo la lucha: secundar el anhelo del mar, el hambre de una vida llena de significado, o bien retirarse, conformarse, no arriesgar por miedo a los imprevistos.

De esta tentación de retirarnos de nuestra humanidad, de ahorrarnos los imprevistos por miedo, quedándonos en terreno seguro a bordo de «un barco con velas arriadas anclado en puerto» habla Jesús en el Evangelio con la parábola de los talentos.

«Es como un hombre que, al irse de viaje, llamó a sus siervos y los dejó al cargo de sus bienes: a uno le dejó cinco talentos, a otro dos, a otro uno, a cada cual según su capacidad; luego se marchó. El que recibió cinco talentos fue enseguida a negociar con ellos y ganó otros cinco. El que recibió dos hizo lo mismo y ganó otros dos. En cambio, el que recibió uno fue a hacer un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor. Al cabo de mucho tiempo viene el señor de aquellos siervos y se pone a ajustar las cuentas con ellos. Se acercó el que había recibido cinco talentos y le presentó otros cinco, diciendo: “Señor, cinco talentos me dejaste; mira, he ganado otros cinco”. Su señor le dijo: “Bien, siervo bueno y fiel; como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante; entra en el gozo de tu señor”. Se acercó luego el que había recibido dos talentos y dijo: “Señor, dos talentos me dejaste; mira, he ganado otros dos”. Su señor le dijo: “¡Bien, siervo bueno y fiel!, como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante; entra en el gozo de tu señor”. Se acercó también el que había recibido un talento y

dijo: “Señor, sabía que eres exigente, que siegas donde no siembras y recoges donde no esparces, tuve miedo y fui a esconder tu talento bajo tierra. Aquí tienes lo tuyo”. El señor le respondió: “Eres un siervo negligente y holgazán. ¿Con que sabías que siego donde no siembro y recojo donde no esparzo? Pues debías haber puesto mi dinero en el banco, para que, al volver yo, pudiera recoger lo mío con los intereses. Quitadle el talento y dádsele al que tiene diez. Porque al que tiene se le dará y le sobraré, pero al que no tiene, se le quitaré hasta lo que tiene. Y a ese siervo inútil echadlo fuera, a las tinieblas; allí será el llanto y el rechinar de dientes”»¹⁴.

El señor reprende al siervo que, por temor, no había arriesgado. Solo quien arriesga, dice Jesús, puede ganar la vida. De hecho, la parábola termina así: «Porque al que tiene se le dará y le sobraré, pero al que no tiene, se le quitaré hasta lo que tiene». Jesús conocía bien la naturaleza del hombre y la tentación de no arriesgar, de dejar los remos en la barca quedándose cómodamente en puerto. Pero quien no arriesga en la vida, quien no se pone en juego a sí mismo para ganar el significado, se quedará sin nada, estará vacío.

Tomar en serio la propia necesidad, el hambre y la sed de una vida plena, es el primer signo de afecto por uno mismo, que no hay que dar en absoluto por descontado. Las exigencias o las necesidades, de hecho, «las sentimos necesariamente y nos quejamos con un grito de dolor, [...] cuando no son secundadas, pero

¹⁴ Mt 25,14-30.

normalmente no nos las tomamos en serio»¹⁵, no les damos el crédito que reclaman, no seguimos la dirección que indican.

¿Qué hace falta para tener ese afecto por uno mismo que permite tomar en serio el anhelo que uno tiene, su propia necesidad? «El afecto por uno mismo exige la pobreza», decía Giussani a los universitarios en 1983. «Por eso decía Cristo: “Bienaventurados los pobres en el espíritu”, o “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia”; porque [el afecto por uno mismo] no es el apego a algo que hemos definido nosotros, sino a algo que nos define; el reconocimiento de algo que nos define sin que nosotros hayamos podido intervenir para determinar la cuestión. De este modo, la exigencia del amor, la exigencia del cumplimiento personal o la exigencia de la compañía es, sin comparación, algo más grande y profundo que hay que escuchar y atender con seriedad, mucho más grande que todo el empeño que ponemos en pretender el objeto que hemos pensado, imaginado o elegido nosotros»¹⁶.

El afecto por uno mismo no tiene nada que ver con el amor propio, sino que nos abre al descubrimiento de nuestras exigencias constitutivas, de nuestras necesidades originales en su desnudez y amplitud. Porque, ¿quién es el pobre de espíritu? «Es alguien que no tiene nada salvo algo por lo que está hecho y que lo constituye, es decir, una aspiración sin fin [...]: una espera sin límite. No es una espera sin límite porque carezca de límite el cúmulo de cosas que se espera; no, [el

¹⁵ L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, BUR, Milán 2008, p. 295; la traducción es nuestra.

¹⁶ *Ibidem*, p. 296.

pobre] no espera nada [nada concreto que, al cabo, lo desilusionaría], sino que vive una apertura sin límite [parece casi una contradicción]. Como dice una poesía de Clemente Rebora: “No espero a nadie...”, y sin embargo [...] tiendo a ello completamente»¹⁷. Esta es la originalidad del hombre: tender por entero hacia algo que no se sabe todavía lo que es, pero que lo aferra a uno de arriba abajo.

El hombre es espera –esta es nuestra naturaleza–, pero espera, ¿de qué? El corazón del hombre es espera del infinito, una espera ilimitada. El pobre es el hombre que coincide con esta espera, que tiende por entero a algo que no conoce, que no mide, pero que lo constituye y lo atrae irresistiblemente.

No es fácil encontrar personas que sepan captar lo humano en su totalidad, sin reducirlo. Recuerdo todavía la impresión que me producía escuchar a Giussani; él miraba lo humano con una capacidad tal de abrazar todo aquello que lo constituye que hacía que me entraran ganas de abrazarme así a mí mismo. Me llenaba de agradecimiento saber que había alguien que abrazaba mi humanidad de forma tan radical. Es una liberación toparse con alguien capaz de una mirada así. «La seriedad en el afecto por uno mismo», escribe de nuevo Giussani, «consiste en la percepción de la propia necesidad ilimitada, pero –insisto– no de la propia necesidad sin límite en cuanto que uno quiere cien mil cosas y después desea la cien mil y una. No tiene límites justamente porque no antepone ninguna imagen de las cosas que necesita: ¡“Es” necesidad!»¹⁸.

¹⁷ *Ibidem*, p. 298.

¹⁸ *Ibidem*, p. 299.

¡Es espera! ¡Quién sabe qué experiencia hay que vivir para llegar a decir estas cosas! Cada uno de nosotros «es» necesidad, una necesidad ilimitada, que se documenta antes y más allá de cualquier posible imagen.

3. «Ojalá rasgases el cielo y descendieses»

Tomarse en serio la espera no hace que disminuya la expectación con respecto a lo que la cumplirá. Esta expectación atraviesa nuestra persona y la historia: tenemos dentro de nosotros una espera irreductible y única de algo que no tiene límites, y no podemos imaginar cómo podrá cumplirse. Es Misterio. La espera se dirige a «algo» que no conocemos, que traspasa cualquier identificación, cualquier medida. Es duro de aceptar, pero en esto consiste la grandeza del hombre.

Desde que lo leí por primera vez en Leopardi, no he vuelto a olvidarlo: «El no poder estar satisfecho de ninguna cosa terrena»¹⁹ es el mayor signo de la grandeza del hombre. Una mirada sobre el hombre como esta es muy poco frecuente. Para muchas personas, el no poder estar satisfechos de ninguna cosa terrena es

¹⁹ A continuación el conocido pasaje de Leopardi: «El no poder estar satisfecho de ninguna cosa terrena, ni, por así decirlo, de la tierra entera; el considerar la incalculable amplitud del espacio, el número y la mole maravillosa de los mundos, y encontrar que todo es poco y pequeño para la capacidad del propio ánimo; imaginarse el número de mundos infinitos, y el universo infinito, y sentir que nuestro ánimo y nuestro deseo son aún mayores que el mismo universo, y siempre acusar a las cosas de su insuficiencia y de su nulidad, y padecer necesidades y vacío, y, aun así, aburrimiento, me parece el mayor signo de grandeza y de nobleza que se pueda ver en la naturaleza humana» (G. Leopardi, «Pensamientos», LXVIII, en Id., *Poesía y prosa*, op. cit., pp. 465-466).

una desgracia, y harían cualquier cosa para reducir esa espera, para poder conformarse con algo que esté al alcance de la mano. Por el contrario, escribe Miguel de Unamuno, «lo que pasa no me satisface, [...] tengo sed de eternidad, y [...] sin ella todo me es igual. Yo necesito eso, lo ne-ce-si-to. Y sin ello, ni hay alegría de vivir, ni la alegría de vivir quiere decir nada. Es muy cómodo eso de decir: “Hay que vivir, hay que contentarse con la vida”. ¿Y los que no nos contentamos con ella?»²⁰.

Esta insatisfacción remite a algo tan grande que es inimaginable. «La situación presente del hombre es pura espera de un evento que él no puede preparar de ningún modo y cuya aparición es absolutamente imprevisible»²¹. No sabemos qué es ni cómo podrá suceder, pero lo esperamos. Más aún, es lo que, sobre todo, en el fondo de todo, absolutamente esperamos. Ahora al igual que hace dos mil años.

Lo refleja muy bien Ernest Hello, hablando de la época de Jesús: «Durante su espera, el viejo mundo romano había llevado a cabo prodigios de abominación, ambiciones opuestas se habían hecho la guerra, la tierra se había inclinado ante el cetro de César Augusto. La tierra no se había dado cuenta todavía de la importancia de lo que estaba sucediendo en ella. Aturdida por los rumores [...] de guerras y discordias, no se había dado cuenta de algo importante que suce-

²⁰ M. de Unamuno, *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno y Pedro Jiménez Ilundain*, edición de H. Benítez, Revista de la Universidad de Buenos Aires 3 (9/1949), pp. 135, 150; citado por el padre Raniero Cantalamessa, *Os anunciamos la vida eterna (1Jn 1,2)*, Segunda Predicación de Adviento, cantalamessa.org, 11 de diciembre de 2020.

²¹ J. Daniélou, *Saggio sul mistero della storia*, op. cit., p. 216.

día: era el silencio de los que esperaban en la profunda solemnidad del deseo. La tierra no sabía nada de todo esto. Si hubiese que empezar otra vez hoy, no lo sabría más que entonces. Lo ignoraría con la misma ignorancia, lo despreciaría con el mismo desprecio si la obligasen a darse cuenta. Era el silencio, digo, lo único verdadero que *se cumplía* en su superficie sin que ella lo supiera. Este silencio era una auténtica acción. No era un silencio negativo, ausencia de palabras; era un silencio positivo, activo más allá de cualquier acción. Mientras Octavio y Antonio se disputaban el imperio del mundo, Simeón y Ana esperaban. ¿Quién actuaba más?»²².

Benedicto XVI ha descrito el misterio de esta espera: «En el tiempo anterior al nacimiento de Jesús, era muy fuerte en Israel la espera del Mesías, es decir, de un Consagrado, descendiente del rey David, que finalmente liberaría al pueblo [de Israel] de toda esclavitud [...] e instauraría el reino de Dios. Pero nadie habría imaginado nunca que el Mesías pudiese nacer de una joven humilde como era María, prometida del justo José. Ni siquiera ella lo habría pensado nunca, pero en su corazón la espera del Salvador era tan grande, su fe y su esperanza eran tan ardientes, que él pudo encontrar en ella una madre digna. Por lo demás, Dios mismo la había preparado, antes de los siglos. Hay una misteriosa correspondencia entre la espera de Dios y la de María, [...] totalmente transparente al designio de amor del Altísimo»²³.

²² E. Hello, *Fisionomie di Santi*, "La Torre d'avorio" - Fògola, Turín 1977, pp. 58-59; la traducción es nuestra.

²³ Benedicto XVI, *Ángelus*, 28 de noviembre de 2010.

La espera que se daba en Simeón, Ana y María no es solo algo del pasado. No, porque en un silencio como el de entonces, lejos de los focos como entonces, esa espera permanece en lo íntimo de nuestra humanidad, en el silencio de nuestro corazón, en las entrañas de nuestro yo. Y sigue ardiendo. Una universitaria escribe: «Mi humanidad está constantemente a la espera de una Presencia que la cumpla». Es lo que afirma también Rilke, gran poeta alemán: «¿No estabas todavía distraído por las expectativas, como si todo te anunciara una amada?»²⁴. La espera que constituye originalmente nuestro corazón es espera de una presencia que responda, que salve –que conserve y cumpla– nuestra humanidad.

Como escribe en su última novela autobiográfica Daniele Mencarelli: «Me gustaría decirle a mi madre lo que necesito de verdad, siempre lo mismo, desde que grité por primera vez al llegar al mundo. No ha sido sencillo expresar lo que quiero desde hace tanto, trataba de explicarlo con conceptos complicados, he pasado estos primeros veinte años de vida estudiando las palabras más adecuadas para describirlo. Y he usado muchas palabras, demasiadas, después he comprendido que tenía que proceder en sentido contrario; así, día tras día, he empezado a sacar una, la menos necesaria, superflua. Poco a poco he recortado, podado, hasta llegar a una sola palabra. Una palabra para decir lo que quiero de verdad, eso que llevo conmigo desde el nacimiento, antes del nacimiento, que me sigue como una sombra, extendida siempre a mi

²⁴ R.M. Rilke, «Primera elegía», vv. 31-32, en *Las elegías del Duino*, Ed. Universitaria, Santiago de Chile 2001, p. 31.

lado. Salvación. Esta palabra no se la digo a nadie más que a mí. Pero he aquí la palabra, y con ella su significado más grande que la muerte. Salvación. Para mí. Para mi madre al otro lado del teléfono. Para todos los hijos y todas las madres. Y los padres. Y todos los hermanos de todos los tiempos pasados y futuros. Mi enfermedad se llama salvación, pero ¿cómo? ¿A quién decírselo?»²⁵.

En el culmen de la conciencia sufriente y apasionada de la existencia explota el grito de nuestra humanidad, como una petición que surge de las profundidades del corazón del hombre de todos los tiempos, una invocación al Misterio insondable: «¡Ojalá rasgases el cielo y descendieses!»²⁶. Esta es la súplica implícita en cada despertar nuestro y en cada gesto de la jornada, incluso de aquellos que no saben quién es este «tú» que, sin embargo, esperan. «¡Ojalá rasgases el cielo y descendieses!» es la petición de la razón y del afecto del hombre interesado en no vivir la vida en vano. Por eso Montale, que tenía a su modo familiaridad con lo humano, escribe: «En la espera está la dicha más completa»²⁷.

Puesto que esperamos algo sin saber cómo se hará presente, el problema no es de inteligencia, sino de atención. Es lo que hay que pedir, ha subrayado el papa Francisco citando a san Agustín: «*Timeo Iesum transeuntem*» (*Sermones*, 88,14,13), “Tengo miedo de que Jesús pase y no me dé cuenta”. Atraídos por nues-

²⁵ D. Mencarelli, *Tutto chiede salvezza*, Mondadori, Milán 2020, pp. 22-23; la traducción es nuestra.

²⁶ Is 63,19.

²⁷ E. Montale, «Gloria del vasto mediodía», de *Huesos de sepia*, en Id., *Huesos de sepia y otros poemas*, Orbis, Barcelona 1983, p. 63.

tros intereses [...] y distraídos por tantas vanidades, corremos el riesgo de perder lo esencial. Por eso hoy el Señor repite “*a todos: ¡estad vigilantes!*” (Mc 13,37). Vigilad, estad atentos»²⁸.

²⁸ Francisco, *Homilía de la Santa Misa con los nuevos cardenales*, 29 de noviembre de 2020.

CAPÍTULO 3

UN SOBRESALTO IMPREVISIBLE

El presente, con sus sacudidas, ha sacado a la luz aspectos de la vida que habíamos dado por descontados. «Así es como se comportan los hechos. Desinflan cualquier burbuja de presunción, hacen pedazos las teorías, destruyen las convicciones»¹. Para muchos se ha vuelto urgente de repente, aunque sea por un instante, esa exigencia de un significado último frente a la vida y la muerte que no podemos mantener a raya totalmente. Muchas evidencias han caído, no es algo nuevo, ya no forman parte de nuestro bagaje cultural de partida. Y si, como decía Morin, la incertidumbre es la clave de nuestro tiempo, esta se ha visto incrementada ulteriormente por la pandemia, debido a su gravedad y persistencia. Se ha vuelto difícil, independientemente de la posición de la que se parta, permanecer anclados en lo que ya sabemos, fiarse por inercia de la ilusión de que tenemos la vida en nuestras manos. Pero, paradójicamente, quizá resulte una ayuda ver cómo se quiebran algunas de nuestras presunciones monolíticas, experimentar cómo se produce una grieta en el muro de nuestras seguridades. Lo canta

¹ I.B. Singer, *Nemici. Una storia d'amore*, Adelphi, Milán 2018, pp. 145-146; la traducción es nuestra.

Leonard Cohen: «Hay una grieta en cada cosa / así es como entra la luz»².

1. «Un imprevisto es la única esperanza. Pero me dicen que decírselo es una estupidez»

Todas las mañanas vuelve a empezar la lucha. Cada uno lo puede ver cuando se levanta y se dispone a afrontar el viaje del día esperando el cumplimiento. Es un drama que se describe con gran eficacia en una conocida poesía de Montale, *Antes del viaje*.

«Antes del viaje se consultan los horarios,
 los enlaces, las paradas, los hoteles
 y las reservas (de habitaciones con baño
 o ducha, con una cama o dos o incluso un *flat*);
 se consultan
 las guías Hachette o las de museos,
 se cambian divisas, se separan
 francos de escudos, rublos de copeks;
 antes del viaje se informa
 a algún amigo o pariente, se revisan
 maletas y pasaportes, se completa
 el ajuar, se compra un paquete extra
 de hojas de afeitar; eventualmente
 se echa un vistazo al testamento, puro
 exorcismo, pues los desastres aéreos
 en proporción son mínimos;
 antes

² «There is a crack, a crack in everything / That's how the light gets in» («Anthem»), letra y música de Leonard Cohen en el álbum *The Future*, 1992, © Columbia Records).

del viaje se está tranquilo, pero se sospecha que
 el cuerdo no se mueve y que el placer
 de volver cuesta un disparate.
 Y después uno se marcha y todo está O.K., y todo
 es para bien e inútil.

.....

Y ahora, ¿qué será

de *mi* viaje?

Demasiado escrupulosamente lo he estudiado
 sin saber nada. Un imprevisto
 es la única esperanza. Pero me dicen
 que decírselo es una estupidez»³.

Podemos prepararlo todo para afrontar el viaje de la vida, de cada día, de cada hora, con sus correspondientes compromisos. Y sin embargo, antes incluso de saber cómo irá, nos podemos confesar a nosotros mismos: «Todo es para bien e inútil». Por muy inconscientes o distraídos que estemos, presentimos la envergadura de nuestra espera y estamos seguros de entrada de que todos nuestros preparativos no servirán para el objetivo, no serán capaces de procurarnos lo que esperamos, de cumplir la espera del corazón con que nos despertamos por la mañana o con que empezamos el viaje. La experiencia que ya hemos vivido nos lo ha enseñado. Entonces comprendemos por qué «un imprevisto es la única esperanza»: tiene que suceder algo que no está dentro de nuestros planes, que supera nuestros preparativos, nuestros proyectos. «Solo lo que nos viene de fuera, graciosamente, por sorpresa, como un obsequio de la fortuna, sin que lo hayamos

³ E. Montale, «Antes del viaje», en Id., *Satura*, Icaria, Barcelona 2000, pp. 141-142.

buscado, es júbilo puro. Paralelamente, el bien real no puede venir más que de fuera, nunca de nuestro trabajo. En ningún caso podemos fabricar algo que sea mejor que nosotros»⁴.

Que pueda suceder este imprevisto representa el culmen de la espera humana. «Pero me dicen / que decírselo es una estupidez», concluye Montale. Si, por un lado, él reclama este imprevisto –como la «única esperanza»–, por otro niega que pueda suceder. Los “cuerdos” declaran que es una tontería propia de niños, de gente ingenua, pensar que ese imprevisto pueda suceder de verdad. También nosotros sucumbimos muchas veces a esta tentación y nos conformamos: «Sí, decírselo es una estupidez». Pero, ¿es verdad? Si desafiamos esta frase sometiendo la razón a la experiencia, nos damos cuenta de que la única verdadera estupidez es encerrar la realidad dentro del horizonte angosto de lo «ya sabido», creer que ya nos lo sabemos todo, marcando los límites de lo posible sin esperar ya nada.

«Tengo la impresión», hace decir Michel Houellebecq al afanoso protagonista de su última novela, «de que incluso cuando te adentras en la auténtica noche, la noche polar, la que dura seis meses seguidos, subsiste el concepto o el recuerdo del sol. Yo había entrado en una *noche sin fin*, y sin embargo, en mi interior, subsistía algo, mucho menos que una esperanza, una incertidumbre, digamos. También se podría decir que incluso cuando personalmente has perdido la partida, cuando has jugado tu última carta, perdura en algunos [...] la idea de que *algo en los cielos* va a hacerse cargo del juego [...] y ello incluso cuando nunca has

⁴ S. Weil, *La gravedad y la gracia*, Trotta, Madrid 1994, p. 54.

advertido, en ningún momento de tu vida, la intervención ni tampoco la presencia de una divinidad cualquiera, incluso cuando eres consciente de que no mereces especialmente la intervención de una deidad favorable, e incluso cuando te das cuenta, considerando la acumulación de errores y faltas que constituye tu vida, de que la mereces menos que nadie»⁵.

La única verdadera estupidez es negar la posibilidad del acontecimiento. Giussani habla en este sentido de un auténtico «delito contra la suprema categoría de la razón, la categoría de la posibilidad»⁶. Aunque esa posición escéptica parezca la más razonable, se trata en realidad de un delito contra la razón. Nadie puede afirmar –eso sí que sería estúpido– que lo conoce todo, que lo domina todo, que puede prever todo lo que puede suceder, hasta el punto de excluir la posibilidad de que suceda el imprevisto del que habla Montale. La categoría de la posibilidad pertenece a la naturaleza de la razón. Por ello la única posición verdaderamente razonable es dejar abierta la posibilidad. No solo al principio, sino siempre, ahora, en cualquier momento de la vida.

Dejar abierta la posibilidad de que suceda algo que supere nuestra capacidad de previsión no es renunciar a la razón, sino vivir hasta el fondo la razón, según su naturaleza y su ímpetu original, es decir, como una ventana abierta a la realidad y no como medida. El escepticismo preventivo hacia todo aquello que supera nuestra medida supone un bloqueo de la razón, no su

⁵ M. Houellebecq, *Serotonina*, Anagrama, Barcelona 2019, p. 248.

⁶ L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 2001, p. 40.

culmen, y nos afecta más de lo que creemos, penetra en nosotros sin que nos demos cuenta de ello⁷.

Me escribe un joven amigo: «Me gustaría contarte brevemente cómo he vivido este último periodo, después de haber leído la pregunta de estos Ejercicios: “¿Hay esperanza?”. La canción que mejor describe estos meses es *Amare ancora* de Chieffo: “Qué amargura, amor mío, / ver las cosas como yo las veo”. Descubro que no tengo la misma frescura que tenía en mis primeros años de universidad, que no tengo la misma sencillez en la mirada: el escepticismo que invade el mundo me invade también a mí. Me sorprendo muchas veces con una gran resistencia a decir que es Dios quien me da las cosas y que son un regalo. Miro un paisaje precioso y se insinúa en mí una sospecha sutil sobre la experiencia de correspondencia que vivo ante esa belleza. Es una sospecha que me hace daño, que me provoca una gran tristeza: ¡qué *amargura* ver las cosas de este modo! Tengo esta amargura porque he sido testigo y protagonista de otra forma de mirar la realidad: la música que estudio, el cielo, el mar, las montañas, los árboles, todo lo reconocía como signo de Uno que me prefiere, que me afirma como un ser único, exclusivo e irrepetible en todo el universo. Este mismo escepticismo lo vivo, con inmenso dolor, también con respecto a Cristo, Aquel al que, sin embargo, he reconocido presente en esta compañía. Prosigue la canción: “Bastaría solamente con volver a ser niños y recordar... / que todo nos es dado, / que todo es nuevo

⁷ Observa Vasili Grossman, en boca de un personaje de su gran novela: «Comienzo a sospechar que no queda nada de los hombres, salvo la vigilancia» (V. Grossman, *Vida y destino*, Galaxia Gutenberg, Barcelona 2007, p. 404).

y está liberado”. Esto lo viví en los primeros años de experiencia del CLU [los universitarios de Comunión y Liberación], y fue realmente el paraíso en la tierra». Entonces pregunta: «¿Hay esperanza de que yo pueda volver a ser como un niño, a mirar como antes? ¿Es posible volver a educar esta mirada que se ha corrompido?».

Existe un escepticismo que nos invade, y con él una sospecha que arruina cualquier señal de belleza que se asome a nuestro camino⁸. La sombra que proyecta tal sospecha sobre todo lo bello que aparece ante nuestros ojos es como una maldición. Y de las entrañas de la tristeza que deriva de ella surge la pregunta: «¿Hay esperanza de que yo pueda volver a ser como un niño, a mirar las cosas como antes? ¿Es posible volver a educar esta mirada que se ha corrompido?». Es la misma pregunta del viejo escriba Nicodemo, doctor de la ley: «¿Acaso puedo nacer de nuevo siendo viejo?»⁹. ¡Qué gracia poder repetirla de un modo no retórico –como si fuera una cita más, como para cubrir nuestra indignancia con una mano de cultura–, sorprendiéndola mientras brota de lo más profundo de nuestra persona en toda su verdad! «Pero ¿se puede nacer de nuevo siendo viejos?».

Con frecuencia encontramos en nosotros una falta de disponibilidad, de apertura a la posibilidad, una

⁸ Subraya Daniélou: «Este es el drama del hombre de hoy. Actualmente vivimos en el universo de la desconfianza, en un mundo donde hemos sufrido tantos engaños que ya no creemos en la palabra verdadera, y un mundo así es espantoso» (J. Daniélou, *La cultura tradita dagli intellettuali*, Rusconi, Milán 1974, pp. 28-29); la traducción es nuestra.

⁹ «¿Cómo puede nacer un hombre siendo viejo? ¿Acaso puede por segunda vez entrar en el vientre de su madre y nacer?» (Jn 3,4).

tendencia a cerrar, a bloquear la puerta a lo que sucede. Escribe una universitaria: «En los meses que precedieron a la segunda ola, ¡cuántos momentos tirados! Me parecía que nada tenía que ver conmigo. Después, en el mes de noviembre, han pasado muchas cosas que han abierto una brecha. En primer lugar, he dado positivo por Covid y he tenido que estar aislada en mi habitación veinticinco días. Paradójicamente, ha sido el momento en que me he sentido más acompañada, tanto por personas queridas como por personas nuevas. Durante el mes de aislamiento me he implicado en la organización de las elecciones universitarias y han sido unos días intensísimos. La compañía que he experimentado en el mes de noviembre ha sido realmente algo excepcional para mí, más todavía si pienso en la circunstancia particular en la que ha sucedido todo. Durante los últimos días de cuarentena fue también mi cumpleaños. En una situación todavía de total aislamiento y lejanía de amigos y familiares, he tenido la posibilidad de experimentar nuevamente un amor por mí enorme y gratuito por parte de todos esos rostros especiales que, de las formas más creativas, me han acompañado durante todo el día. Me siento verdaderamente agradecida y afortunada. Azurmendi¹⁰ conoció el movimiento a través de la radio, y yo me he visto recuperada mientras estaba sola en mi habitación

¹⁰ Mikel Azurmendi, antropólogo y filósofo vasco, se ha ocupado en su larga carrera de algunos de los temas más apremiantes de la sociedad moderna como la inmigración, el nacionalismo, el yihadismo y el valor público de la experiencia religiosa. Ha dedicado a su encuentro con Comunión y Liberación el libro *El abrazo. Hacia una cultura del encuentro*, publicado en España por la editorial Almuzara en 2018 y en Italia por la BUR-Rizzoli en 2020. Ver aquí, p. 69.

a través de las llamadas por Zoom y de las elecciones. Pero, ¿hacía falta el Covid para volver a vivir las cosas? Realmente, no hay nada previsible ni ordinario en la modalidad con que nos alcanza el Misterio. Entonces, me digo a mí misma que la cuestión fundamental es estar disponibles. Pero esto me resulta dramático a veces y, cuanto más asalta la nada mis jornadas, más me cuesta hacerlo».

Darse cuenta de lo fundamental que es esta apertura, esta disponibilidad, es ya un gran paso. Muchas veces nos parece poca cosa estar abiertos, disponibles, y sin embargo es la cuestión fundamental, hasta el punto de que Jesús dice: «Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque [solo] de ellos es el reino de los cielos»¹¹. Es decir, es preciso que aquello que puede colmar la espera del corazón encuentre en nosotros una apertura, una disponibilidad para dejarlo entrar, la «grieta» a través de la cual pueda introducirse su luz¹².

Nos parece imposible, decía antes. Pero ¿y si ocurriese? ¿Y si lo encontrásemos? ¿Y si viniese a buscarnos? ¿Y si, como ha escrito Manuel Vilas en *El País*, cayese «belleza del cielo para todos los hombres y mujeres de este planeta»¹³? Si sucediese el imprevisto, haría falta una disponibilidad última, una lealtad que está íntimamente conectada con el ejercicio de la razón y que

¹¹ Mt 5,3.

¹² Escribe Lewis a este respecto: «Pero yo no puedo, a través de un esfuerzo moral directo, proporcionarme a mí mismo nuevos motivos. Después de los primeros pasos en la vida cristiana nos damos cuenta de que aquello que verdaderamente necesita hacerse en nuestras almas solo puede ser hecho por Dios [...]. Nosotros, como mucho, permitimos que se nos haga» (C.S. Lewis, *Mero cristianismo*, Rialp, Madrid 2007, p. 203).

¹³ M. Vilas, «La Poesía», *El País*, 29 de diciembre de 2020.

de algún modo nunca es obvia. «“Razonable” es aquel que somete su razón a la experiencia»¹⁴ –es una frase de Jean Guitton que nunca dejaré de repetirme, pues es decisiva para vivir–. Cuando se produce algo imprevisto, cada uno verifica –pone a prueba– su propia disponibilidad para someter la razón a la experiencia. Tal disponibilidad es un gesto de madurez que el hombre solo alcanza después de un largo camino, si no tiene un corazón de niño¹⁵.

Son muchas las situaciones en que nos damos cuenta de la actitud que tenemos. «Trabajo como enfermera en un quirófano, y en noviembre me mandaron a la unidad de cuidados intensivos de Covid. Pensaba que iba a estar a la altura, pues tenía un gran deseo de ayudar. ¡Nada más equivocado! La realidad que tenía ante mí era de tal dureza que no era capaz de soportarla, todo lo que era y creía que era, todas mis certezas quedaban borradas cuando cruzaba el umbral de la unidad. Empecé a pensar que no iba resistir y pedí que me cambiaran de planta. Pero las preguntas que hieren necesitan una respuesta, no un cambio de circunstancias, de modo que seguían estando ahí. Al volver entonces a la planta Covid, me di cuenta de que había sobre todo compañeros muy jóvenes, que habían sido contratados ante la situación de emergencia, que tenían un gusto por el trabajo y una pasión que me asombraba y reanimaban mis ganas y mi deseo de

¹⁴ J. Guitton, *Nuevo arte de pensar*, Encuentro, Madrid 2013, p. 85.

¹⁵ Observa Lewis: «Cristo no quiso decir que debíamos permanecer como niños en cuanto a *inteligencia*: por el contrario, nos dijo que fuéramos no solo “inocentes como palomas”, sino también “cautos como serpientes”. Cristo quiere un corazón de niño, pero una cabeza de adulto» (C.S. Lewis, *Mero cristianismo*, op. cit., p. 92).

estar ahí. Se necesita alguien a quien seguir que lleve escrita en la cara una esperanza. Se necesita alguien que vuelva a abrir el horizonte».

2. Hay quien afirma que el imprevisto ha sucedido

«Hemos encontrado al Mesías»¹⁶. Es la noticia que atraviesa la historia: lo que nuestro corazón espera se ha hecho presente, el imprevisto del que hablaba Montale ha sucedido en un lugar y un tiempo precisos. Esta noticia recorre la historia desde el día en que Juan y Andrés se toparon con Jesús de Nazaret a orillas del Jordán hace algo más de dos mil años.

Nosotros, que hemos sido alcanzados por esta noticia, nos encontramos frente al problema de su credibilidad: ¿es Jesús de Nazaret lo que dice ser? ¿Es realmente Dios hecho hombre? Consideremos el contenido del anuncio. ¿Qué es lo que ha sucedido? Que el término desconocido de nuestra espera, el infinito que anhela nuestro corazón, el «sin límites» se ha hecho hombre, se ha hecho presente. «El Verbo se hizo carne»¹⁷.

Nuestros calendarios están planteados todavía según la fecha de aquel hecho, de aquel acontecimiento. Nos encontramos en el 2021 *después* de Cristo. Pero la mera transmisión verbal de la noticia no basta para que se vuelva creíble a nuestros ojos; no nos basta encontrarla escrita en algún libro de religión o de historia y cada

¹⁶ Jn 1,41.

¹⁷ Jn 1,14.

año en el calendario. ¿De qué modo se puede verificar el contenido que porta? Quien viene al día siguiente o dos mil años después –es lo mismo– de Su desaparición del horizonte terreno, «¿cómo puede estar en condiciones de saber si Él responde a la verdad que pretende?»¹⁸.

Empecemos diciendo que, puesto que ha sucedido en la historia como un hecho, también hoy debe ser interceptable como hecho para que podamos reconocerlo como el cumplimiento de nuestra espera. Deben respetarse las características originales del anuncio cristiano: «un ser divino que se hizo hombre»¹⁹, un hombre que se puede encontrar por el camino, una presencia integralmente humana que implica el método del encuentro.

Si hace dos mil años fue un hecho lo que cumplió la aspiración infinita del hombre, hoy no pueden hacerlo los discursos o las reglas; tampoco nos puede bastar leer el relato de los sucesos en un libro, por muy importante que sea. El corazón del hombre no ha cambiado, su exigencia de plenitud sigue siendo idéntica, y solo un hecho puede corresponder a ella. Como la vacuna contra el Covid: debe ser algo real, al alcance de la mano de todos, para poder verificar su eficacia. No basta saber que se ha descubierto, sino que cada uno tendrá que poder verlo, tocarlo, sorprender sus efectos positivos en sí mismo.

Nosotros tenemos que poder interceptar ese «hecho» de hace dos mil años como hicieron los primeros que se encontraron con Jesús. Pero ¿cómo puede el hombre de hoy, cómo podemos tú y yo encontrar esta

¹⁸ L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2014, p. 13.

¹⁹ *Ibidem*, p. 41.

presencia dos mil años después? ¿Qué rostro, qué fisonomía tiene? «Jesucristo, aquel hombre de hace dos mil años, se oculta, se presenta, bajo el aspecto de una humanidad diferente. El encuentro, el impacto inicial, se da con una humanidad diferente, que nos sorprende porque corresponde a las exigencias estructurales del corazón mucho más que cualquiera de nuestros pensamientos o de nuestras fantasías: no nos lo esperábamos, no podíamos ni soñarlo, era imposible, no podíamos hallarlo en ninguna otra parte»²⁰.

Como le pasó a Mikel Azurmendi que, estando en el hospital gravemente enfermo, se topó con algo que transmitía una diferencia humana, un acento nuevo, distinto de todo lo que le había sucedido hasta entonces. Escuchó en la radio a un determinado periodista que mostraba un modo de juzgar los acontecimientos distinto del de los demás, y lo reconoció como algo que por fin correspondía. Al salir del hospital, conoció a otra persona de la misma compañía que lo miró de un modo tan humano que le hizo experimentar una correspondencia totalmente única con su experiencia elemental. Y después se topó con otra, y con otra más, y vio que todas esas personas tenían un mismo acento, la misma mirada, estaban en la realidad de una forma diferente, más humana. Y esto lo atraía llenándolo de admiración y desafiándolo en lo profundo de su ser²¹.

²⁰ L. Giussani, *Un acontecimiento en la vida del hombre*, Encuentro, Madrid 2021, p. 179.

²¹ Cf. J. Carrón, *Solo ves lo que admiras*, Jornada de apertura de curso de Comunión y Liberación, 26 de septiembre de 2020. Publicado en: <https://espanol.clonline.org/publicaciones/otros-textos/varios/solo-ves-lo-que-admiras-2020>

Es una dinámica que puede, más aún, debe suceder incluso en quien ha tenido ya un cierto encuentro y vive a remojón en una experiencia como la cristiana. De no ser así, después del encuentro acabará cayendo en el escepticismo de Montale.

Me escribe un joven universitario: «Hasta hace pocos días parecía que mi vida había perdido brillo, empezaba a marchitarme. Un día mi padre recibe una llamada desde su trabajo en la que le dicen que tiene que confinarse de modo preventivo por haber estado en contacto con un cliente que ha dado positivo aunque asintomático. Dos días después su prueba da positiva, todos en cuarentena. A la semana siguiente, sorteado el peligro, sigo adelante casi por inercia. No tengo ni siquiera fuerzas para llamar a algún amigo, porque en la vida de casa no hay espacio para lo que tú llamas acontecimiento. Después de algunos días, harto de este continuo intento de mantenerme a flote, trato con todas mis fuerzas de implicarme en las cosas que tengo que hacer (ayudar a mi madre en casa, cocinar para mi familia) para volver a encontrar alguna chispa de vida verdadera, pero nada. El límite me hunde todavía más. Entonces me entrego a los libros. Pasa el tiempo, miro la hora, son las 18:30 y me acuerdo de que hay un encuentro tuyo con los universitarios. Dudo durante un par de minutos: “Voy-no voy”, pero al final me conecto. En un momento dado, escucho a alguien que dice: “Después de la experiencia de plenitud que he vivido durante las elecciones universitarias, que han terminado además con un resultado inesperado y muy satisfactorio, he percibido un extraño malestar. ¿Cómo puedo vivir todavía esa experiencia de plenitud ahora que he vuelto a las cues-

tiones más cotidianas?”. Y tú empiezas a responder: “Los aspectos particulares que nos dejan un extraño malestar son decisivos...”. Algo se desencadena en mí y durante el resto del encuentro me quedo pegado al ordenador esperando otras palabras que me devuelvan la vida. Cierro Zoom y vuelvo a la “vida verdadera”. Ceno, recojo la mesa, me siento un rato delante de la televisión... Todo parece normal, y sin embargo, cuando me voy a la cama no me puedo dormir, vuelvo a pensar en lo que nos has dicho y, dejando a un lado mi orgullo, me pongo a rezar de forma tan humana que cuando lo pienso ahora todavía me conmuevo. Al día siguiente ya no soy el mismo. Sorprendo en mí una serenidad “absurda” que, misteriosamente, se transforma en una alegría inimaginable al tratar a mi familia, al cocinar y estudiar. ¡Y pensar que ni siquiera quería conectarme! Estoy abrumado por la gratitud. ¡Qué pasada vivir así!».

Solo podemos conocer la verdad de la noticia que nos alcanza hoy si nos topamos con el acontecimiento de una humanidad nueva y experimentamos el cambio que esto genera en nosotros: una «serenidad “absurda”» –el adjetivo con que los jóvenes de hoy califican cualquier cosa sorprendentemente grande–, una «alegría inimaginable», porque el hombre no puede dársela a sí mismo. Se trata, escribe Cabasilas, de una «vida nueva, porque no tiene nada que ver con la antigua, mucho mejor de lo que podría concebirse pues, aun siendo propia de la naturaleza humana, es vida de Dios»²².

²² N. Cabasilas, *La vita in Cristo*, op. cit., p. 126; la traducción es nuestra.

3. Irreductibilidad del hecho cristiano

Observemos mejor la naturaleza de este «hecho» que genera una humanidad nueva. Todos nosotros estamos dentro de una historia que transmite, en mayor o menor medida, la noticia del cristianismo provocando distintas reacciones. Pienso otra vez en Azurmendi. Antropólogo y sociólogo de prestigio, ya sabía del cristianismo, conocía su doctrina, la moral, los valores; pero no fue este conocimiento lo que despertó en él el interés por el cristianismo siendo ya mayor. Por el contrario, se había distanciado desde hacía años, había pasado página, como se suele decir. ¿Qué hizo saltar en él la chispa hace algunos años, hasta el punto de encender una curiosidad y un deseo de descubrir nuevamente qué es el cristianismo, derribando el muro que los conocimientos anteriores habían construido? ¿Qué desafió su planteamiento, su actitud? Un «hecho» que se mostró irreductible a sus explicaciones de estudioso y de hombre, que él no pudo reconducir a las categorías con las que, hasta ese momento, había mirado la realidad, incluido el cristianismo.

Era un «hecho» que no se podía subsumir, englobar en su planteamiento general, que no se podía explicar con el marco conceptual que utilizaba, con sus esquemas de pensamiento. Azurmendi no pudo «subsumir» –es decir, reconducir, englobándolo– en uno de sus conceptos, de sus universales abstractos, como dice Giussani²³, el hecho representado por ese

²³ «La mentalidad común, [...] para juzgar, tiende siempre a subsumir lo particular dentro de lo universal abstracto» (L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 85).

programa de radio –y después por los encuentros que se produjeron tras salir del hospital–, justamente por la diferencia que portaba. Era tan diferente que se vio conquistado, atraído por ese hecho, se llenó de curiosidad, se vinculó a él, se sorprendió apegado. Y esto introdujo en él un conocimiento nuevo, un modo nuevo de tratarlo todo, y lo regeneró. Se volvió más él mismo. Como decía el amigo que hemos citado antes: «¡Al día siguiente ya no soy el mismo!», es decir, era más él mismo.

No todo encaja en los conceptos ya consolidados, en los esquemas en los que estamos acostumbrados a englobar lo que sucede. Hay hechos que no se dejan reducir, que encierran algo que contesta, que derriba, que excede el marco conceptual disponible. Estos «hechos», lo hemos dicho con frecuencia, son «*personas o momentos de personas*»²⁴ que llevan consigo una novedad, una verdad humana que es profundamente deseable, que no se puede comparar, que parece imposible. San Pablo habla de «criatura nueva» en este sentido. «Ser hombre nuevo significa ser alguien que durante toda su vida anuncia, mediante lo que ya está presente en él, a Aquel que viene»²⁵. Quien se topa con estos hechos y se deja atraer por estas personas, empieza a experimentar en sí la misma novedad en el modo de vivir la realidad, y es el primero en sorprenderse: «¡Qué pasada vivir así!».

²⁴ L. Giussani, *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, op. cit., p. 459; la traducción es nuestra.

²⁵ P. Evdokimov, *L'amore folle di Dio*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Mi) 2015, p. 69; la traducción es nuestra.

«Querido Julián, en los últimos seis meses ha sucedido algo que ha marcado profundamente mi forma de estar frente a todo. La nada de la que tanto hablamos entró brutalmente en mi vida. Un día cualquiera de junio llegó la noticia de que el novio de mi hermana se había quitado la vida de forma inesperada. Fueron días de gran dolor y consternación. Me quedé en casa con mi hermana para hacerle compañía. Era evidente que ningún tipo de discurso, religioso o de otro tipo, podía salvarnos del drama que este hecho había suscitado en nosotros, abriendo una herida que sangraba constantemente. ¿Hay algo que se mantenga hoy en pie para mí? ¿Qué quiere decir ahora que Cristo venció a la muerte hace dos mil años? ¿Qué significa que la muerte no es la última palabra sobre todas las cosas, especialmente frente a alguien que la elige? ¿Cómo puede la vida llegar a ser más vida? ¿Cómo puedo vivir ahora el ciento por uno aquí?». Todo lo que se le ha comunicado como promesa del cristianismo tiembla ante semejante sacudida: ¿es verdad todo esto? «¿Y mi hermana? En definitiva, ¿hay esperanza? Tuve que reconocer enseguida, poco a poco, que la compañía de algunos amigos empezó a hacer crecer la conciencia de que Cristo se ha hecho carne para mí, para que yo pueda experimentar la intimidad y la concreción de la relación con Él. Experimenté lo que escribías en *Un brillo en los ojos*: “Cristo es una presencia contemporánea. Darse cuenta de ello implica exactamente la misma experiencia de hace dos mil años [...], es decir, el impacto con la presencia de una humanidad distinta que despierta un presentimiento nuevo de vida, que impresiona porque corresponde como ninguna otra cosa a la sed estructural de sentido y de plenitud que hay en nosotros. También hoy se trata de la experiencia de

un encuentro en el que [...] ‘se contenía todo significado, [...] todo lo deseable, todo lo justo, todo lo bello y todo lo amable’”. Cristo estaba venciendo en mí, en todas mis heridas y objeciones con respecto a estos meses, con Su contemporaneidad, que en esos días pasaba a través de los rasgos humanos de esos amigos. Su mirada generaba en mí la esperanza de que nada se perdería de esa vida aparentemente tirada, de esa vida que se había cruzado con la de mi hermana y la mía. Lo digo no porque sea una exaltada, sino porque esta es mi experiencia: para mí es imposible separar la pregunta “¿Hay esperanza?” de Su carne presente aquí y ahora».

La criatura nueva es el fruto de este acontecimiento. El acontecimiento inicial lo vemos vibrar hoy en el sujeto nuevo que genera. Volvamos una vez más a las palabras de Giussani: la criatura nueva «tiene una capacidad de conocer lo real distinta de la que tienen los demás». Esta «nace de la adhesión a un acontecimiento, del *affectus* a un acontecimiento al que nos apegamos, al que decimos que sí. Este acontecimiento es un hecho particular en la historia: tiene pretensión de universalidad, pero es un punto particular dentro de ella. Pensar partiendo de un acontecimiento significa ante todo aceptar que no soy yo quien define dicho acontecimiento, sino que más bien estoy definido por él. Dentro de su ámbito es cuando aflora lo que realmente soy y la concepción del mundo que tengo. Esto contradice a la mentalidad común, la cual, para juzgar, tiende siempre a subsumir lo particular dentro de lo universal abstracto»²⁶.

²⁶ L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 85.

La novedad que introduce el acontecimiento en la vida es también la verificación, la demostración de la verdad del encuentro inicial. ¿Cómo puedo saber si el aspecto particular con que me topo es el acontecimiento de Cristo hoy? Solo lo sabré si demuestra –como en los testimonios que acabamos de citar– su «pretensión universal», su capacidad de iluminar cualquier circunstancia o situación, incluso la más desconcertante, que es la muerte.

«Cada vez me asombra más el hecho de que la esperanza tiene como origen el acontecer continuo de una presencia irreductible y totalmente correspondiente con el corazón. Me he dado cuenta de que se me han dado hechos que me están sosteniendo y que no puedo atribuir al buenismo o al temperamento de alguien. A comienzos de diciembre un querido amigo mío entró en un monasterio: la humanidad plena y enamorada de la vida que me ha testimoniado, la certeza de haber encontrado a Dios y, en virtud de este amor, de “tenerlo todo ya” –hasta el punto de dejarlo todo, “para que nada se pierda”– siguen siendo un punto de inflexión en mi vida cotidiana. Con su simple estar en el monasterio y con la forma misma de su vida, me recuerda con potencia que la respuesta total a la espera de mi corazón existe y puedo encontrarla. Es una ayuda enorme para la memoria: entro en cada jornada y en las cosas con una espera ardiente que me hace vivir en diálogo con todo. Pero ¿qué nexo hay entre su presencia “totalmente conquistada” y la esperanza? Desde hace algunos meses un amigo ha sido diagnosticado de ELA. En medio del drama de esta circunstancia, no consigo quitarme de la cabeza su rostro que me dice cada noche: “Por todo lo que he visto y ha sucedido, esta noche también me voy a la cama contento y

agradecido. El Señor está cumpliendo su promesa”. La enfermedad empeora progresivamente y él está agradecido. ¿Qué sostiene la posibilidad de felicidad total de su corazón, incluso dentro de no poder hacer absolutamente nada? Yo no veo lo que él ve, pero lo veo a él, que se me ha dado. Al terminar el año propuse a algunos chavales con los que comparto la experiencia de los scouts tener un encuentro sobre el primer capítulo de *El sentido religioso*, con el deseo de poder compartir con ellos el instrumento que estoy descubriendo que más me ayuda a vivir, el corazón. Cuando les pedí al terminar diciembre que compartieran lo más bonito del año (en un año de Covid cabía la posibilidad de oír hablar únicamente de fatiga, negatividad y dolor), una de ellas dijo: “Cada vez que se habla del corazón en una reunión o en un encuentro con alguien, me pregunto: ¿pero yo escucho mi corazón? ¿Soy capaz de seguirlo? ¿Es el descubrimiento más precioso de este año!”. Cuando hace algunas semanas volvieron a cerrar los colegios –soy profesor–, en medio de la frustración inicial surgió en mí una pregunta: ¿acaso no se me da nuevamente la ocasión de aprender a amar a esos alumnos que hoy están y mañana no estarán? Con este interrogante fui a misa y me conmoví cuando me di cuenta de que también en zona roja, también con el colegio cerrado, Cristo se me sigue dando. “Mi corazón está alegre porque Tú, Cristo, vives”: ¡he aquí la esperanza! ¿Dónde vives? En la presencia imposible, pero real, del amigo que está en el monasterio, en el rostro alegre del amigo que está yendo al encuentro de su destino a través de la enfermedad, en el movimiento que me genera posibilitando que me dé cuenta de todo esto hasta el punto de apostar por el corazón de

chavales que están “a merced” del mundo. ¡Cuántos hechos estoy viviendo cada día que me permiten experimentar la correspondencia y me recuerdan que Cristo está vivo y lo es todo! Solo esto me sostiene. Hace algunos días, dentro del gesto de “caritativa” en el que participo, llevé una caja de alimentos a una familia. Me ofrecieron un café. Como tenía todos estos hechos en los ojos, decidí, por primera vez, quedarme un rato con ellos. En el salón, con las debidas distancias, estaba toda la familia. Una de las hijas me miraba en silencio, y se veía que tenía dentro una pregunta: “¿Por qué estás aquí? ¿Por qué te interesamos?”. Cuando Cristo habita en el corazón, la realidad entera –incluso la que es lejana– se convierte en una casa habitable. Doy gracias de rodillas al movimiento por custodiar esta mirada humanamente viva y llena de esperanza, porque es Su presencia que se hace carne en mi vida».

Para desafiar la mentalidad de todos, el «hecho» no tiene por qué ser algo clamoroso. La potencia del hecho, de ese aspecto particular, no depende de su vistosidad. Puede tratarse tan solo de un soplo, pero es un soplo en el que hay una diferencia que atrae. Su potencia, su carácter único reside en la diferencia que conlleva. Azurmendi lo percibió estupendamente en el periodista que hablaba en la radio. Para referirse a este hecho, en una conversación con Giovanni Testori en 1980, Giussani hablaba de personas que son «presencias»²⁷.

²⁷ «Yo no logro encontrar otro motivo de esperanza que no sea el multiplicarse de estas personas que sean una presencia. El multiplicarse de estas personas y una inevitable simpatía [...] entre estas personas» (L. Giussani - G. Testori, *El sentido de nacer*, Encuentro, Madrid 2014, p. 77).

A menudo somos testigos de hechos como los que se han descrito, pero no es raro que, en lugar de seguirlos con sencillez, como hizo Azurmendi, los englobemos en nuestro sistema de pensamiento, en lo que ya conocemos. Y entonces no nos dicen nada nuevo. Podemos pertenecer a la historia cristiana, donde se ven muchos de estos hechos, y seguir reduciendo el cristianismo a ética, a rito o a estereotipos tomados del imaginario común. Sin embargo, ninguna de estas reducciones es capaz de suscitar esperanza.

En el momento en que el cristianismo sucede como acontecimiento y es acogido, nos damos cuenta de la diferencia que introduce en la vida. Quien participa del cristianismo como acontecimiento desenmascara cualquier imagen reductiva del mismo. Es lo que le ha pasado a una joven amiga que me escribe: «Hace unos días pasó algo que me ha ayudado a entender lo que ha sucedido en mi vida. Estaba conversando con mi madre sobre la Navidad y en un momento dado me dijo medio en broma que ella, en el fondo, quiere creer que existe Papá Noel, porque necesita creer que existe una figura que pueda traer esperanza, un rostro en el que pensar y del que decir: “Él lo puede todo, en él pongo la esperanza de que todo vaya bien”. Este comentario de mi madre me hizo entender la preferencia de la que he sido objeto al encontrar el movimiento. Mi madre es una mujer creyente, va a misa todos los domingos, ¡y sin embargo pone su esperanza en Papá Noel porque para ella es un rostro definido, concreto! Para mí ha sido la prueba de que a veces se reduce a Dios a algo abstracto, a una idea. En cambio, yo me encuentro con Dios todos los días, está presente y puedo reconocerlo gracias a mi pertenencia a una historia. Haberlo des-

cubierto en el encuentro con esta historia particular ha hecho nacer en mí la esperanza».

Toparnos con presencias irreductibles nos libera de la condena a sucumbir a las imágenes tomadas de la mentalidad común. Solo estas presencias llevan dentro de sí, arraigado profundamente en sus entrañas, el fundamento de la esperanza.

«¿Hay esperanza?». Es una pregunta que me cuestiona seriamente. En un tiempo como este (estudio Medicina y la situación sanitaria me interpela muy de cerca) responder a ella con frases teóricas solo es posible por poco tiempo. Al final del día, estas situaciones quitan el sueño y las fuerzas. Tiene que haber a la fuerza una respuesta verdadera que resista la dramaticidad del día a día, pues la respuesta teórica solo hace que todo se vuelva más pesado [termina por incrementar el nihilismo, añado yo]. Tratando de responder a la pregunta: “¿Hay esperanza frente a la enfermedad de mi padre?”, lo único que me permite responder es mirar a mi padre. ¿Hay esperanza frente a esta pandemia? Lo que me viene enseguida a la mente [parece un “soplo”] son los ojos entusiastas de una amiga que, en medio de la fatiga del trabajo en el hospital, nunca se echa para atrás. Y así, revisando todas las situaciones que me cuestan, lo único que me permite decir que hay alguna esperanza son ciertos rostros en los que esta esperanza existe. Sin embargo, aquí el drama se intensifica, no se calma. Al verlos a ellos, me entran ganas de ser como ellos y de poder estar frente a la vida con sus mismos ojos [como le pasó a Azurmendi, que se decía a sí mismo: “¡Cómo me gustaría mirar el mundo como lo mira este periodista!”], pero me doy cuenta de que no puede tratarse de un esfuerzo mío,

porque si así fuera, al final del día me iría a la cama cansada de contabilizar cada éxito y cada fracaso [sería como reducir todo a ética nuevamente]. Entonces me pregunto: “¿Para qué sirve?”. Todos los días me sorprendo ante alguna persona que vive con verdad, que me atrae y que me pone en movimiento porque me hace envidiar su forma de mirar las mismas cosas de las que ya estoy harta a las ocho de la mañana. La mayoría de las veces, este atractivo se apaga al cabo de dos horas, pero alguna vez me lleva a ponerme en juego. Entonces me pregunto: ¿es suficiente con seguir a estas personas? ¿Basta con mantenerme en relación con estas presencias reales que salpican mis días y por las que me siento, aunque solo sea por un instante, comprendida en todas mis fatigas y en todos mis dramas?».

La respuesta a este interrogante plantea un problema de libertad. Frente a presencias que llevan consigo el fundamento de la esperanza, cada uno debe decidir ante todo si secunda o no el deseo de ser como ellos y de estar en su compañía.

4. La experiencia y los criterios del corazón

Pero, ¿cómo reconocer estas presencias por lo que son, por lo que traen consigo, por su verdadero valor, hasta llegar al origen de su diferencia? Es una cuestión que nos concierne y que no se le ahorró ni siquiera a los apóstoles. Más aún, ellos fueron precisamente los primeros que tuvieron que afrontarla.

Cuando la presencia de Jesús empezó a imponerse y su fama se fue difundiendo por las cosas que decía y

hacia, empezaron también a circular las distintas interpretaciones de su figura, con el concurso de los que se sentían amenazados en su poder, en su «autoridad», es decir, los escribas, los fariseos, los intelectuales y los jefes del pueblo. Aquellos primeros que empezaron a ir detrás de Él, ¿cómo pudieron llegar a entender que merecía la pena seguirlo, vincularse a Él, apostar por Él toda la vida?

¿Cómo reconocer, entre tantos rostros humanos parecidos, *el* rostro? ¿Qué criterio podemos utilizar? Ya debería resultarnos familiar, deberíamos haberlo aprendido de la experiencia. El único criterio adecuado para reconocer las presencias que llevan consigo un significado adecuado para la vida es ese con el que la naturaleza nos lanza a la comparación universal con todo lo que encontramos: el corazón, es decir, ese conjunto de evidencias y exigencias –de verdad, belleza, justicia, felicidad– que salen a la luz en nosotros cuando estamos comprometidos con lo que probamos. «En la experiencia, la realidad [...] que te toca, te golpea, te afecta (*affectus*)», dice Giussani, «hace que salten los criterios del corazón, despierta tu corazón que antes estaba confundido y dormía, y por ello te despierta a ti mismo. Ahí empieza tu camino, porque estás despierto, eres crítico»²⁸.

Se trata de criterios objetivos e infalibles que obran en nosotros, incluso a pesar de nosotros mismos, y no nos dan tregua. Como documenta Pavese de forma dramática. El 14 de julio de 1950, después de haber recibido el Premio Strega, escribe: «Vuelto de Roma,

²⁸ L. Giussani, *Si può (veramente?) vivere così?*, Bur, Milán 2011, p. 83; la traducción es nuestra.

desde hace tiempo. En Roma, apoteosis. ¿Y qué?»²⁹. Era como si se hubiese hecho realidad lo que él mismo había anotado muchos años antes en su diario: «Hay una cosa más triste que no lograr los propios ideales: salir triunfante»³⁰. Menos de un año antes de su muerte confiesa: «¿Cuántas veces has escrito en estas últimas notas *Y después?* Ya empezamos a estar en la jaula, ¿verdad?»³¹. El 22 de junio de 1950, ante la noticia del gran éxito, había escrito: «Es una felicidad. Indudablemente. ¿Pero cuántas veces la disfrutaré todavía? ¿Y luego?»³². ¿Qué le faltaba a su vida, tan exitosa a los ojos del mundo? 17 de agosto de 1950: «No importan los nombres. ¿Son algo más que nombres al azar, nombres casuales –si no aquellos, otros? Queda que ahora sé cuál es mi más alto triunfo – y a este triunfo le falta la carne, le falta la sangre, le falta la vida»³³. ¡Bajo el peso de esa falta, diez días después se quitaría la vida!

Una experiencia análoga anota Camus en sus *Carnets* el día del gran éxito: «17 octubre. Nobel. Extraña sensación de abatimiento y melancolía»³⁴.

No podemos eludir los criterios constitutivos del corazón, la exigencia de significado, de justicia, de felicidad, de amor. Se pueden acallar o censurar hasta cierto punto, pero no se pueden extirpar. Forman parte intrínseca de la experiencia. Giussani denuncia la di-

²⁹ C. Pavese, «14 de julio de 1950», en Id., *El oficio de vivir*, Seix Barral, Barcelona 2012, p. 400.

³⁰ C. Pavese, «18 de diciembre de 1937», en *Ibidem*, p. 77.

³¹ C. Pavese, «16 de octubre de 1949», en *Ibidem*, p. 378.

³² C. Pavese, «22 de junio de 1950», en *Ibidem*, p. 400.

³³ C. Pavese, «17 de agosto de 1950», en *Ibidem*, p. 402.

³⁴ A. Camus, *Taccuini. 1951-1959*, III, Bompiani, Milán 1992, p. 223; la traducción es nuestra.

ficultad que tenemos para reconocer que «el principio del juicio sobre la experiencia se halla en la experiencia misma». Pero, subraya, «si no fuese verdad que los principios con los que juzgar la propia experiencia se encuentran dentro de la experiencia misma, el hombre estaría alienado, porque dependería de otro para juzgarse a sí mismo»³⁵. Tales exigencias no nacen en lo que uno prueba o siente, «sino que nacen en él ante lo que siente, en él en tanto que está comprometido con lo que prueba»³⁶, y juzgan lo que prueba y siente.

El criterio para juzgar debe ser «inmanente a la estructura originaria de la persona». Se trata del «criterio objetivo con el cual la naturaleza lanza al hombre a la confrontación universal, al dotarle de ese núcleo de exigencias originales, de esa experiencia elemental con la que todas las madres dotan del *mismo* modo a sus hijos. Solamente aquí, en esta identidad de la conciencia última, está la superación de la anarquía»³⁷, del subjetivismo.

No se puede hablar de experiencia, como a veces se ha tratado de hacer, identificándola con un mero probar algo. «La categoría de *esperienza* que usamos nosotros tiene un valor absolutamente crítico», afirma Giussani. No debe ser entendida como una «inmediatez sentimental», sino como «el lugar en que el impacto con la realidad provoca las exigencias constitutivas del corazón del hombre, desarrollando la búsqueda de una respuesta a las provocaciones que plantea la rea-

³⁵ L. Giussani, *Si può (veramente?) vivere così?*, op. cit., pp. 83-84; la traducción es nuestra.

³⁶ *Ibidem*, p. 82.

³⁷ L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., pp. 22, 26.

lidad». Y esto tiene como consecuencia que «*la experiencia* es por tanto el ámbito en que la persona está llamada a verificar si el hecho de Cristo –la verdadera gran hipótesis de trabajo– es capaz de responder a los interrogantes que se han despertado, con una autenticidad y una totalidad en la visión de los factores que el resto de propuestas no tienen». Y enseguida añade: «Por ello, CL se plantea únicamente como una voluntad de redescubrir y vivir de un modo más auténtico el hecho de que la fe cristiana, tal como se ha mantenido dentro del marco de la ortodoxia, responde mejor que cualquier otra propuesta a las exigencias profundas del hombre»³⁸.

Por ello, el verdadero desastre de hoy es el debilitamiento de la conciencia de tales exigencias, el ofuscamiento de la conciencia de la propia identidad. De hecho, Cristo ha venido a responder a los hombres, no a «seres vacíos como robots». Como dice la frase de Reinhold Niebuhr que he citado anteriormente, «nada hay tan poco creíble como la respuesta a una pregunta que no se plantea». «La única intención de CL» es, por tanto, «testimoniar la razonabilidad de la fe, la fe como *obsequio razonable*, donde por razonable se entiende –según la concepción de santo Tomás– la experiencia de una correspondencia entre la propuesta de la fe y las exigencias estructurales de la conciencia humana»³⁹.

La diferencia del evento cristiano consiste por entero en la experiencia que genera. El hecho del encuentro

³⁸ L. Giussani, «Il ragionevole ossequio della fede», entrevista de A. Metalli, *30Giorni*, n. 5, 1988, pp. 40-41; la traducción es nuestra.

³⁹ *Ibidem*.

con Jesús provoca en los discípulos la experiencia de una correspondencia incomparable: «Hemos encontrado al Mesías». El resto de eventos favorables, que incluso deseamos que nos sucedan en la vida, incluidos los éxitos que conseguimos obtener, no satisfacen la espera, no mantienen la promesa, son al final fuente de una profunda desilusión. Frente a ellos, también nosotros nos reconocemos en la reacción de Pavese: «¿Y qué?».

Volvamos a la cuestión. La experiencia en sentido auténtico, como lugar de conocimiento y de verificación, no se puede identificar con una simple impresión subjetiva o una reacción sentimental. La experiencia es una «unidad del acto vital que resulta de tres factores diferentes: a) *El encuentro* con un hecho objetivo [...] independiente de la persona que tiene la experiencia [...]. b) El poder de percibir adecuadamente el significado de ese encuentro [...]. c) La *conciencia de la correspondencia* que hay entre el significado del Hecho con el que nos topamos y el significado de nuestra existencia [...]. Es la conciencia de esta correspondencia lo que verifica ese crecimiento de uno mismo que es esencial en el fenómeno de la experiencia». En una auténtica experiencia están necesariamente implicadas «la autoconciencia y la capacidad crítica del hombre»⁴⁰.

Es lo que, de un modo distinto, dice el profeta Isaías: «¡Ojalá rasgases el cielo y descendieses!», es decir, ojalá sucediese el imprevisto, ojalá Dios respondiese verdaderamente a nuestra espera, «en tu presencia se estre-

⁴⁰ L. Giussani, *Educación es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006, pp. 120-121.

mecerían las montañas»⁴¹. El signo de que se cumple la promesa es el estremecimiento de alegría, el impacto que provoca el acontecimiento. Es lo que le sucedió a Isabel: en cuanto «oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre»⁴². Es el mismo estremecimiento de Juan y Andrés que, después de toparse con Jesús y pasar con Él toda la tarde, dicen a todos: «¡Hemos encontrado al Mesías!». También Azurmendi experimentó este asombro: «No esperaba encontrarme nada de esto en la vida. Fue una sorpresa tremenda. Se sale de lo acostumbrado [...]. Y poco a poco entro en un estado emotivo de admiración»⁴³. El signo de que este acontecimiento vuelve a suceder es un sobresalto de alegría.

Por tanto, yo puedo reconocer lo divino presente en ciertas presencias, igual que Isabel reconoció a Jesús en el seno de María, por la correspondencia con el corazón, con mi humanidad, que experimento en el encuentro con ellas y que se manifiesta en un «sobresalto de alegría». Y la verificación de tal encuentro se halla en su capacidad de introducirme en la totalidad de la realidad, de hacerme afrontar cualquier situación, de desafiar cualquier circunstancia. Cristo «ha traído toda la novedad viniendo él mismo»⁴⁴ –dice san Ireneo–, ha traído la novedad de todas las cosas. ¡Qué experiencia debieron de tener esos primeros cristianos para describir a Cristo de este modo!

⁴¹ Is 63,19.

⁴² Lc 1,41.

⁴³ «El abrazo», transcripción de la entrevista televisiva a Mikel Azurmendi, realizada por Fernando de Haro para el Meeting 2020, en J. Carrón, *Solo ves lo que admiras*, op.cit., p. 11.

⁴⁴ Ireneo de Lyon, *Adversus Haereses*, IV, c. 34.1.

Ha sucedido y sigue sucediendo. Le ha sucedido al dueño de un bar en el corazón de una zona universitaria, frecuentado sobre todo por estudiantes.

«Los del CLU somos de los pocos que siguen yendo a la universidad, a las poquísimas aulas de estudio abiertas. Cada mañana tomamos café en el mismo bar y me he hecho amigo de los camareros. El viernes por la mañana mi primo fue el último en entrar y le preguntó al dueño, que trabaja en ese bar desde 1982, cómo iba la cosa. El dueño le respondió: “Bueno, el trabajo no va demasiado bien, pero por suerte estáis vosotros; yo sé que sois de CL, se ve enseguida, porque sois como los de hace treinta años. Es decir, sois los únicos que dais vida a la zona universitaria”. ¿Cómo es posible, me he preguntado, que haya sabido que somos de CL y que reconozca que somos lo mismo que los de hace treinta años? Pero, sobre todo, ¿cómo es posible que nosotros, entre los que también estoy yo, seamos definidos como los únicos que dan vida a la zona universitaria? El motivo no es una capacidad mía o nuestra. No, la cuestión es que yo he tenido un encuentro que ha cincelado, que ha marcado permanentemente mi corazón hasta el punto de cambiar mi forma de mirar la misma realidad de todos. Por ello no hay necesidad de hacer cosas extrañas, basta simplemente con que yo sea yo mismo. En mí ha crecido la conciencia, la confianza de que al final, o está Cristo o está la nada. Y es así porque en mi experiencia han sucedido muchos hechos que se han convertido en “manos de pegamento” que me han hecho pegarme a esta compañía, hasta el punto de decir: “Lejos de Él, ¿a dónde iré?”. Yo vivo en esta época, y no estoy desesperado ante los datos gracias a la experiencia que vivo:

mi fe se expande también hacia el futuro. El arma con que afronto en mi vida cotidiana el desafío que me dirige esta situación es la confianza, la fe. Al tener esta certeza, sin hacer nada especial, siendo yo mismo, llevo algo que excede mi propia persona. Solo ahora vivo el presente con una esperanza».

Para el dueño del bar fue fácil reconocer una diferencia en esos jóvenes por el horizonte que daban a su vida.

LA FLOR DE LA ESPERANZA

Ahora debemos afrontar una cuestión verdaderamente espinosa, que representa el punto más sensible para todos nosotros, en cuanto hijos de la llamada cultura occidental.

1. Una necesidad de certeza

¿Cómo podemos nosotros, que vivimos en este tiempo, en esta cultura –pienso sobre todo en los jóvenes, que están familiarizados por una parte con los esquemas de la racionalidad calculadora de la ciencia y de la técnica y por otra sienten aversión hacia todo aquello que no es inmediato o medible, que huele a doctrina– alcanzar la certeza sobre Cristo? Hoy en día esta exigencia es particularmente intensa. Quien se relaciona con los jóvenes lo sabe perfectamente. Giussani se había percatado de esto hace mucho, y ahora esa exigencia se ha vuelto más fuerte todavía. Hoy ya no existe ninguna tendencia automática hacia la fe cristiana. Lo expresaba recientemente Lucio Brunelli en *L'Osservatore Romano* hablando justamente de los jóvenes de hoy: «Cristo, muerto y resucitado, salvación del hombre. Puedes gritarle esta verdad a la cara [...], pero ese chico te mirará con [...] indiferencia», como si estuviera delante de algo

«incomprensible»¹. La fe cristiana ya no es un hecho social, una premisa obvia que se nos entrega con la educación; por ello nos vemos “obligados” –afortunadamente, digo yo– a redescubrir cómo llegar a ella. En cierto sentido nos vemos obligados a una fe razonable, que tenga fundamento.

Preguntémosnos: ¿en qué se apoyaba la fe de los primeros que siguieron a Jesús? Esto vale exactamente igual para nosotros ahora. Desde el comienzo mismo de su labor educativa, Giussani percibió vivamente la urgencia de la razonabilidad de la fe. En este aspecto se muestra, una vez más, la gracia del carisma, la pertinencia de la gracia dada a don Giussani con nuestras necesidades como hombres de hoy (inmersos como estamos en una incertidumbre de la que no sabemos salir). La realidad que nace de esta gracia tiene como única intención –decía en el pasaje citado– dar testimonio de la razonabilidad de la fe, es decir, de que el hecho de Cristo responde mejor que cualquier otra propuesta a las exigencias profundas de nuestra humanidad. La adhesión a la fe es razonable, de hecho, precisamente porque el acontecimiento de Cristo se revela como algo que corresponde con las necesidades estructurales de la conciencia humana. Y «la propuesta a los jóvenes constituye un test muy claro»² de la conciencia o no de esta exigencia de razonabilidad.

¿Qué se necesita para que las personas –jóvenes y adultos– puedan descubrir la razonabilidad de la fe?

¹ L. Brunelli, «Le chiese vuote e la fantasia di Dio», *L'Osservatore Romano*, 10 de abril de 2021, p. 9; la traducción es nuestra.

² L. Giussani, «Il ragionevole ossequio della fede», entrevista de A. Metalli, *30Giorni*, op. cit., p. 40; la traducción es nuestra.

Giussani afirmaba en el Sínodo sobre los laicos de 1987: «Al hombre de hoy, dotado de posibilidades inusitadas en el obrar, le cuesta enormemente percibir a Cristo como respuesta clara y cierta al significado de su mismo ingenio. A menudo las instituciones no ofrecen vitalmente esa respuesta. Lo que falta no es tanto la repetición verbal o cultural del anuncio. El hombre de hoy espera, quizás inconscientemente, la experiencia del encuentro con personas para quienes el hecho de Cristo es una realidad tan presente que cambia su vida. Es un impacto humano lo que puede sacudir al hombre de hoy: un acontecimiento que sea eco del acontecimiento inicial, cuando Jesús levantó la mirada y dijo: “Zaqueo, date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa”»³.

La experiencia de un encuentro es el punto de partida. Igual que hace dos mil años. Hoy no sucede de forma distinta, porque entonces ya no sería cristianismo. «Es el gran cambio de método que marca el paso del sentido religioso a la fe: ya no es una búsqueda llena de incógnitas, sino la sorpresa de un hecho que ha acontecido en la historia de los hombres». Los testimonios citados nos lo han mostrado. «Esta es la condición sin la cual ni siquiera se puede hablar de Jesucristo. En este camino, en cambio, Cristo se vuelve familiar, casi del modo como la relación con nuestra madre y con nuestro padre se vuelve, en el tiempo, cada vez más constitutiva de nosotros mismos». Desde la experiencia del encuentro con su humanidad –que tiene el rostro, el aspecto de personas concretas, de una deter-

³ L. Giussani, *L'avvenimento cristiano. Uomo Chiesa Mondo*, BUR, Milán 2003, pp. 23-24; la traducción es nuestra.

minada compañía– somos conducidos, por la correspondencia que hemos experimentado, «hasta la gran pregunta acerca de su divinidad»⁴.

La exigencia de la razonabilidad de la fe concierne a personas de cualquier edad –chavales, jóvenes, adultos– y condición vital.

Lo que escribe una universitaria es significativo y emblemático del problema que hemos planteado: «La cuestión de la certeza acerca de Cristo es para mí una cuestión abierta. Después de muchos años en el movimiento, el momento de la misa y de la comunión supone para mí un momento de malestar profundo, porque ya no creo. Estoy agradecida a mis amigos del movimiento por la intensidad de vida que cíclicamente vuelve a tirar de mí, pero no puedo censurar que el movimiento se basa en el hecho “increíble” de Cristo, increíble para mí, que no consigo aceptarlo. Me pregunto: ¿cómo puede estar Cristo ahí, cómo puede estar en mí? No entiendo dónde y en quién está Cristo, si todos nosotros somos humanos y limitados. No creo que se trate de escepticismo, sino de que por fin puedo no esconder el hecho de que algunas cosas no me cuadran y no puedo hacer como si nada. Es como si estuviese frente a la rueda de una bicicleta: veo todos los radios –los radios humanos, todos los hechos que me han sucedido, las personas–, pero no soy capaz de ver el centro de estos radios, me parece algo forzado, una especie de autosugestión. Veo que el amor que experimento me llega a través de mi madre, de mi padre, de mis amigos, unas veces más y otras menos, y no

⁴ L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 8.

entendiendo cómo entra Cristo en juego en un momento dado».

Agradezco a esta amiga la audacia y la franqueza de su pregunta. Es signo de que se encuentra en una compañía en la que se siente libre para plantear las cuestiones más radicales. Y, como cada uno puede reconocer, no hay que dar por descontado que exista un lugar en donde una persona pueda plantear sus preguntas, exponerse, arriesgar sin miedo.

Antes de entrar en el fondo de la cuestión planteada, me gustaría proponer otro testimonio que se mueve en la misma perspectiva.

«Vivimos en tiempos muy duros: muchas personas enferman de Covid y muchas sufren enfermedades “ordinarias”, que no pueden ser bien tratadas porque el sistema sanitario no las atiende según sus cánones normales. Eso sin considerar las dificultades económicas, que para muchos están siendo importantes. El miedo a la vida y a la muerte muerde la carne y el corazón, incluso en aquellos que aparentemente no tienen problemas significativos. Vivimos en una especie de “suspensión” existencial que suscita ansiedad, incluso angustia. En esta situación es inevitable preguntarse, más que antes, sobre qué es esencial de verdad. En nuestra Escuela de comunidad nos estamos preguntando mucho por esto y, más allá de los afectos personales y del trabajo, a los que cada uno se apega de forma natural, todos creen en lo esencial que es la comunidad a la que pertenecemos. Pero aquí surgen dudas, al menos en algunos de nosotros, sobre qué significa esto realmente. La comunidad la vivimos de modo carnal cada día, no solo en el momento de la Escuela de comunidad. Es nuestra casa, es la fuente del consejo, del consuelo, del sostén concreto.

Es el lugar del amor fraterno que podemos tocar. Casi diría que la gran dificultad es frente a Dios. Algunos de nosotros viven la relación con Él sin albergar ninguna duda. Otros sienten una necesidad imperiosa de Él, una nostalgia inagotable: la fe no es simplemente un fiarse y confiarse a Él, sino una búsqueda. Nos convertimos en buscadores de Dios, como el antiguo pueblo de Israel, y tenemos miedo. ¿Y si fuese solo una ilusión que nos construimos sin fundamento alguno? ¿Este es el mayor miedo! A Dios nadie lo ha visto nunca, pero podemos ver sus signos, después de la venida de su Hijo, y esto debería de bastarnos. Pero, ¿cómo puedo consolar, no solo a mí mismo en la oscuridad del miedo cotidiano, sino incluso al amigo que ya sufre concretamente en la carne? ¿Cómo puedo hablarle de Dios? ¿Cómo puedo encontrar esa paz que me permita afrontar con serenidad y confianza cualquier circunstancia, incluso la más negativa? ¿Cómo puedo tener confianza en la salvación mirando solo a las personas que me rodean, si no puedo verlo ni tocarlo a Él? Sin Dios todo carece de sentido y eso es indiscutible. Pero, ¿cómo puede el deseo de la fe llegar a ser una fe verdaderamente vivida?»

Estos testimonios son expresión de un grito. No se trata de personas escépticas, sino de jóvenes y adultos que no se conforman con apaciguar su inquietud con una respuesta cualquiera. Son personas en las que vemos vibrar la pregunta de Dostoievski: «Un hombre culto, un europeo de nuestros días, ¿puede creer, verdaderamente creer en la divinidad del Hijo de Dios, Jesucristo?»⁵. Como todos los genios, Dostoievski fue

⁵ Cf. F.M. Dostoievski, *I demoni*; *Taccuini per "I demoni"*, edición de E. Lo Gatto, Sansoni, Florencia 1958, 1011.

profético, anticipando en gran medida lo que llegaría a constituir una exigencia de todos.

Lo que piden estos «buscadores» es un camino practicable para alcanzar una certeza razonable sobre lo que han encontrado. Sin esta certeza, la deseada esperanza no encuentra fundamento adecuado, y a la libertad le resulta imposible adherirse a la realidad con la que se han topado hasta llegar al afecto. Resulta evidente enseguida que el problema de la esperanza remite a la certeza de la fe.

A la luz de esta urgencia existencial podemos entender con mayor conciencia el método al que nos ha introducido don Giussani, darnos cuenta de su valor, evitando así abandonarlo en los estantes de lo ya sabido, en nombre de una cierta familiaridad con los conceptos. Si lo seguimos, podremos verificar si el camino que indica nos lleva a cada uno de nosotros del «deseo de la fe» a «una fe verdaderamente vivida».

a) El método de la certeza moral

Cada uno advierte a su modo la necesidad de alcanzar la certeza sobre Cristo para poder estar delante de sus exigencias de plenitud, de verdad, de justicia, y delante de los problemas con los que la vida no deja de provocarnos. Centrémonos ahora en lo que demandan los testimonios: ¿cómo conocer, reconocer a Cristo con certeza? Hemos dicho que esta es la cuestión de la fe. Ahora bien, la fe es un modo de conocer propio de la razón –y no un sentimentalismo barato–: es el conocimiento de algo que no veo a través de la mediación de otro. Yo no veo inmediata y directamente el objeto,

pero lo conozco a través de un testigo. «La cultura, la historia y la convivencia humana se fundan en este tipo de conocimiento que se llama fe, conocimiento de una realidad a través de la mediación de un testigo». Aquí nos interesa desarrollar la cuestión de la fe a un cierto nivel, «el nivel más alto de la vida, el que concierne al destino»⁶.

Giussani sigue con su razonamiento: «A Cristo no lo conocemos directamente, ni por evidencia, ni por el análisis de la experiencia», del mismo modo que hace dos mil años Juan y Andrés no veían directamente lo divino en aquel hombre con que se habían topado, Jesús de Nazaret. Nos hallamos en la misma situación. Puesto que Cristo es el objeto total de nuestra fe, surge la pregunta: «¿Cómo podemos conocer a Cristo de tal modo que podamos apoyar en Él»⁷ toda la vida? Si la fe es esa forma de conocimiento que se basa en la mediación de un testigo, el primer problema afecta a la certeza que podemos alcanzar sobre la credibilidad de este.

¿Qué camino podemos recorrer para alcanzar la certeza sobre una persona? Entre los distintos métodos con que la razón puede alcanzar una certeza en los distintos ámbitos de la realidad, el que nos interesa aquí es el método relativo al comportamiento humano. Un método determinado conduce a las certezas matemáticas, otro a las certezas científicas, otro a las filosóficas, pero existe un cuarto método de la razón que lleva a certezas sobre el comportamiento humano, a las certezas morales. En cierto modo, este método

⁶ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, Encuentro, Madrid 2008, pp. 31-32.

⁷ *Ibidem*, p. 41.

«se parece mucho más al gesto del artista», que llega a la intuición de la verdad a partir de signos. «Cuando Newton vio caer la famosa manzana, esta fue un signo que le hizo concebir su gran hipótesis. El genio, partiendo de un pequeño signo, llega a una intuición universal. El método con el que capto que mi madre me quiere, por el que estoy seguro de que muchos amigos míos lo son, no está mecánicamente establecido sino que es intuido por mi inteligencia como el único sentido razonable, el único motivo adecuado que explica la convergencia de determinados “signos”. Multiplicad indefinidamente estos signos, a centenares, a miles: el eje adecuado de su sentido es que mi madre me ama. Miles de indicios convergen en este punto. El único sentido que tiene el comportamiento de mi madre es este: que “mi madre me quiere”»⁸.

En muchas ocasiones he utilizado el ejemplo de la madre justamente para poner de manifiesto el método a través del cual se alcanza una certeza sobre el otro: la lectura de los signos. Si alguien me preguntase: «Pero yo, ¿en qué puedo ver que mi madre me quiere?», le respondería: «Lo puedes ver por los signos. No todas las personas hacen lo que tu madre hace por ti»⁹. Después de haber visto muchos signos, y si eres leal con lo que has visto, podrás reconocer que todo lo que hace tu madre tiene una única explicación, un único punto

⁸ L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., pp. 38-39.

⁹ Observa von Balthasar: «Conviene despertar, en quien plantea preguntas, el sentido elemental del misterio y su respeto. Puesto que la mayoría de los seres humanos ha amado al menos una vez, se les puede recordar ciertas leyes y experiencias del amor y llevarles a partir de ahí hacia el amor de Dios» (H. U. Von Balthasar, *Il chicco di grano. Aforismi*, Jaca Book 1994, p. 42); la traducción es nuestra.

de convergencia –como los radios de la bicicleta de los que hablaba nuestra amiga– que se llama amor. Puedes llamarlo X en lugar de amor, pero lo que está claro es que el comportamiento de tu madre es signo de una afirmación incondicional de tu ser que te hace estar seguro de ella y te permite fiarte de ella. El amor no es algo que un detector científico pueda verificar mediante determinado tipo de análisis o de experimento: el amor es el sentido de los signos.

Continúa Giussani: «Para alcanzar una certeza moral, la demostración es un conjunto de indicios cuyo único sentido adecuado, cuyo único motivo adecuado, cuya única lectura razonable es precisamente esa certeza». Podría llamarse no solo «certeza moral sino también *certeza existencial*», pues «está unida al momento en que tú lees el fenómeno, es decir, en que intuyes el sentido del conjunto de los signos. Por ejemplo: yo estoy seguro de que quien tengo delante en este momento no me quiere matar; y que tampoco después de esta afirmación mía esta persona me quiere matar, ni siquiera por el gusto de demostrar que me equivoco. Llego a esta certeza tras considerar un comportamiento, al leer una situación. ¡Pero no podría afirmar lo mismo para un momento futuro si cambian las connotaciones de las circunstancias!»¹⁰.

En este punto Giussani hace dos observaciones importantes.

En primer lugar, yo «seré más capaz de tener seguridad de ti cuanto más atento esté a tu vida, es decir, cuanto más comparta tu vida. Pues en esa medida se multiplican los signos. Por ejemplo, en el Evangelio,

¹⁰ L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 39.

¿quién pudo entender que había que tener confianza en aquel hombre? No la masa de gente que únicamente iba buscando la curación, sino los que le siguieron y compartieron su vida. ¡Convivir y compartir!»¹¹. Si uno se queda mirando y dice: «¡Qué bonito!», pero luego se va, se lo pierde todo. Si no secundo el impacto, el sobresalto que me provoca cierta presencia, me lo pierdo, me pierdo lo mejor de lo que me ha pasado. Si ves a una persona una vez y luego no la vuelves a ver, la percepción de la verdad que has tenido se desdibuja. Nos gustaría entender enseguida antes de implicarnos, sin involucrarnos. Pero, ¿cómo podemos llegar a la certeza sin involucrarnos? Sería una ficción. En cambio, al involucrarnos, al secundar el impacto que hemos experimentado, los signos se multiplican y la convicción se vuelve más profunda. Y como la experiencia no nos engaña, si nos hemos equivocado nos daremos cuenta enseguida. «Ah, no, no era esto lo que había intuido»¹².

En segundo lugar y de modo inverso, subraya Giusani, «cuanta más potencia humana tiene uno, más capaz es de alcanzar seguridad sobre el otro partiendo de pocos indicios. En esto consiste el genio humano, esa genialidad capaz de leer la autenticidad del comportamiento, del modo de vivir de los hombres. Cuanto más potente es la humanidad de uno, más capacidad se tiene de percibir con certeza. “Fiarse es bueno, pero no fiarse es mejor”, dice un proverbio; pero esta

¹¹ *Ibidem*.

¹² Las «soluciones <aquí> no se alcanzan tanto con razonamientos sino <más bien> con la razón, con la verdad misma de las cosas y con la experiencia» (Guillermo de Saint-Thierry, «Natura e valore dell'amore», 31, en *Id.*, *Opere/3*, Città Nuova, Roma 1998, p. 97); la traducción es nuestra.

es una sabiduría bastante superficial, porque la capacidad de fiarse es una característica del hombre fuerte y seguro. El hombre inseguro no se fía ni siquiera de su madre. Cuanto más verdaderamente hombre es uno más capaz es de fiarse, porque intuye los motivos adecuados que tiene para creer en el otro»¹³.

b) Una trayectoria humanísima

Hemos dicho que para conocer a una persona hace falta convivir con ella. La convivencia requiere tiempo, y solo quien está disponible para invertir el tiempo necesario podrá alcanzar una certeza adecuada, razonablemente fundada, sobre otra persona. Con el tiempo, esta convivencia exige, evidentemente, una atención a los signos que esa persona ofrece de sí misma. Es una trayectoria humanísima, que tiene un punto de partida inconfundible. «Cuando encontramos a una persona importante para nuestra propia vida, siempre hay un primer momento en que lo presentimos, algo en nuestro interior se ve obligado por la evidencia a un reconocimiento ineludible: “es él”, “es ella”»¹⁴.

Puede decirse en cierto sentido que en el inicio ya está todo, como dice la expresión «evidencia de un reconocimiento ineludible». El carácter ineludible del reconocimiento nos podría hacer pensar que el camino ha terminado ya, que se ha alcanzado un conocimiento definitivo. No es así, como lo confirma la experiencia de cada uno. Si se quiere alcanzar la certeza

¹³ L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., pp. 39-40.

¹⁴ L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 62.

sobre otra persona, esa evidencia es el principio de un recorrido que debe realizarse cada día. Por eso prosigue Giussani: «Pero solo el espacio que damos a que esta constatación se repita carga la impresión de peso existencial. Es decir, solo la convivencia la hace entrar cada vez más radical y profundamente en nosotros, hasta que, en un momento determinado, se convierte en certeza»¹⁵.

La cuestión es igual tanto cuando uno se encuentra con una persona importante, en sentido amplio, como cuando se encuentra con Cristo, con la compañía cristiana. Para Juan y Andrés, para Pedro y los demás, fue necesario este camino progresivo de conocimiento, hecho de repeticiones, de signos que se acumulaban, como lo es para nosotros. «Y este camino de “conocimiento” recibirá en el Evangelio otras muchas confirmaciones, esto es, necesitará mucho apoyo; tanto es así que esa fórmula, “y creyeron en él sus discípulos”, se repite muchas veces y hasta el final». No podemos evitarlo ni nos conviene hacerlo. «El conocimiento consistirá en una persuasión que tendrá lugar lentamente, donde ningún paso posterior desmentirá los anteriores: antes también habían creído. De la convivencia irá brotando una confirmación de ese carácter excepcional, de esa diferencia que desde el primer momento les había conmovido. Con la convivencia dicha confirmación se acrecienta»¹⁶.

La distancia que discurre entre la primera percepción, la primera impresión llena de evidencia, y la certeza, implica la trayectoria de la «convicción que

¹⁵ *Ibidem*.

¹⁶ *Ibidem*.

se va produciendo en un sucesivo repetirse de reconocimientos, a los que hay que dar espacio y tiempo para que tengan lugar». Es una ley que no contempla excepciones. «Y ya que es cierto que el conocimiento de un objeto requiere espacio y tiempo, con mayor razón esta ley no podía ser contradicha por un objeto que pretende ser único. Incluso aquellos que fueron los primeros en conocer esa unicidad tuvieron que seguir este camino»¹⁷. También nosotros necesitamos hacer ese camino. Cada uno puede decidir si recorre este camino o lo dejar pasar. Todo se juega en la disponibilidad con que, secundando la correspondencia, el impacto, el estremecimiento inicial que experimentamos en el encuentro, verificamos su alcance sin forzar nada, dándonos el tiempo necesario para alcanzar una certeza.

c) Una presencia incomparable

Sucede de igual modo en una relación afectiva. ¿Cuánta convivencia necesita un niño para llegar a la certeza de que su madre lo quiere y de que puede fiarse de ella? Normalmente no tenemos en cuenta este proceso porque se desarrolla de modo imperceptible. Lo mismo sucede en la convivencia con Cristo, con la realidad humana de su presencia hoy: cada día nos vemos arrollados no solo por gestos, signos, parecidos a esos de los que es capaz una madre, sino también por signos que son diferentes de los que cualquier madre puede ofrecer de forma natural.

¹⁷ *Ibidem*, p. 63.

Leamos en el Evangelio según Mateo: «Cuando a los pocos días volvió Jesús a Cafarnaún, se supo que estaba en casa. Acudieron tantos que no quedaba sitio ni en la puerta. Y les proponía la palabra. Y vinieron trayéndole un paralítico llevado entre cuatro y, como no podían presentárselo por el gentío, levantaron la techumbre encima de donde él estaba, abrieron un boquete y descolgaron la camilla donde yacía el paralítico. Viendo Jesús la fe que tenían, le dice al paralítico: “Hijo, tus pecados te son perdonados”. Unos escribas, que estaban allí sentados, pensaban para sus adentros: “¿Por qué habla este así? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados, sino solo uno, Dios?”. Jesús se dio cuenta enseguida de lo que pensaban y les dijo: “¿Por qué pensáis eso? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: ‘Tus pecados te son perdonados’, o decir: ‘Levántate, agarra la camilla y echa a andar’? Pues, para que veáis que el Hijo del hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados –dice al paralítico– te digo: levántate, agarra tu camilla y vete a tu casa”. Se levantó, agarró inmediatamente la camilla y salió a la vista de todos. Se quedaron atónitos y daban gloria a Dios, diciendo: “Nunca hemos visto una cosa igual”»¹⁸.

La curación del paralítico deja sin palabras a los presentes. «Se quedaron atónitos». Pero el alcance de este sentimiento de maravilla se incrementa con la «pretensión» de perdonar los pecados. «Para que veáis que el Hijo del hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados –dice al paralítico– te digo: levántate, agarra tu camilla y vete a tu casa». Jesús nos conduce al reconocimiento de una cosa a través de la

¹⁸ Mc 2,1-12.

otra. Y se abre una brecha en los que asisten al milagro: «Se quedaron atónitos y daban gloria a Dios». Metámonos en el pellejo de Pedro, Andrés, Juan y los demás que, estando todos los días con Jesús, lo veían curar al paralítico, devolver la vista al ciego de nacimiento y calmar la tempestad cuando estaban en la barca. Y no solo esto. Él tenía sobre ellos y sobre otras personas, sobre toda la realidad, una mirada distinta de la de cualquiera: una mirada incomparablemente humana. Se encontraban frente a signos tan concretos e irreductibles como los de una madre, pero al mismo tiempo incomparables: eran signo de una excepcionalidad, de una presencia que correspondía con su corazón como ninguna otra cosa. También ellos decían como los demás, más que los demás: «Nunca hemos visto una cosa igual».

Hay un momento en el camino de los discípulos en que la certeza que habían alcanzado sobre su persona y la conciencia sobre su carácter único se vuelven explícitas. Volvamos sobre el modo como Giussani nos hace revivir ese momento.

Aquel día Jesús era seguido por una gran multitud que «para oírlo hablar no se acordaba ni siquiera de comer, no sentía ni siquiera cansancio». Lo seguían desde hacía casi tres días. Al llegar a la cima de una colina, Jesús «vio a aquella muchedumbre que cubría las laderas del monte... “y tuvo piedad de ellos”. [...] Por eso dijo a los apóstoles: “Haced que todos se sienten”». Se sentaron y los sació a todos. Ante este último gesto, aquellos que lo habían seguido para oírlo hablar se quedaron tan fascinados que en ellos «la exaltación llegó al máximo y todos se pusieron a gritar que Cristo era el rey que tenía que venir». Al día siguiente

era sábado y para él era habitual ir a la sinagoga. Ese sábado «el pasaje de la Biblia era el de los israelitas en el desierto, cuando habían sido saciados por Dios con el maná. Jesús dijo: “Vuestros padres fueron saciados con el maná, pero luego murieron. Yo os traigo un maná, un pan, que quien coma de él ya no morirá”. [...] “Os daré a comer mi carne y a beber mi sangre. Y quien coma de este pan y beba de esta sangre vivirá para siempre”». Al oír esas palabras, la reacción de los presentes, con los escribas y fariseos a la cabeza, estalló violentamente: «¿Lo habéis oído? ¡Está loco, está loco! ¿Quién puede dar su carne a comer y su sangre a beber? ¡Está loco, está loco!». [...] La gente, lentamente, siguió a los fariseos y escribas y salió de la sinagoga». Pero un grupito se quedó: el grupito de aquellos doce. Allí estaban en silencio. Jesús los miró y les dijo: «¿También vosotros queréis iros?”. No atenuó el carácter inconcebible de lo que estaba diciendo, sino que insistió: “¿También vosotros queréis iros?”. Entonces Simón, como de costumbre, se hizo portavoz de todos, e impetuosamente dijo: “Maestro, tampoco nosotros comprendemos lo que dices, pero si nos alejamos de ti ¿adónde iremos? Solo Tú tienes palabras –la verdadera traducción debería ser esta– que corresponden con el corazón, que dan sentido a la vida”. Pero, ¿qué significa “palabras que corresponden con el corazón”? ¡Palabras razonables! La razón es descubrir la correspondencia [...] “Esto no lo entiendo, pero si me alejo de él, nadie me habla ya conforme a mi corazón”»¹⁹.

Su reacción inmediata se expresó por boca de Pedro: «“Nosotros tenemos que seguirte porque eres la

¹⁹ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., pp. 104-107.

única persona, el único caso excepcional de alguien que habla siempre de un modo que corresponde con el corazón. Y si ahora dices algo distinto significa que nosotros, de momento, no lo entendemos. Nos lo explicarás, lo entenderemos mañana; pero no podemos dejarte porque no entendamos estas palabras”. [...] De hecho, todo el que se marchó se contradijo a sí mismo, se fue contradiciéndose a sí mismo». ¿Cuál es la postura más razonable? «Lo justo fue lo que hicieron Pedro y los demás amigos suyos, que también lo siguieron: “Tampoco nosotros entendemos, pero nadie habla conforme al corazón humano como tú. Por eso si te dejamos, ¿con quién nos vamos? La vida ya no tendría sentido”». Este es, señala Giussani, «el origen de una actitud afectiva. Los demás se marcharon rechazándolo, a pesar de lo que habían visto y oído; este grupo, en cambio, se quedó adhiriéndose a Él y siguiéndolo: es el inicio del concepto de obediencia que nace [...] como actitud razonable. [...] Era justo seguirlo, porque de otro modo tendrían que haber renegado de todos los meses anteriores que habían estado con Él, en los que les había resultado evidente que aquel hombre era distinto de los demás»²⁰.

Se ve con claridad el camino que habían hecho los discípulos, gracias al cual se habían vinculado cada vez más a Él. Cada día se veían más «aferrados». Jesús se había convertido en el centro afectivo de su vida. «La vida del hombre consiste en el afecto que principalmente lo sostiene y en el que encuentra su mayor satisfacción»²¹. Es el mismo camino decisivo que es-

²⁰ *Ibidem*, pp. 107-109.

²¹ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, II, II^o, q. 179, a. 1.

tamos llamados a hacer nosotros. Durante estos años he recordado a menudo una frase que me dijo una vez don Giussani: «Mira Julián, al final la diferencia está entre quien ha hecho un trabajo estable y quien no lo ha hecho».

d) La fe es el reconocimiento de una Presencia

Cuanto más se multiplicaban los signos de Su excepcionalidad, más surgía en ellos una pregunta paradójica, porque sabían sobre Él todo lo que se podía saber; una pregunta a la que no eran capaces de responder pero a la que era necesario poder responder: «¿Quién es este?»²². Dicha pregunta estaba provocada por el asombro continuo ante la excepcionalidad de Su presencia. En la experiencia de la convivencia con Jesús surgía cada vez más un factor de la realidad de aquel hombre que no conseguían explicar por muchos intentos que hiciesen pero que, al mismo tiempo, no podían eliminar.

En un momento dado, al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús les preguntó: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?». Respondieron: «Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas». Inmediatamente después, Jesús les hizo la misma pregunta: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Esta vez Pedro tomó la palabra con decisión: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo»²³. Cuando Pedro dice estas palabras, observa Giussa-

²² Cf. Mt 8,27.

²³ Mt 16,15-16.

ni, está repitiendo «quizá, aunque sin entender plenamente su significado, algo que había oído decir al mismo Jesús»²⁴. Preguntémosnos: ¿por qué lo hace, por qué repite las palabras que ese hombre había dicho de sí mismo? Las repite, las hace suyas, porque para él ahora estaba claro, después de los tres años que había vivido con Jesús, después de todos los signos que había visto, que si no se podía fiar de ese hombre no podía fiarse ni de sí mismo. En virtud de la certeza que había alcanzado sobre Jesús, acepta como verdadero lo que Él dice de sí. Pues bien, esto es la fe: «Reconocer como verdadero lo que una Presencia histórica dice de sí misma»²⁵, adherirse a Su presencia afirmando como verdad lo que Él dice. «La fe es un acto de la razón movida por el carácter excepcional de una Presencia que lleva al hombre a decir: “Este que habla es veraz, no dice mentiras, acepto lo que dice”»²⁶.

Dos mil años después, nosotros estamos exactamente en la misma situación. Igual que Pedro y los otros amigos se relacionaban con el hombre Jesús de Nazaret –no era una visión, era un hombre–, también nosotros nos relacionamos ahora con la realidad humana en la que Cristo se hace presente, con la compañía que es su Cuerpo en la historia, la Iglesia, según el rostro con que ella nos ha alcanzado. También nosotros, por la experiencia que tenemos de esta compañía, por el cambio humano que se manifiesta en las personas que pertenecen a ella con sencillez, por la alegría y la gratuidad

²⁴ L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 88.

²⁵ L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 36.

²⁶ *Ibidem*.

que vemos florecer en ella, incluso con todos los límites de cada uno, con la fragilidad y la miseria de cada uno, podemos decir: hay algo «en nuestra experiencia que viene de fuera de ella: imprevisible, misterioso, pero que entra en nuestra experiencia»; «hay un factor aquí dentro, un factor que determina esta compañía –que produce ciertos resultados en esta compañía, ciertas resonancias–, tan sorprendente que, si no afirmo que hay algo diferente, no estoy dando razón de la experiencia, porque la razón es afirmar la realidad experimentable según la totalidad de los factores que la componen, con todos sus factores. Puede haber un factor que la compone cuyo eco se siente, cuyo fruto se percibe, cuyas consecuencias se ven también, pero que no se logra ver directamente. Si digo “entonces no está”, me equivoco, porque elimino algo de la experiencia, y dejo, por tanto, de ser razonable»²⁷.

¿Con qué instrumento podemos conocer este factor? Con esa inteligencia de la realidad que llamamos fe. La «fe es una forma de conocimiento que está por encima del límite de la razón», que «capta una cosa que la razón no puede captar». La fe, dice Giussani, «es un acto de conocimiento que reconoce la presencia de algo que la razón no puede captar, pero que, sin embargo, debe afirmarse pues de otro modo se eludiría, se eliminaría algo que está en la experiencia, que la experiencia *indica*». Que Cristo esté aquí, ahora, entre nosotros, esto «la razón no puede percibirlo como percibe que tú estás aquí, ¿está claro? Sin embargo, no puedo dejar de admitir que está»²⁸.

²⁷ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., pp. 199-200.

²⁸ *Ibidem*.

El problema de la fe se plantea hoy, como hace dos mil años, con el surgimiento de la misma pregunta: «¿Quién es este?». Es la pregunta «que nace en el corazón de uno, aunque no lo diga con palabras, al ver a una determinada persona, a ciertas personas, a una comunidad, o una determinada manera de vivir: “¿Cómo pueden ser así?”»²⁹. Es la pregunta implícita, no expresada, del dueño de aquel bar frente a los universitarios que frecuentan su local, pero es la pregunta que ha surgido ante todo en nosotros frente a la realidad humana con la que nos hemos topado. Cada uno busca sus respuestas, pero si estas no son capaces de explicar la novedad humana que, sin embargo, vemos y en la que participamos, es razonable, coherente con todo el camino que se ha hecho, abrirse a la respuesta –inconcebible para nosotros– que nos ofrece la tradición viva de la Iglesia, la compañía que hemos encontrado: «Somos así porque Cristo está presente entre nosotros». La Iglesia se propone como la prolongación de Cristo en el tiempo y el espacio, como el lugar y el signo de Su presencia³⁰, y nosotros, igual que Pedro, en virtud de la excepcionalidad que hemos constatado, de la correspondencia inimaginable que hemos experimentado, de la certeza que hemos alcanzado, podemos reconocer a Cristo presente en esta realidad humana, podemos hacer nuestras las palabras que Pedro pronunció entonces.

²⁹ L. Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, op. cit., pp. 130-131; la traducción es nuestra.

³⁰ Cf. L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, op. cit., p. 171.

e) *¿De dónde deriva, entonces, la sombra sobre la verdad?*

Cuando uno ha recorrido esta trayectoria, como han hecho muchos de nosotros, ¿por qué se mantiene aún la incertidumbre?

Con frecuencia atribuimos nuestra incertidumbre a una falta de signos, a la debilidad de la evidencia o bien a nuestra incoherencia con respecto a la evidencia que hemos percibido. Pero, observa Giussani, «la sombra sobre la verdad no deriva de la falta de evidencias y de razones, sino de la falta de afecto por ella –siempre, absolutamente siempre–, porque la verdad lleva en sí, porta en sí su evidencia, la lleva inscrita en la cara». La verdad se descubre «exactamente igual que uno se sorprende por la calle cuando pasa una mujer guapa. Dice “¡Qué guapa!”. Es de la misma naturaleza e inmediatez; no existe posibilidad de tergiversación dialéctica, ¡es así! La verdad lleva en sí, en su cara, la evidencia de sí misma». Por eso la incertidumbre que se insinúa en nosotros «no tiene razón de ser», no tiene como «objeto directo» el contenido del anuncio, es siempre indirecta, «es el fastidio, la desgana, el cansancio, el esfuerzo que tendríamos que hacer frente a la verdad segura que ha atravesado nuestro horizonte»: la incertidumbre se introduce como una «mentira», y «la mentira es una actitud ética», es una posición que asumimos, «no es un acto de la inteligencia»³¹.

No puede darse certeza cognoscitiva sin simpatía por la realidad, sin asombro e implicación afectiva, sin

³¹ L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, op. cit., pp. 255-256; la traducción es nuestra.

una «sinceridad activa»³² frente al objeto que se toma en consideración, sin un *affectus*, una conmoción. «El conocimiento conlleva un afecto, implica una repercusión que se llama afecto, *affectus*. Nuestra alma resulta *touchée*, tocada: el verdadero conocimiento se produce por el conjunto de estos dos factores»³³.

Podemos encontrar una comprobación estupenda de todo esto en esos «momentos de personas» en los que estas están tan aferradas por un acontecimiento que no son capaces de bloquear el afecto por la verdad que sucede delante de ellas.

«Querido Julián, cuando el lunes, en el encuentro con los universitarios, le preguntabas a quien intervenía: “Si Jesús viniese ahora y te preguntase: ‘¿Me amas?’, ¿qué responderías?” me vi gritando con todo mi ser, antes incluso que con palabras –conmovida hasta las lágrimas–: “Sí”, respondo que sí. Descubrí en mí una repercusión que dejaba todo lo demás en segundo plano y me llenaba solo del deseo de poder ceder a ese “sí”. Esta reacción no siempre se ha dado en mí. Me pasaba continuamente en el mes en que estaba decidiendo empezar el camino de verificación de la vocación a la virginidad, hace un año: había muchas cosas que no comprendía, estaba llena de preguntas, puse en duda varias veces lo que ya había reconocido, pero continuamente, frente a las cosas grandes que me sucedían, explotaba el deseo de poder responder que

³² L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 54.

³³ L. Giussani, *Si può (veramente?) vivere così?*, op. cit., p. 61; la traducción es nuestra. Afirmo Evdokimov: «Para el hombre moderno, la dificultad depende de la separación entre inteligencia y corazón, entre conocimiento y juicios de valor» (P. Evdokimov, *Le età della vita spirituale*, Il Mulino, Bolonia 1968, p. 219); la traducción es nuestra.

sí. Es algo que surge de mí antes incluso de que sepa explicarlo; antes de que pueda enumerar los hechos, los recuerdos, los pensamientos, mi persona ya ha respondido que sí. Partiendo de aquí, resulta cada vez más interesante volver a mirar todos los hechos de mi vida de los que ha brotado esa respuesta, ese afecto, aclarando la historia, el camino, aumentando de este modo el asombro y la gratitud. Para mí, el mero hecho de que se dé esa repercusión es un indicativo de la verdad que sucede y me atrae».

Quien ha alcanzado la certeza de la fe puede afrontar la pregunta acerca de la esperanza. ¿De dónde nace la esperanza?

2. La certeza de la fe es la semilla de la certeza de la esperanza

Escribe Péguy: «Para esperar, hija mía, hace falta ser feliz de verdad, hace falta haber obtenido, recibido una gran gracia»³⁴. Esto es lo que transparentan los testimonios que hemos leído: el acontecer de una gracia que produce un sobresalto y que despierta la esperanza.

¿Cuál es la mayor gracia que hemos recibido? El encuentro con Cristo, que, «en su venida, ha traído consigo toda la novedad», la novedad de cada circunstancia, de cada relación, de cada situación. Nos hemos encontrado con una presencia que nos ha hecho estremecernos; hemos sido mirados con una ternura desconocida, abrazados y perdonados más allá de cualquier imaginación.

³⁴ Ch. Péguy, *Los tres misterios*, Encuentro, Madrid 2008, p. 235.

Cuando uno ha visto la novedad que Cristo introduce en la vida, hasta llegar al reconocimiento cierto de Su presencia, no puede dejar de reconocerse en la experiencia de san Pablo: «Después de esto, ¿qué diremos? Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién condenará? ¿Acaso Cristo Jesús, que murió, más todavía, resucitó y está a la derecha de Dios y que además intercede por nosotros? ¿Quién nos separará del amor de Cristo?, ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada? Como dice la Escritura: *Por tu causa somos entregados continuamente a la muerte; se nos considera como a ovejas destinadas al matadero.* Pero en todo esto vencemos de sobra gracias a aquel que nos ha amado»³⁵.

Quien ha experimentado Su compañía, quien ha reconocido que Él ha dado la vida por nosotros, mira todo con esa Presencia en los ojos. «Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor»³⁶.

Por tanto, ¿de dónde nace la esperanza? La esperanza nace del reconocimiento de Cristo presente en una humanidad distinta, es como una flor que brota de la fe. Es sencillo. Pensemos en la certeza de un niño con relación a su madre, a la que reconoce como una pre-

³⁵ Rom 8,31-37.

³⁶ Rom 8,38-39.

sencia buena. El niño no puede pensar en el futuro, en el día de mañana, más que apoyándose en la certeza de la presencia de su madre, en la certeza de que su madre estará siempre para él, pase lo que pase. Lo que vale para un niño vale para cada uno de nosotros.

«A menudo mi esperanza reside en que no me suceda nada malo. Digo: “esperemos”, expresando esa confianza genérica y un poco supersticiosa propia de quien “espera” que le vaya bien. Pero esta posición no se sostiene, porque en realidad nunca estamos a salvo de nada. Una vez hablaba con mi hija de siete años de la posibilidad de volver a ver a mis padres, que están lejos, y exclamé: “¡Esperemos!”. Ella percibió todo mi escepticismo ante la posibilidad de que pudiera suceder y por eso contestó: “Mamá, si lo dices así es que no te lo crees”. Tenía razón: la esperanza tiene que ver con una certeza. ¿Cuál? ¿Qué certeza necesito para esperar? La certeza de que, pase lo que pase, a mí o a mis seres queridos, no vence la oscuridad, no vencen el sufrimiento y la desesperación. Esa certeza es lo que necesito ahora. Mis hijos son un ejemplo vivo de esto. Para ellos, la vida es siempre un presente que mira al futuro con seguridad. No tienen miedo de casi nada, aparte de la oscuridad. Pero están tranquilos porque estamos nosotros. Muy bien, ¿y yo?».

Nosotros solo podemos pensar con positividad en el futuro, suceda lo que suceda, en virtud del reconocimiento de que Cristo, esta Presencia que ha entrado en nuestra vida a través de un encuentro, no nos abandona jamás –como hemos podido experimentar en la pandemia–.

La esperanza surge, casi sin que nos demos cuenta, como una flor de la fe, es decir, brota de la certeza de

Cristo presente, desafiando cualquier sospecha que pueda introducirse en nosotros. «La gran gracia de la que nace la esperanza es la certeza de la fe; la certeza de la fe es la semilla de la certeza de la esperanza». Por eso crece según los tiempos de una semilla. «La pequeña semilla que sembramos hoy solo en septiembre del año próximo comenzará a brotar, y solo cuando pasen cuatro o cinco años comenzará a perfilarse como un pequeño arbusto con sus características gentiles y extrañas»³⁷.

Para esperar «hace falta haber recibido una gran gracia», la gracia de la certeza en el presente. Podemos apreciar más claramente lo decisivo que es esto en la situación actual. «Nadie tiene certeza en el presente; o mejor, todo el mundo tiene certeza en el presente mientras no piensa; pero cuando piensan... no tienen ninguna certeza». Muchos podrán sentirse reconfortados por el dinero, por la carrera, por un buen estado de salud, pero si alguien les plantea seriamente una pregunta al respecto, se da cuenta de lo rara que es una «certeza verdadera en lo que se refiere al significado último del vivir». Y sin embargo, solo «la certeza del presente, de la existencia de un significado en el presente, con el tiempo, da lugar a una certeza sobre el futuro»³⁸.

«Desde que empezó la pandemia tuve miedo porque mi estado de salud no es bueno, y esto me hace estar entre los llamados “grupos de riesgo”. El verano nos había hecho pensar que todo estaba algo más controlado. Además saltó la noticia de las vacunas y yo decía para mis adentros: “¡Todo en orden! Ya no tengo que temer”. Así que puse mis esperanzas en la vacuna. Pero

³⁷ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 139.

³⁸ *Ibidem*.

la situación dio un vuelco poco después. Me quedé embarazada y no pude ponerme la vacuna (por los riesgos que podría correr, según la opinión del médico, al que me dirigí siguiendo las indicaciones de las autoridades sanitarias italianas). Mi marido, afortunadamente, encontró un nuevo trabajo, aunque no le permite estar en casa como el año pasado. Además, en la nueva ola de Covid mi ciudad había alcanzado el récord de contagios. Entonces, ¿dónde está mi esperanza?, me dije. En el día a día me planteo con frecuencia esta pregunta, que es como un estímulo para hacer un trabajo de verificación en lo que sucede y me rodea. Esta pregunta me hace volver a empezar. Cuando mi marido y yo, por ejemplo, ambos bastante temerosos por carácter, nos dejamos vencer por la ansiedad, a veces es suficiente con repetirnos: “¿Hay esperanza?” para volver a mirar a otra cosa, o mejor, a Otro que ha sucedido en nuestra vida y que nos ha aferrado. Y entonces le preguntamos a Él, ¡a quien es nuestra esperanza! Esto se ha convertido para nosotros en un trabajo cotidiano de verificación. Un episodio me ha permitido entender mejor la cuestión de la esperanza. Hace poco, mi hijo mayor, con discapacidad de nacimiento, cumplió ocho años. Esa noche propusimos a nuestros hijos, antes de comer la tarta de cumpleaños, rezar de manera diferente: cada uno debía expresar un motivo por el que dar gracias. Mi hijo de ocho años, el homenajead, dijo: “Doy gracias a Dios por mi existencia, porque yo quería nacer, ¡quería existir!”. Al oír esas palabras mi marido y yo nos miramos de manera fulminante; con la mente volvimos al embarazo de ese hijo, al momento en que descubrimos que tenía una rara malformación. Pensé en todas las presiones de los médicos para que

interrumpiéramos el embarazo y también en los conocidos que nos decían que traer al mundo a un hijo así era condenarlo a la infelicidad. Después de ocho años, ese mismo hijo nos decía esas palabras, tan fuertes y penetrantes para mi corazón de madre. Me sacudió y conmovió tanto que yo también di gracias a Dios por el sí que, por gracia, mi marido y yo dimos a su vida. ¡Y comprendí que hay esperanza! Siempre hay esperanza, incluso en las situaciones más complicadas, porque la vida, la realidad es positiva, ¡es para un bien! Ni el coronavirus, ni las situaciones dramáticas, ni el cansancio, ni el límite pueden quitarme la esperanza de decir que en la realidad hay una positividad última porque Otro la hace. Otro que se esconde en la apariencia de las cosas y que nunca me abandona, que ha salido a mi encuentro y cada día me aferra con ternura, a través del bien gratuito de mi marido y mis hijos, de los hechos que suceden y de esta compañía que me ayuda diciéndome: “Mira, detrás de las nubes está el sol”».

Esta es la razón profunda de la hipótesis de trabajo que propusimos para afrontar la pandemia: «Vivir intensamente la realidad». Quien la ha seguido podrá saber que la ha verificado por la esperanza que puede sorprender en sí, en la circunstancia en la que se encuentra, como nos ha comunicado la persona que ha escrito la carta. Justamente por lo que nos ha tocado vivir a todos, podemos preguntarnos: estos meses, ¿han sido una prisión para nosotros o hemos tenido la experiencia de ser libres entre las «rejas» del confinamiento, como le pasó al cardenal Van Thuan?³⁹

³⁹ Cf. T. Gutiérrez de Cabiedes, *Van Thuan. Libre entre rejas*, Ciudad Nueva, Madrid 2016.

«La esperanza es la certeza del futuro que se apoya en la certeza de un presente»⁴⁰. Este es otro modo de concebir la esperanza, que no descansa en la imaginación ante un futuro, sino en la certeza de una presencia; aquí la relación con el futuro está completamente determinada por la experiencia de Alguien que está presente. Se puede mirar al futuro con positividad solo en virtud de un presente gracias al cual experimentamos dicha positividad: si la promesa no empieza a realizarse ahora no es creíble. La certeza del destino se basa en la certeza de un presente. El problema es, por tanto, alcanzar la certeza de este «presente». Toda la consistencia de la esperanza descansa en la fe.

Quien ha alcanzado esta certeza experimenta un modo distinto de afrontar incluso las sacudidas más terribles.

«Durante los días de Navidad le diagnosticaron un tumor a una hija nuestra muy jovencita. Todas las mañanas me despierto con un gran peso en el corazón y ya desde el primer instante en que tomo conciencia de mí misma me entrego. Cada mañana vuelvo a ponerme de rodillas. Parto de ahí, de la relación con el Misterio. No sé cómo podría vivir de otra manera. Lejos de Ti, ¿adónde iría? Parto de ser hija y por tanto amada por un Padre bueno. Me doy cuenta en el instante de que estoy necesitada de todo, de que todo es un don, y entonces me descubro agradecida. Todo se amplifica: mi necesidad de bien, para mí y para todos. Miro a la gente que me encuentro en el hospital y me gustaría que todos pudieran conocer a Aquel que responde a su deseo. Para mí es el único camino. Nada

⁴⁰ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 140.

me distrae de esta herida, a veces incomprensible, pero abandonarme en el abrazo del Misterio que me aferra me parece, después de dos meses, más razonable. Jesús me está dando a mi hija para que la mire. Después de una operación, leyendo algunos mensajes, me dijo: “Muchas personas me dicen: ya verás que esto pasa, luego estarás mejor, luego te curarás, luego, luego... ¡pero yo quiero vivir ahora!”. Para mí, estar en el presente significa vivir con todo mi deseo, que no se pierde en razonamientos sino que se convierte en una pregunta insistente. Estoy siempre en una actitud de espera, desde los análisis de sangre, pasando por el tratamiento que hay que empezar, por el resultado de un TAC o de un PET, etc., pero nunca es como quedarme suspendida, porque me veo viviendo apegada a lo que sucede, mendigando y esperando a Jesús. Cuanto más atenta vivo a Sus signos, más vivible se vuelve el presente y más crece mi afecto por Él. Algunas personas pasan para saludarnos aunque sea rápidamente, para ver cómo es posible vivir dentro de una circunstancia así sin ahogarse. Todos lo buscan a Él, quieren ver dónde vence Él. Esto me impresiona mucho porque entiendo que no soy nada, que Él lo hace todo; y entonces yo miro a los que lo miran a Él. No sé explicarlo mejor, pero se alimenta esta compañía recíproca. Ir a trabajar no me distrae de lo que estoy viviendo. La realidad es compleja, está hecha de muchas facetas, pero me siento unida porque continuamente lo busco a Él en casa, en el hospital, en la oficina o haciendo la compra. Al mirarme en acción, descubro que soy más yo. Todo me interesa. ¡Qué gracia tan grande es nuestro camino, que nos hace darnos cuenta de nuestra historia particular! Como si valiera la pena hacer

este tramo de camino sin perderse nada, porque tiene que ver conmigo, con mi destino, y todo tiene un peso, adquiere un valor eterno, aunque no lo entienda todo, pero eso no es lo que importa [¡esto es vivir intensamente la realidad!]. Intuyo, y me da un poco de miedo decirlo, que hay algo más grande aún que la salud de mi hija, aunque naturalmente no dejo de pedir insistentemente su curación a Quien todo lo puede. Si Dios me mira así a mí, ¿no amaré igual a mi hija, que también es Suya? Su presencia es mi esperanza».

No es un sentimentalismo religioso –muy extendido también entre nosotros– lo que permite alcanzar la certeza que transparentan las palabras que acabamos de leer sino, como decía, un camino –sostenido continuamente por Su presencia viva– que aceptamos recorrer. Por ello crece nuestra gratitud infinita hacia Giussani por habernos testimoniado e indicado incansablemente este camino.

«Aunque tu madre te olvidara, yo no te olvidaré»⁴¹. Esto es lo único que fundamenta la esperanza. Cuando sucede algo que demuestra estar a la altura del drama de la vida, cambia incluso nuestra mirada sobre el futuro; por tanto, no ponemos nuestra esperanza en una presencia cualquiera. Lo vemos cuando suceden hechos que desafían la vida.

Pero ¿qué forma tiene el cumplimiento del deseo que tenemos, de la espera que somos? Muchas veces identificamos el cumplimiento de nuestra espera, que es ilimitada, con una imagen determinada que, una vez que se ha realizado, nos desilusiona, como manifestaba Pavese el día del premio Strega: «En Roma,

⁴¹ Cf. Is 49,15.

apoteosis. ¿Y qué?»⁴². La forma del cumplimiento no es ninguna de nuestras imágenes. La forma del cumplimiento, y por tanto de la esperanza, es Cristo mismo. Pero nada resulta menos obvio que esto, como manifiesta la carta de uno de vosotros.

«Veo a mi alrededor a mucha gente desconfiada, que tiene miedo a la pandemia y a la soledad que conlleva. Pero indudablemente también veo a personas que viven, cada una en su propia circunstancia, una alegría y una intensidad de vida que, ahora más que nunca, les hace estar ciertas y ser fascinantes. Pero a pesar de todo, la certeza en el futuro me parece a veces inalcanzable. Esa paz no llega, no llega todavía, al menos como la suelo imaginar, como respuesta inmediatamente dispuesta a todo y como “serenidad”. Todo sigue siendo una lucha, llena de dudas y dramas. Tal vez sea lo que dice Agustín de que “el corazón está inquieto hasta que descanse en Ti”, pero no estoy seguro de ser capaz de amar esta inquietud. Quizá tengo todavía una idea inmadura de lo que es la “certeza en el futuro”, y la inquietud, sin un “punto firme” como me lo imagino yo, pasa de ser una potente herramienta de búsqueda a transformarse en una amenaza, y eso me molesta. Entonces tiendo a tatarla con cosas efímeras (organizo el trabajo, y así estaré más tranquilo; mantengo la paz en mi familia, porque es justo que sea así; compro una casa nueva más grande, de modo que, cuando venga la próxima pandemia, estemos más preparados, y pueda incluso servir para juntarse con los amigos...), esperando de ellas una solución a la exigencia de mi corazón. Pero al cabo de un tiempo

⁴² Ver aquí, pp. 82-83.

me dejan igual que antes, quizá incluso un poco más cínico. O bien trato de ejercitarme en la realización de gestos piadosos, pero mi empeño voluntarista no me da certeza para el futuro. Si el resultado final depende de mi capacidad, será vulnerable. Siempre hay un salto último al vacío que debo dar. Pero esa certeza no llega. ¿Cuál es el paso que falta? ¿Qué permite a una realidad presente convertirse en certeza para el futuro y conquistar el corazón?».

Lo entendió muy bien el décimo leproso que, en cuanto se sintió libre de la lepra, no se conformó con la curación, sino que advirtió la urgencia de volver a Jesús⁴³. Había comprendido que su espera no se cumplía una vez que obtenía la curación, sino que era ese hombre quien la cumplía. Quizá el hecho de que era samaritano hizo que le resultara más fácil no dar por descontada la curación. No se le debía nada. Esto le hizo apreciar todavía más tanto la curación como, sobre todo, la correspondencia única que esa Presencia le había hecho experimentar hasta el punto de desear no perderla. La relación con Él era la alegría, el cumplimiento, la plenitud. «Que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo»⁴⁴, esto es la

⁴³ «Yendo camino de Jerusalén, pasaba entre Samaría y Galilea. Cuando iba a entrar en una ciudad, vinieron a su encuentro diez hombres leprosos, que se pararon a lo lejos y a gritos le decían: “Jesús, maestro, ten compasión de nosotros”. Al verlos, les dijo: “Id a presentaros a los sacerdotes”. Y sucedió que, mientras iban de camino, quedaron limpios. Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos y se postró a los pies de Jesús, rostro en tierra, dándole gracias. Este era un samaritano. Jesús tomó la palabra y dijo: “¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios más que este extranjero?”. Y le dijo: “Levántate, vete; tu fe te ha salvado”» (Lc 17,11-19).

⁴⁴ Jn 17,3.

vida eterna, es decir, la vida-vida, lo único que corresponde con la espera.

La forma de la respuesta a nuestra espera es Cristo mismo, «su dulce presencia», como cantamos a menudo: *Iesu dulcis memoria*⁴⁵. San Agustín lo expresa con esta invitación: «El Señor tu Dios sea tu esperanza; nada esperes fuera del Señor tu Dios, sino que solo Él sea tu esperanza»⁴⁶. Hugo de San Víctor lo dice de otro modo: Él «no viene para colmar el deseo, sino para atraer el afecto»⁴⁷, para suscitar constantemente en cada cosa que gustamos la pregunta: «Pero ¿no te falta yo?».

El contenido de la verificación que hemos podido hacer en este último y largo periodo, con los dramas y las pruebas que ha conllevado y conlleva aún, no es si hemos consolidado un discurso y sabemos repetirlo, sino si ha crecido en nosotros el afecto por Cristo, si –como en Pedro– Cristo ha atraído toda nuestra persona y podemos decir también nosotros: «¡Toda mi preferencia humana es para ti, Cristo!». Esto es lo único que cuenta.

Si Su presencia es nuestra plenitud, pedirla es la forma de la esperanza cristiana: *Veni Sancte Spiritus*. «¡Ven, Señor Jesús!»⁴⁸ es la invocación con que termina la Biblia, porque Su presencia es lo único que sacia y potencia constantemente el deseo de nuestro corazón.

⁴⁵ «Jesu dulcis memoria», himno gregoriano s. XII, en *Cancionero*, Comunión y Liberación 2004, pp. 16-17.

⁴⁶ San Agustín, *Enarrationes in Psalmos* 39,7 (traducción de Miguel F. Lanero, o.s.a y Enrique Aguiarte Bendímez, o.a.r.).

⁴⁷ Cf. Hugo de San Víctor, *De arra animae*, Glossa, Milán 2000, p. 1; la traducción es nuestra.

⁴⁸ Ap 22,20.

Podemos reconocer que ha crecido nuestro afecto a Cristo si es Él quien nos falta en cada cosa que gustamos, y no porque no Lo hayamos encontrado, sino porque –al haberlo encontrado– nos han entrado unas ganas incontenibles de volver a verlo cada día, de buscarlo cada día, pues ya no podemos vivir sin Él.

Pidamos entonces que se haga verdad en nuestra vida el deseo de san Pablo: «Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo [...] ilumine los ojos de vuestro corazón para que comprendáis cuál es la esperanza a la que os llama»⁴⁹.

⁴⁹ Ef 1,17-18.

CAPÍTULO 5

EL SUSTENTO DE LA ESPERANZA

«La Iglesia nunca presupone la fe como algo descontado»¹. Lo mismo puede decirse de la esperanza (por eso los dos pecados contra la esperanza son la presunción y la desesperación²).

La fe y la esperanza no se ganan de una vez para siempre y se ven constantemente desafiadas por los acontecimientos, por las circunstancias. Como muestra la experiencia de muchos de nosotros.

1. La dificultad del camino

Un amigo me escribe: «La inquietud que llevo hoy en el corazón es esta: muchas veces he tenido experiencia de que hay esperanza, pero siempre me tiemblan las piernas ante las pruebas que la vida me obliga a

¹ Francisco, Carta encíclica *Lumen fidei*, 6.

² «Los pecados contra la esperanza [...] son la desesperación y la presunción: por la *desesperación*, el hombre deja de esperar de Dios su salvación personal, el auxilio para llegar a ella o el perdón de sus pecados. Se opone a la bondad de Dios, a su justicia –porque el Señor es fiel a sus promesas– y a su misericordia. Hay dos clases de *presunción*. O bien el hombre presume de sus capacidades (esperando poder salvarse sin la ayuda de lo alto), o bien presume de la omnipotencia o de la misericordia divinas (esperando obtener su perdón sin conversión y la gloria sin mérito)» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 2091-2092).

atravesar. Por tanto, sé que hay esperanza, pero ¿no acabo de creérmelo? ¿Tengo poca fe? ¿Cómo puedo volver a empezar cada mañana con la certeza de que hay esperanza? El encuentro que he tenido no parece ser suficiente, aunque ha sido importantísimo y me ha generado». ¡Menos mal que no te basta, amigo mío! Necesitas –como todos nosotros– que vuelva a suceder ahora. Justamente porque todo lo que ha pasado ha sido importante para generar la persona que eres ahora, cada mañana puedes mirar el día que empieza como parte decisiva del camino que tienes que recorrer todavía para que crezca tu fe, para redescubrir Su presencia, único fundamento de nuestra esperanza. La aventura vuelve a empezar cada mañana, y gracias a Dios que es así, añadido yo, porque si se me ahorrasen las dificultades no podría ver cómo vuelve a suceder la victoria de Cristo que necesito ahora para vivir.

Otra persona observa: «Este año he empezado a trabajar en la enseñanza pública y he conocido a algunos compañeros nuevos muy preparados que me están enseñando muchísimo. Con cierto asombro, he percibido en ellos una desesperación de fondo. Por un lado la entiendo, porque nace de preguntas profundas sobre lo que estamos viviendo o sobre enfermedades de personas cercanas. Por otro, percibo que hay en ellos una desesperación real, un sentimiento de rodar hacia la nada que no tiene nada que ver conmigo. No es que yo me mueva con una alegría especial, pero veo que en mí hay una trinchera última que resiste e impide que la ola de la nada me arrastre. Se trata de algo que “soy” y no de algo que sé hacer. Solo puedo pensar que nace del encuentro que me ha aferrado, porque esta es la única diferencia entre ellos y yo. Tengo en mis manos

una esperanza sin haber hecho nada para merecerla, pero me doy cuenta de que no se mantendrá de forma automática, no la habré ganado para la vida si no la redescubro. Necesito una aclaración en este punto porque, en la situación que estamos atravesando, veo en mí y en otros amigos un cansancio, un ofuscamiento».

El hecho de que no se mantenga automáticamente es, paradójicamente, lo que nos obliga a redescubrir el contenido de la esperanza para poder vencer la ofuscación. Es una situación existencial que el papa Francisco hizo visible a través de su testimonio la tarde del 27 de marzo de 2020 en la Plaza de San Pedro. «Al atardecer» (Mc 4,35). Así comienza el Evangelio que hemos escuchado. Desde hace algunas semanas parece que todo se ha oscurecido. Densas tinieblas han cubierto nuestras plazas, calles y ciudades; se fueron adueñando de nuestras vidas llenando todo de un silencio que ensordece y un vacío desolador que paraliza todo a su paso: se palpita en el aire, se siente en los gestos, lo dicen las miradas. Nos encontramos asustados y perdidos. Al igual que a los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa. Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. En esta barca estamos todos. Como esos discípulos, que hablan con una única voz y con angustia dicen: “Perecemos” (v. 38)»³.

³ Francisco, *Meditación durante el momento extraordinario de oración en tiempos de pandemia*. Atrio de la Basílica de San Pedro, 27 de marzo de 2020.

Al igual que los discípulos, nosotros también nos vemos desafiados por eventos que nos sobrepasan por todas partes. La vida humana es un camino, una lucha, «es como un viaje por el mar de la historia, a menudo oscuro y borrascoso»⁴. Es una lucha no solo por el desafío que representan las circunstancias, sino por la naturaleza de la experiencia humana, por el drama que ella conlleva y que se describe estupendamente en un relato de Martin Buber citado por Ratzinger en *Introducción al cristianismo*.

«Un racionalista, un hombre muy sabio, que había oído hablar de Leví Isaac de Berditchev, fue a visitarle para debatir con él, según su costumbre, y hacer pedazos sus anticuados argumentos sobre la verdad de su fe. Al entrar en la habitación del *tzadik*, lo vio con un libro en las manos, absorto en la reflexión y paseando de aquí para allá. No se percató de la presencia del recién llegado. Finalmente se detuvo, lo miró fugazmente y dijo: “Quizás sea verdad”. En vano intentó el sabio mantener la compostura; tan horrible le parecía ver al *tzadik* y tan horrible la simpleza de su sentencia que le temblaban las rodillas. Pero entonces el rabino Leví Isaac se dirigió a él suavemente y le dijo con serenidad: “Hijo mío, los grandes de la Torá con los que has discutido han derrochado sus palabras contigo y tú te has reído de ellos al marcharte. Ellos no han podido poner a Dios sobre la mesa, ni tampoco yo puedo hacerlo. Pero piénsalo, hijo mío: quizás sea verdad”. El sabio intentó responder con todas sus fuerzas, pero aquel

⁴ Benedicto XVI, Carta encíclica *Spe salvi* 49.

fecundo “quizás”, que resonaba en él una y otra vez, quebró sus resistencias»⁵.

Hasta aquí el relato de Buber. Ratzinger comenta: «El “quizás” es la ineludible tentación a la que no puede sustraerse, en la que debe gustar, en el acto mismo de rechazarla, que la fe no es rechazable. Dicho de otro modo, tanto el creyente como el no creyente participan, cada uno a su modo, de la duda y de la fe, siempre y cuando no se escondan de sí mismos y de la verdad de su ser. Nadie puede escaparse completamente de la duda, nadie puede huir por completo de la fe. Para uno, la fe estará presente *contra* la duda; para el otro, lo estará *a través de* la duda y *en forma de* duda. La forma fundamental del destino del hombre consiste en tener que encontrar el sentido último de su ser en esta interminable rivalidad entre duda y fe, entre tentación y certeza. Quizás precisamente esta duda, que previene tanto a los unos como a los otros de encerrarse completamente en sí mismos, podría convertirse en un lugar de encuentro. Ella les impide a ambos encerrarse completamente en sí mismos; al creyente, lo abre al que duda y, al que duda, lo abre al creyente; para aquel es su participación en el destino del no creyente; para este es la forma en que la fe, a pesar de todo, sigue siendo un desafío para él»⁶.

En la cuestión de la fe y de la esperanza, la apuesta es la más alta que pueda darse, pues afecta en última instancia a la alternativa entre el ser y la nada. La cuestión es «si la existencia física acaba en el polvo del tiempo

⁵ M. Buber, *I racconti dei chassidim*, Garzanti, Milán 1979, p. 273; en J. Ratzinger, *Introducción al cristianismo*, BAC, Madrid 2018, pp. 33-34.

⁶ J. Ratzinger, *Introducción al cristianismo*, op. cit., pp. 33-34.

que pasa y su paso no sirve más que para construir una tumba o una prisión donde nos asfixiaremos –¡y entonces moriremos inútilmente!–, o si el tiempo está preñado de futuro: cada instante tiene la medida de lo eterno, decía Ada Negri». Por una parte, «la nada más absoluta, la nada más total», por otra «la responsabilidad de lo eterno, frente a lo eterno». Y el yo, nuestro yo, «es la encrucijada entre el ser y la nada», obligado cada mañana «a elegir entre un todo que termina en la nada [...] y una vida que tiene una finalidad»⁷.

Quizá los desafíos recientes han hecho que lo descubramos como nunca. Nos hemos sentido unidos en las dificultades personas de fe y no creyentes. Al responder a las circunstancias, el creyente verifica su fe frente a todos, incluidos los no creyentes; es decir, descubre si la fe le da consistencia ante las pruebas y las preguntas de la vida. De este modo, también el no creyente se convierte en compañero de camino para el creyente. Y así el creyente, con su testimonio, participa en el destino del no creyente.

Las palabras de Lucía Méndez captan una situación transversal, extendida: «En las tinieblas del presente, hundidos hasta el cuello en la incertidumbre [...], de luto por los muertos que no cesan, y deseando ver en el camino alguna señal de normalidad»⁸. Más allá de las posiciones que se hayan asumido explícitamente, de los distintos recorridos y puntos de llegada, en el corazón y en los labios de muchas personas ha vuelto a vibrar una súplica, quizá como eco de una educa-

⁷ L. Giussani, *Attraverso la compagnia dei credenti*, BUR, Milán 2021, pp. 19, 31; la traducción es nuestra.

⁸ L. Méndez, «Sin tregua y sin pudor», *El Mundo*, 9 de enero de 2021.

ción recibida directa o indirectamente. Como escribe Joana Bonet: «Padre nuestro, que estás en el cielo [...]. Hoy nos aliviaría saber que nos miras desde las estrellas, Marte o el mismísimo infinito; que te conmueve nuestro ladrido, nuestra soledad animal. [...] Nunca habíamos mirado tanto hacia arriba, desde la ventana o el balcón. [...] Y líbranos del mal. Siempre fue la mejor frase del padrenuestro, esa oración que se sigue rezando a modo de pegamento universal, incluso entre quienes no creen o creen de aquella manera»⁹.

La escritora Silvia Avallone cuenta que la segunda ola de la pandemia la pilló desprevenida, como una incursión repentina que no le permitió atrincherarse en sí misma. Al ver a su hija jugar en el parque, se abrió a su modo al «quizá» del que hablaba Ratzinger: «Cuando la curva de contagios y el número de muertos empezaron a subir y las actividades a cerrarse, se me heló la sangre. Me sentí estúpida, burlada por mi propia ingenuidad. [...] Ninguno de nosotros, seres humanos, estamos preparados para el vacío. En cuanto experimentamos uno, sentimos enseguida la necesidad de llenarlo lo antes posible [...]. Ya no somos niños, y no podemos volver a serlo. Lo que a ellos les sale de forma natural, a nosotros nos cuesta un trabajo enorme: aceptar la realidad por lo que es, adherirnos a ella, escarbar en ella en profundidad hasta encontrar una piedra, una flor diminuta, un motivo cualquiera para resistir y seguir hacia adelante: una esperanza. Sin embargo, creo que en este momento ir en contra de nuestro instinto de personas adultas es el único gesto que tiene sentido»¹⁰.

⁹ J. Bonet, «Padrenuestro», *La Vanguardia*, 8 de abril de 2020.

¹⁰ S. Avallone, «Resistere affidandosi ai tesori di ogni giorno», *Corriere della Sera*, 28 de diciembre de 2020, p. 5; la traducción es nuestra.

Haciéndose eco de las observaciones que hemos propuesto al comienzo de nuestro recorrido, Mario Vargas Llosa, Premio Nobel de Literatura 2010, ha dicho recientemente: «La pandemia ha sorprendido a todo el mundo porque teníamos la impresión de que la ciencia y la técnica habían dominado la naturaleza. Nos hemos llevado una gran sorpresa al descubrir que esto no era verdad. Hemos visto cómo lo inesperado podía llevarnos al abismo. Ahora nos estamos preguntando cómo, cuándo va a acabar esto y cuáles van a ser las consecuencias. El mundo va a salir muy distinto de como era cuando comenzó esta historia. Y además viene una crisis económica que va a afectar muchísimo. Hemos sufrido una sacudida muy brusca en lo que parecía un progreso hacia la prosperidad y la libertad. Todo esto nos ha dejado desconcertados. Y tal vez no sea malo encarar la realidad de una manera menos optimista»¹¹.

Podríamos continuar, pero la cuestión está clara: a nadie se le ahorra la realidad con todo lo que ella comporta. No se le ahorra a quien no tiene fe, y tampoco se le ahorra a quien la tiene. La experiencia de la vida cotidiana y las noticias nos lo muestran sin descanso.

2. La morada del Altísimo

Lo mismo le sucedió al pueblo de Israel, al que la fe en Dios no le ahorró ninguna de las adversidades de la historia. Creer no es como recibir una vacuna que

¹¹ M. Vargas Llosa, «La “ley Celaá” es un disparate absoluto», entrevista de P.G. Cuartango, ABC, 17 de enero de 2021.

inmuniza para siempre, como quizá nos gustaría –haciendo valer una imagen reducida de la fe–. No existe vacuna que nos vuelva inmunes a las dificultades de la vida. Toda la historia de Israel lo testimonia.

El comienzo del pueblo de Israel es la alianza que Dios establece con Abrahán: «Yo soy Dios todopoderoso, camina en mi presencia y sé perfecto. Yo concertaré una alianza contigo: te haré crecer sin medida»¹². Ahora bien, esa alianza es puesta a prueba en la historia, frente a los imprevistos, en las circunstancias adversas. Pero entonces, podríamos preguntarnos, ¿no hay ninguna diferencia entre vivir teniendo fe y esperanza y vivir sin tenerlas? Desde luego que hay una diferencia, pero no consiste en la calidad o cantidad de los desafíos, sino en el modo distinto de afrontarlos, según la novedad que ha traído un Dios que entró en la historia e hizo de la descendencia de Abrahán Su pueblo; un pueblo que, ante las necesidades y adversidades, tenía Alguien a quien dirigirse para ser sostenido en la esperanza.

Moisés lo había intuido. Haber visto a Dios cara a cara y haber encontrado gracia a Sus ojos no le dispensaría de tener que afrontar todos los desafíos que se le presentarían a lo largo del camino hacia la Tierra Prometida. Jan Dobraczyński, en su novela *Desierto*, evoca de forma muy viva el camino, en absoluto obvio o lineal, de Moisés y del pueblo de Israel. Moisés le dice al Señor: «Si no vienes en persona, no nos hagas salir de aquí». [...] El Señor respondió a Moisés: “También esto que me pides te lo concedo, porque has ob-

¹² Gén 17,1-2.

tenido mi favor y te conozco personalmente”»¹³. Pero no parecen ser suficientes la promesa que Dios hace de acompañarles y los prodigios que ven nada más empezar el camino, con la derrota del ejército del Faraón. Bien pronto sale a la luz la fragilidad de su confianza en la presencia del Señor: la falta de alimento les hace añorar las cebollas de Egipto. Entonces Dios responde con prontitud a su hambre con el maná. Pero tampoco esto es suficiente. «El pueblo había empezado a escupir sobre el maná y a reclamar carne. Sus gritos resonaban con tanta obstinación que a Moisés le pareció de repente que no sería capaz de sostener el peso»¹⁴. Dios interviene de nuevo. «El Señor dijo a Moisés: “¿Tan mezquina es la mano del Señor? Ahora verás si se cumple mi palabra o no”»¹⁵. En ese momento, «el Señor hizo que se alzara un viento que trajo bandadas de codornices de la parte del mar, y las hizo caer sobre el campamento, y a una altura de un metro del suelo. El pueblo se dedicó todo aquel día y toda la noche y todo el día siguiente a recoger las codornices»¹⁶.

A pesar de los signos, la fragilidad de la adhesión se manifiesta una y otra vez a lo largo de la historia. En lugar de esperar en el Señor, que les sacó de Egipto, que les condujo por el desierto y les regaló la tierra que había prometido a Abrahán, el pueblo cede continuamente a la tentación de buscar la seguridad de su propia esperanza en otro sitio, en los ídolos que se construyen o en la alianza con pueblos más podero-

¹³ Éx 33,15.17.

¹⁴ J. Dobraczyński, *Deserto. Il romanzo di Mosè*, Morcelliana, Brescia 1993, pp. 225-226; la traducción es nuestra.

¹⁵ Núm 11,23.

¹⁶ Núm 11,31-32.

sos. Y puntualmente queda patente el carácter ilusorio de esos intentos. Escribe Isaías:

«Esperamos la luz, llega la oscuridad;
esperábamos claridad y marchamos en tinieblas.
Tentamos el muro como ciegos,
como gente sin vista,
tropezamos en pleno día como al anochecer,
en medio de los sanos estamos como muertos.
Gruñimos como osos,
gemimos como palomas,
esperamos en la justicia, ¡pero nada!,
en la salvación, y está lejos de nosotros»¹⁷.

Frente a las dificultades, la esperanza del pueblo muestra toda su debilidad. Si no hubiese sido continuamente sostenida por los profetas, se habría desmoronado. No bastaban los signos que habían recibido, no era suficiente la historia pasada para sostener la esperanza en el presente. Era necesario que el sustento se renovase constantemente. ¡Cómo no entender la situación del pueblo de Israel si partimos de nuestra experiencia, de la percepción de nuestra debilidad!

Probablemente el desafío más poderoso a la esperanza que tuvo que afrontar el pueblo de Israel fue el exilio en Babilonia. Habían perdido los tres grandes dones del Señor: la tierra, la monarquía y el templo. ¿Dónde estaba su Dios? El exilio se convierte en algo decisivo para la historia de Israel, porque pone de manifiesto la diferencia entre el Dios de Abrahán y los demás dioses. Cuando otros pueblos eran derrotados, abandonaban a su dios porque no había sido suficientemente fuerte como para librarlos de la derrota.

¹⁷ Is 59,9-11.

En cambio el Dios de Israel no se ve derrotado por la derrota del pueblo. Preguntémonos: ¿qué experiencia de Dios vivía Israel para permanecer apegado a Él, incluso en el exilio? La diferencia de su Dios se ve en la esperanza que suscita.

Hemos dicho que para fundar la esperanza se necesita una presencia más poderosa que cualquier fragilidad, una presencia que nunca desaparezca: «Dios es nuestro refugio y nuestra fuerza, / poderoso defensor en el peligro». Podría ser una frase vacía, pero para los judíos estaba llena de la experiencia que habían vivido una y otra vez. Continúa el salmo: «Por eso no tememos aunque tiemble la tierra, y los montes se desplomen en el mar. / Que hiervan y bramen sus olas, / que sacudan a los montes con su furia». ¿Por qué esta seguridad, esta ausencia de temor? Porque «el Altísimo consagra su morada. / Teniendo a Dios en medio, no vacila; / Dios la socorre al despuntar la aurora. / Los pueblos se amotinan, los reyes se rebelan; / pero él lanza su trueno, y se tambalea la tierra. [...] / Venid a ver las obras del Señor»¹⁸.

3. El lugar de la esperanza

Esta «morada» –«el Altísimo consagra su morada. / Teniendo a Dios en medio no vacila»– es para ellos el lugar de la esperanza. En el anuncio cristiano esta morada es un hombre: Jesús de Nazaret, Dios hecho carne, un hombre que caminaba por las calles, al que se podía encontrar y frecuentar. Con Él incluso las cir-

¹⁸ Sal 46 (45),2-9.

cunstances más dolorosas y difíciles de la vida podían afrontarse con una certeza de bien inimaginable, con una paz insospechada. «Soy yo, no tengáis miedo»¹⁹. Para aquellos que lo seguían, Él se había convertido con el tiempo en la roca sobre la que apoyaban toda su persona, el factor de su esperanza. Conociendo bien la debilidad de los discípulos, Jesús les promete que no los dejará huérfanos y solos en medio de las tempestades que tendrán que atravesar. «Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos»²⁰.

Pero ¿cómo? ¿Con qué método? Cristo «ha elegido como método de su continuidad en la historia una compañía, la Iglesia; con una cabeza: san Pedro. Una compañía donde su presencia pudiera verse, tocarse, experimentarse»²¹. Pero ¿de qué está hecha la Iglesia? De ti, de mí. «Al aferrarnos en el bautismo –afirma Giussani–, Cristo *nos ha unido como miembros del mismo cuerpo* (cf. capítulos 1 al 4 de la Carta a los Efesios). Él está presente aquí y ahora en mí, a través de mí, y la primera expresión del cambio con que se documenta Su presencia es que yo me reconozco unido a ti y que nosotros *somos una sola cosa*»²². La salvación, que es Él, el Misterio hecho carne, aflora «en un lugar humano cuyo origen es más profundo que cualquier indagación o descripción histórica. Emana del Misterio, pero es en un lugar humano donde nos topamos con esta salvación»²³.

¹⁹ Jn 6,20.

²⁰ Mt 28,20.

²¹ L. Giussani, *L'avvenimento cristiano*, op. cit., p. 60; la traducción es nuestra.

²² *Ibidem*, p. 39-40.

²³ *Ibidem*, p. 53.

En la inmanencia a este lugar crece, se incrementa nuestra humanidad en un camino que acompaña toda la vida.

«Me he dado cuenta», me escribe una persona, «de que sin esperanza no se puede convivir con ciertas heridas abiertas; como mucho se puede buscar una distracción, mirar para otro lado. Una amiga de ochenta y dos años me decía un día al teléfono: “Siento los achaques de la edad, vivo sola, y sin embargo, no sé cómo, pero nunca me he sentido tan acompañada dentro del movimiento como ahora. Hay una riqueza continua de propuesta, me ayuda increíblemente el trabajo que hacemos en nuestro grupo de Escuela de comunidad”. Me conmoví porque, ¿dónde sucede algo así? Solo en un lugar en el que Cristo actúa continuamente y nos hace estar ciertos. De este modo la esperanza nos toma de la mano y nos sostiene. No sabría cómo expresarlo de otro modo: yo vivo generada continuamente por Su mirada, que me alcanza a través de tu mirada, Julián, y poco a poco a través de la de todos los amigos que siguen hoy el carisma. Yo sola no sabría darme ni certeza ni esperanza».

Otra persona escribe: «En este último período ha surgido en mí un sentimiento grande de impotencia. Soy enfermera, y siempre he trabajado en plantas Covid. Son muchas las dificultades, y en un momento dado sentí la necesidad de ponerlas en juego en esta compañía, que es el único lugar en que experimento que soy comprendida de verdad. Organizamos un encuentro, abierto a todas las enfermeras, para compartir nuestras preguntas. Salí de allí llena de asombro, confortada en la dificultad y sostenida en el drama que estoy viviendo. Al entrar en la planta al día siguiente,

me topé con una compañera mía, siempre impecable en todo, que me miró y me dijo: “Muchos días, cuando llego a casa por las noches, vomito porque creo que no tiene sentido lo que estamos viendo y la mole de trabajo que se nos pide”. Me quedé un instante en silencio, porque ese grito que hablaba de la dificultad yo también lo tenía, pero yo no me veía desesperada; cansada sí, pero no desesperada. Y entonces me pregunté para mis adentros a qué se debía esto. Yo no soy distinta de ella. Me acordé enseguida del encuentro que habíamos tenido el día anterior, como recordándome: “Tú no estás sola con tus dificultades y tu dolor”. Con ese abrazo en los ojos le pregunté si podíamos trabajar juntas en ese momento, le dije que la necesitaba. Mientras que habitualmente cada uno gestiona sus pacientes y ya está, ese día trabajamos juntas, y es algo que no había sucedido nunca».

Esto es lo que necesitamos, un *lugar* al que podamos volver sin escandalizarnos de nada, irreductible a nuestras medidas, a nuestras “interpretaciones”, un lugar que sostenga nuestra esperanza. Somos introducidos en él a través de un encuentro determinado que se revela capaz de atraernos, de hacer que nos resulte evidente que Cristo está presente y vivo. «Cristo toma al hombre en el Bautismo, lo hace crecer, engrandecerse, y mediante un encuentro hace que experimente la cercanía de una realidad humana distinta, correspondiente a él, persuasiva, educativa, creativa, que de algún modo le toca»²⁴. Este encuentro nos inserta en una compañía; no en una compañía cualquiera, sino

²⁴ L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 106.

en la compañía humana generada por Su Espíritu, en la Iglesia.

El acontecimiento de Cristo permanece en la historia a través de la compañía de los creyentes, signo eficaz de la salvación de Cristo para los hombres. «Cristo Resucitado se une estrechamente a nosotros: esta compañía es [...] el cuerpo de Cristo haciéndose presente, tanto que se Le toca, se Le ve y se Le escucha. El valor de esta compañía es más profundo de lo que se ve, porque lo que se ve es lo que emerge del Misterio de Cristo que se está revelando». Y también: «La compañía mediante la cual Cristo se une estrechamente a nosotros nos permite conocer más quién es Cristo, nos revela lo que Él es para nosotros. Jesucristo está presente aquí y ahora: Él permanece en la historia por medio de la sucesión ininterrumpida de los hombres que por la acción de su Espíritu le pertenecen como miembros de su Cuerpo, prolongación en el tiempo y en el espacio de su Presencia»²⁵.

Su permanencia en la historia es el argumento más importante para nuestro corazón de hombres, para la certeza de nuestro destino, de nuestra realización, que es imposible no desear, como quiera que nos la imaginemos y cualquiera que sea el nombre que le atribuimos. La certeza de nuestra realización tiene su raíz «en la objetividad de la historia con la cual Dios se ha hecho Presente, es decir, en la forma definitiva con la que esa historia nos ha alcanzado, envuelto e implicado personalmente». Nuestra esperanza fundamental no puede descansar en lo que hacemos, en nuestros intentos, que dan de sí lo que dan de sí, o en nuestras

²⁵ *Ibidem*, pp. 55-56.

utopías, sino «en algo tan tremendamente presente que ha desafiado y desafía todo lo que podamos crear y todo lo que los demás [...] nos puedan asegurar». Nuestra gran esperanza descansa en la «Potencia que se ha convertido en una Presencia dentro de la historia, del tiempo, del espacio», y que se esconde hoy en la fragilidad de nuestra carne, hasta el punto de que «basta ser orgullosos o impacientes para que viva en nosotros sin darnos cuenta, y también basta un sopli-do nuestro para destruirlo todo. Sin embargo, nuestra riqueza consiste precisamente en el misterio que está presente en esa fragilidad»²⁶.

Nuestra esperanza vive en un lugar donde uno ve que su corazón revive, se reanima, donde se vuelve experiencia concreta que el propio límite no es la última palabra. Giussani lo dice de forma preciosa: «Hay un lugar en donde se puede reconocer a Cristo victorioso, percibirlo cercano, experimentarlo como compañía que da consistencia a la vida, presencia que es raíz continua, fuente inagotable –le dijo Jesús a la samaritana– de esperanza: nuestra comunión, la compañía vocacional, personas que han sido llamadas y unidas por Su Espíritu. Por frágil y casi inconsciente que fuera la conciencia que teníamos de ello cuando echamos a andar, este es el único motivo por el que nos conocimos y nos reunimos. ¡El único! No hay otro. Este es el instrumento que tenemos para conocer a Cristo resucitado, al acontecimiento que transmite, que lleva consigo el sentido de todo y que está presente de manera tan real como mi madre y mis hermanos»²⁷.

²⁶ L. Giussani, *El rostro del hombre*, op. cit., pp. 117-118.

²⁷ L. Giussani, *Una extraña compañía*, Encuentro, Madrid 2018, pp. 83-84.

Con Él en los ojos podemos desafiar cualquier situación más allá de toda imaginación. Cuántos de nosotros se sorprenden esperando –*in spem contra spem*²⁸– precisamente porque participan «en el misterio de este Cuerpo Místico de Cristo»²⁹; al adherirse a él, experimentan la fascinación nueva de la esperanza, y con ella una seguridad y una capacidad de obrar incluso en las condiciones más arduas y dramáticas. En estos tiempos hemos conocido muchos ejemplos de ello. Incluso allí donde parecía imposible. Comentando en directo el viaje del papa Francisco a Iraq, Domenico Quirico decía: «La esperanza, la única esperanza para esta tierra es ver en acción una lógica distinta de la lógica del odio, de la venganza, de la violencia sectaria... y en los cristianos iraquíes, cristianos perseguidos, hemos visto afirmarse una lógica de vida diferente. Los cristianos son los que han sufrido el mal, han aceptado incluso el martirio sin reaccionar, sin empuñar las armas, nadie ha empuñado las armas... es de otro mundo... se trata de una esperanza concreta para todos, no solo para los cristianos»³⁰.

Desde el otro lado del mundo, en una circunstancia de prueba distinta, sucede lo mismo. «Soy cocinera, vivo en Venezuela y pertenezco a la comunidad del movimiento. Impresionada por la pregunta: “¿Hay esperanza?”, me miro y digo: “sí, hay esperanza”, aun con todo lo que está sucediendo en mi país. No podéis haceros una idea de todo lo que nos falta aquí. Nuestra

²⁸ Rom 4,18.

²⁹ L. Giussani, *Llevar la esperanza. Primeros escritos*, Encuentro, Madrid 1998, p. 172.

³⁰ Domenico Quirico, enviado especial de *La Stampa*, a los micrófonos de *TV2000*, 7 de marzo de 2021.

calidad de vida es pésima: sin electricidad, sin agua, sin poder comprar medicinas, sin poder ir al médico porque cuesta demasiado, levantándonos cada mañana sin saber qué comeremos. Podéis imaginaros la dificultad de vivir con un salario de tres dólares al mes. Vivimos con mucho estrés y ansiedad en plena epidemia de Covid. Pero quiero deciros que, con todo esto, existe la esperanza porque hay una Presencia hecha de rostros concretos, una compañía hecha de tiempo, espacio, afecto y ayuda, que una y otra vez vuelve a poner en marcha la vida. Con todo lo que vivimos aquí, nunca me he sentido sola. Gracias al encuentro que Dios me ha concedido me resulta evidente que Cristo puede entrar en nuestra vida y generar un cambio en nuestra humanidad. He empezado a mirar de forma distinta lo que vivimos, a ser más consciente de la presencia de Jesús, a estar más atenta a cada signo, más dispuesta a decir que sí».

4. ¿Cómo reconocer este lugar?

¿Cómo podemos reconocer este lugar que sostiene nuestra esperanza? En primer lugar, como sabemos por experiencia, no somos nosotros los que lo determinamos. «Lo que establece y determina para cada uno de nosotros una morada concreta dentro de la Iglesia, una compañía humana que hace más persuasivo el camino hacia el Destino, es el don del Espíritu Santo». El acontecimiento de Cristo sucede y nos atrae según una «forma determinada de tiempo y de espacio, lo que permite afrontarlo de un cierto modo y lo vuelve más comprensible, más persuasivo y más pe-

dagógico». Se llama *carisma* a esta característica de la intervención del Espíritu de Cristo que «provoca existencialmente el Acontecimiento dentro de un tiempo y un espacio». Y es este don de la caridad de Dios lo que hace posible la fe, la conciencia de la presencia de Cristo. Por ello, con el fin de que la Iglesia, «constituida por todos los hombres que Cristo ha tomado e incorporado a Sí mismo en el Bautismo, sea una realidad operativamente eficaz en el mundo, hace falta que los hombres tomen conciencia de lo que ha sucedido, del encuentro que Cristo ha tenido con ellos, y que comiencen a obrar basándose en dicha conciencia»³¹.

«Crecí dentro del movimiento hasta que, por una serie de motivos, decidí alejarme. Sin embargo, este verano dos chicas de *Gioventù Studentesca* [que reúne a los estudiantes de bachillerato de CL], que ni siquiera eran mis mejores amigas, me invitaron a estudiar con ellas para el examen de ingreso en Medicina, y después a ir juntas a una semana de vacaciones en la montaña. Estando con ellas me di cuenta enseguida de que ellas, al igual que el resto de amigos que estaban con nosotras, no me miraban por mis límites, sino que me miraban y me querían tal como era y soy». Si nuestra joven amiga percibe inmediatamente esta mirada diferente y experimenta su repercusión en ella, debe de ser porque no ha encontrado en otro sitio algo que se le pueda comparar. Continúa: «Al empezar la universidad, percibí esa misma mirada en otros chavales del CLU, y entonces decidí fiarme y seguirlos, y por eso empecé a ir a la Escuela de comunidad y a

³¹ L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 116.

los gestos del movimiento. Estando con ellos me he descubierto querida, e incluso me he sentido abrazada en esos aspectos de mí que menos me gustan. Me he dado cuenta de que delante de ellos puedo plantear mis preguntas y tomármelas en serio. En definitiva, he descubierto la esperanza en la posibilidad de una vida y en una forma de estar juntos que no había percibido años atrás. El entusiasmo ha pasado rápidamente y se han dejado sentir las dificultades cotidianas. Aunque estoy segura de la existencia y de la presencia tangible de esa esperanza en las personas que he conocido, me pregunto cómo puede llegar a ser mía y cómo puedo llegar a confiarme plenamente a ella».

Dentro incluso de los límites y las fragilidades de las personas que ha conocido, nuestra amiga ha llegado al reconocimiento cierto de la presencia que se puede palpar en ellos, «en estas personas que he conocido», de la gran esperanza. Pero no se conforma con verla en otros, quiere que llegue a ser suya y pregunta cómo conseguir confiarse plenamente a ella. Sin embargo, en lo que ella ha dicho está implicado ya un camino que merece la pena destacar: «Decidí fiarme y seguirlos». Preguntémonos entonces por los motivos de la confianza y del seguimiento.

¿Cuándo podemos fiarnos de un lugar, de una persona, de modo que, al seguirla, seamos racionales, coherentes con nosotros mismos, especialmente si está en juego la cuestión que estamos afrontando, en la que se trata de la vida y de la muerte, en la que nos jugamos nuestra existencia, la alternativa entre el ser y la nada?

Giussani nos ofrece tres criterios: tienes una razón adecuada para fiarte de una persona, hasta el punto de seguirla, de obedecerla, en primer lugar si «en la

concepción de la vida que te explica y te comunica, te parece claramente que extrae su motivación y se apoya por entero en las exigencias del corazón, tuyas y de todos los hombres»; en segundo lugar, tienes razones para fiarte «si te ofrece una ayuda adecuada» y, tercero, «si lo hace con gratuidad, queriendo tu bien, hasta el punto de que la primera cosa extraña que te impresiona cuando la conoces es este aspecto de gratuidad». Obedecer a una persona así, entonces, es «un deber, como es un deber llevar a cabo lo que es racional, es un deber llevar a cabo lo que es razonable»³². Tratemos de desarrollar el triple criterio que hemos propuesto.

Ante todo, hemos dicho, es racional seguir a otro, obedecer a otro, «cuando me comunica y me revela una concepción de la vida y de su destino que se apoya por completo en las exigencias originales del corazón, que son comunes a todos los hombres»³³. Para reconocer a quién es razonable seguir, se necesita un yo despierto, consciente de sus exigencias originales. Es la conciencia de tales exigencias lo que nos permite reconocer una realidad que se demuestra pertinente a ellas, el lugar que lleva consigo una esperanza a la altura de la vida. Para no ceder a la confusión, yendo detrás de lo primero que pasa, es necesario «tomar conciencia atenta y también tierna y apasionada de mí mismo»³⁴.

En segundo lugar, te puedes fiar de una persona si te ofrece una ayuda adecuada, es decir, si «te ayuda a su-

³² L. Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, op. cit., pp. 221-222; la traducción es nuestra.

³³ *Ibidem*, p. 220.

³⁴ L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 9.

perar lo que es contrario a dichas exigencias; te ayuda a aceptar el sacrificio, ese aspecto de la conciencia por el cual te parece que secundar las exigencias originales de tu corazón implica una renuncia, la sensación de perder algo»³⁵. Es difícil atravesar esta experiencia de perder algo, aceptar el sacrificio que se nos pide en muchos momentos sin una ayuda adecuada, que se expresa en la presencia de ciertas personas. A propósito de esto, hay una frase memorable de Giussani: «Estás en medio de la tempestad, las olas rompen a tu alrededor, pero tienes cerca una voz que te recuerda la razón, que te llama a no dejarte arrastrar por las olas, a no ceder. La compañía te dice: “Mira, que después resplandece el sol: estás envuelto por las olas, pero luego sales y hace sol”. Sobre todo, te dice: “Mira”. Porque en toda compañía vocacional siempre hay *personas*, o *momentos de personas*, a los que mirar. En la compañía lo más importante es *mirar* a las personas. Por eso, la compañía es una gran fuente de amistad. Y la amistad se define por su finalidad: la ayuda para caminar hacia el Destino»³⁶.

La verdadera ayuda de una compañía, de un amigo, no tiene la finalidad de ahorrarnos la relación con la realidad, sino de sostenernos a la hora de vivir dicha relación. Aquí también está en juego nuestro yo. ¡Cuántas veces pedimos un tipo de ayuda que en realidad no es tal! Es preciso distinguir, porque una cosa es pedir a un lugar que nos defienda de la realidad,

³⁵ L. Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, op. cit., p. 221; la traducción es nuestra.

³⁶ L. Giussani, *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, op. cit., p. 459; la traducción es nuestra.

que nos la evite, exonerándonos incluso de la dificultad que implica afrontarla, y otra bien distinta es pedir que nos introduzca en la realidad, sea la que sea. Por lo demás, observa Giussani, «si la Iglesia proclamase que su finalidad es ganar la partida en el esfuerzo humano de promoción, de búsqueda, de expresión, haría [...] como esos padres que se hacen la ilusión de que pueden resolver los problemas de sus hijos sustituyéndolos a ellos». Pero de este modo faltaría a su tarea educativa, que no es «proporcionar al hombre la solución de los problemas con los que este se encuentra a lo largo de su camino»³⁷, sino favorecer en él el surgimiento de la actitud justa frente a la realidad como condición óptima para afrontar los problemas buscando, allí donde fuese posible, la solución.

Finalmente, es razonable fiarse de una persona si el único motivo por el que me dice ciertas cosas es el amor a mi destino, a la alegría de mi vida, a mi felicidad. «No porque seamos dueños de vuestra fe, sino que contribuimos a vuestra alegría»³⁸, dice san Pablo. Es decir, es razonable fiarse de una persona si su compañía no es fruto de un cálculo, no espera una contrapartida, no depende de una estrategia, sino que es gratuidad. «La gratuidad es el amor al destino del otro y nada más». Quien me comunica esas cosas que corresponden al corazón «lo hace sin calcular nada, sin guardarse nada para sí», únicamente para «que mi vida tenga éxito, para que mi vida alcance su destino». De nuevo se necesita aquí un yo vigilante, atento. Añade Giussani: «Este factor, que es importantísimo,

³⁷ L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, op. cit., pp. 219-220.

³⁸ 2 Cor 1,24.

pongámoslo entre paréntesis, porque no se entiende enseguida: es necesario haber amado gratuitamente un largo tiempo, es necesario que la vida nos haya educado para poder amar gratuitamente a los hombres y para saber cuándo un hombre te ama gratuitamente»³⁹.

Cuando nos encontramos con personas que tienen las características descritas, que hacen que seguir las sea razonable, tenemos que seguir las por coherencia con nosotros mismos. «Para adherirse a uno mismo debemos seguir a otro; se trata de una paradoja, es la paradoja que hizo que Eva cediera. Desde que existe el hombre, esta es la paradoja que pone a prueba la libertad: para ser yo mismo tengo que seguir a otro (entre nosotros pasará igual)». Cada uno puede pensar dónde estaría si no hubiese seguido esta ley. «Lo primero, en absoluto, que corresponde al corazón es que yo no existía y, si quiero ser, tengo que seguir a otro. Y quien me habla del hombre de este modo tiene razón. Sin embargo, quien me hablase del hombre como amo de su destino, capaz de ser por sí mismo –“Quise, siempre quise, fortísimamente quise” al estilo de Alfieri–, me engaña, es un mentiroso»⁴⁰.

Resumiendo, podemos decir que no cualquier persona ni cualquier ámbito es digno de ser seguido, y no todo fiarse es razonable. Es razonable fiarse y seguir solo si «quien pretende tu obediencia tiene razones que corresponden a las exigencias de tu corazón – esas exigencias profundas que tienes al igual

³⁹ L. Giussani, *Si può (veramente?) vivere così?*, op. cit., p. 221; la traducción es nuestra.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 222.

que yo, que son iguales a las mías». Esto significa que lo que te dice «podría valer para todos los hombres: no es la propuesta de una concepción sectaria, ¡no es un intento de estafarte! Te propone valores que les harían bien a todos, que harían vivir más satisfechos a todos. Por tanto te propone algo que corresponde a lo profundo del corazón; no es el resultado de un análisis provisional y extravagante de la situación que alguien podría hacer. No. Se trata de algo esencial que alimenta e incrementa el bien fundamental de cualquier hombre porque corresponde a las exigencias del corazón humano»⁴¹. Por ello para fiarse, como decía, uno debe ser él mismo, es necesario estar despiertos para que no nos engañen.

5. ¿Cómo puede llegar a ser tuyo lo que ves en otro?

Ahora tenemos los elementos para afrontar la primera de las cuestiones que ha planteado nuestra amiga. ¿Cómo puede llegar a ser suya la esperanza que reconoce presente en las personas con las que se ha topado, en el lugar donde su corazón ha revivido? ¿Cómo puede confiarse razonablemente a esa esperanza?

La esperanza puede llegar a ser suya si prosigue, de modo cada vez más consciente y lleno de deseo, el camino que ya había empezado a recorrer, es decir, si sigue a las personas en las que la esperanza se había hecho evidente y respecto de las cuales había razones adecuadas para fiarse. El camino es seguir.

⁴¹ *Ibidem*, p. 224.

Junto a la palabra «seguir» podemos usar también la palabra «responsabilidad», entendiendo con ella esa respuesta que Pedro da inmediatamente a Jesús que le pregunta: «Simón, ¿me amas?». «Sí»⁴². Era un «sí» que ni siquiera la traición de algunos días antes podía frenar, porque nacía como consecuencia del asombro que había surgido desde el primer encuentro con aquel hombre, de un apego que se había intensificado en los años de convivencia con Él y que no era un fenómeno sentimental, sino un fenómeno de la razón, un juicio que lo apegaba a esa presencia que lo había mirado, abrazado como nadie en su vida. «Si yo soy porque soy amado, debo responder (*respondeo*): de aquí nace la “responsabilidad”. [...] Es la palabra responsabilidad lo que asegura el resultado de alcanzar una experiencia de correspondencia con la verdad, con la fascinación de lo bello, con la conmoción de lo bueno, con una felicidad inefable». Esta responsabilidad «se expresa como decisión de la libertad frente a una Presencia en la que reconocemos que corresponde totalmente con nuestro destino»⁴³.

A menudo es equívoco nuestro modo de concebir la decisión de la libertad, como si se tratase de un acto voluntarista, un sinónimo de «fuerza de voluntad». En cambio, como le pasó a Simón Pedro, coincide con una estima que aflora, con un afecto, es el culmen de un apego. Para que llegue a ser nuestra la esperanza que hemos visto en las personas que nos han fascinado y atraído, solo se necesita la sencillez de permane-

⁴² Cf. Jn 21,15-17.

⁴³ L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., pp. 103-104.

cer apegados a este lugar, viviendo a remojo en nuestra compañía. Con el tiempo sorprenderemos en nosotros una positividad indestructible, a la vez que la audacia para desafiar al futuro.

Aquí es donde se evidencia la necesidad de una verificación desde la libertad. Esta compañía, este lugar, es un espacio de libertad en donde cada uno es animado a comprobar la promesa que ha recibido. ¡No sería una compañía cristiana si no incitase a la verificación personal y si no amase la libertad! Me decía una chica que ha conocido a un grupo de universitarios: «He sabido que este es mi sitio porque aquí se respeta la libertad. No me obligan a nada, esperan a que suceda algo en mí y a que yo ceda». Es signo del respeto escrupuloso que tiene el Misterio por nuestra libertad, pues nos ha creado libres. Cada uno puede separarse de esta compañía en cualquier momento, pero ella permanece, y este es el mayor gesto de amistad hacia quien, por la razón que sea, se marcha: hay un lugar al que siempre podemos volver.

«Querido Julián, estos días me he inscrito en los Ejercicios de la Fraternidad, ¡después de doce años! Participé en mis últimos Ejercicios en 2009 con el corazón vacilante por un juicio incierto sobre el valor de mi camino en el movimiento. De hecho, tras años de presencia sincera en el movimiento, me di cuenta de que me había quedado atrapada en el formalismo y el activismo porque hacía cosas por el movimiento, muchas, pero ya no eran para mí. Ya no tenía libertad y quizá tampoco fe. Así que decidí dejarlo todo. En diciembre de ese mismo año fui a verte para comunicarte mi “no” y tu respuesta me pareció sorprendente, fue un abrazo que he llevado conmigo y que

me ha acompañado, hasta poder volver a decir, doce años después: “¡Aquí estoy, quiero estar!”. Tú me dijiste: “Vete, no te preocupes por abandonar una forma, preocúpate por no abandonar nunca la pregunta de cada mañana: ¿dónde se apoya hoy mi esperanza?”. Desde entonces he vivido unos años totalmente dedicada a mi trabajo como médica, que me ha llevado a colaborar con un doctor al que solo conocía por sus publicaciones científicas, en una ciudad desconocida. Desde la primera llamada me impresionó y me fascinó, pero solo cuando empecé a trabajar con él entendí lo que había detrás de esa fascinación: era un hombre de fe, ¡y además del movimiento! ¿Qué decir? Jesús me gastaba “una buena broma” o, mejor dicho, me hacía un inmenso regalo que he vivido y vivo como el signo de Su amor hacia mí y de Su perdón. Me ha dado la posibilidad de retomar el camino que había perdido, permitiéndome recuperarlo en mi vida cotidiana, difícil y a veces árida, en mi trabajo. Con el tiempo he retomado la Escuela de comunidad y hace unos días me inscribí a los Ejercicios, movida por mi necesidad de vivirlos. Puedo decir por experiencia que hay esperanza y que es incondicional, que no pone límites –igual que no ha sido un límite mi fragilidad–, que vive en una Presencia y que “solo” necesita ser deseada cada día».

El camino de la verificación es necesario para todos, afecta a todos, cada día, en cualquier fase de la vida, en la sucesión y el cambio de las circunstancias, hasta el final.

«Estoy inscrita en la Fraternidad desde hace tan solo un año. Había abandonado el movimiento hace treinta años, al final de la universidad. Mis días estaban llenos

de actividades y relaciones, pero era como si hubiera perdido el sentido de todo, lo daba por descontado y entonces la vida era árida [si nuestra compañía no es un camino hacia el destino, la vida se vuelve árida y la compañía deja de interesarnos]. Han sido treinta años intensos y llenos de sucesos sencillos y bonitos; las cosas de todos: la familia, los hijos, el trabajo. Pero hace tres años descubrí que estaba enferma, y entonces la vida cambió, sufrió una aceleración y con ella también mi pregunta acerca del sentido. Me topé con un médico del movimiento y le pedí ayuda. Me invitó a la Jornada de apertura de curso, y recuerdo perfectamente el asombro increíble al descubrir una correspondencia inesperada con tus palabras. Sentí descrito y comprendido mi corazón y la esencialidad de lo que deseo. Resulta asombroso, después de tantos años de lejanía, encontrar correspondencia justamente en este lugar, ¡nunca habría pensado que fuese posible! Empezó con algunas personas una amistad muy sencilla, pero significativa y radical, hasta el punto de que, incluso a pesar de estos meses de pandemia y de vernos muy poco, esta relación es el punto de referencia más importante para mí. Es una amistad en la que prevalece la posibilidad preciosa de un camino que es una hipótesis buena para mi vida, y esto no lo he encontrado en ningún sitio. El pasado mes de diciembre fui al hospital a una revisión y, mientras esperaba el resultado de las pruebas, me di cuenta con asombro de que no tenía miedo. Y esto no es desde luego fruto de convencimientos, razonamientos o esfuerzos de la voluntad. Me parece evidente que la experiencia de estos dos años, los gestos en los que he participado, los pocos momentos de amistad que he podido compartir, han construido

poco a poco la certeza de la positividad de la realidad gracias a la presencia de Otro. En mí ha irrumpido y ha construido, diría que casi inconscientemente, la belleza de muchos momentos, el asombro y la gratitud por haber encontrado un lugar en el que poder plantear las preguntas más verdaderas. La esperanza no es algo que tenga que alcanzar, no se realiza a base de circunstancias que tienen que darse de cierta forma: la curación definitiva, el final de la pandemia u otras cosas. La esperanza existe ya, obra en mi vida y llega a incidir también en la experiencia de la enfermedad. La posibilidad del ciento por uno aquí y ahora se ha convertido para mí en experiencia concreta e innegable».

Para alcanzar la certeza de la presencia de Cristo, para vivir como nuestra la esperanza que se nos comunica en este lugar, es necesario hacer una comprobación personal en la que se ahonde la evidencia del inicio y se convierta en convicción. Lo que hemos encontrado no llega a ser nuestro por magia o sentimentalismo, sino gracias a la trayectoria de una experiencia en la que encuentra confirmación la intuición inicial. Es, como hemos dicho, la misma dinámica que vivieron los apóstoles: «Y sus discípulos creyeron en Él»⁴⁴. Esta expresión marca los pasos de su camino. Lo mismo vale para nosotros, y todo lo que sucede en el día a día puede llegar a ser ocasión de esta confirmación, de esta comprobación. No debemos censurar nada a lo largo del camino. Es más, esta es la única modalidad para alcanzar la certeza sobre la promesa que hemos recibido: exponernos a la comparación con todo lo que nos pasa.

⁴⁴ Jn 2,11; ver aquí, p. 103.

«Estas semanas de campaña electoral para las elecciones universitarias han sido muy intensas, con días preciosos. A pesar de que estaba encerrada en casa y físicamente sola delante del ordenador, he experimentado una alegría concreta, he descubierto más quién soy y el valor de las relaciones. Pero después de estos días tan bonitos, una vez pasadas las elecciones, me he sentido invadida por el desánimo y por una medida sobre mí misma: he percibido mi incapacidad para no dejarme determinar por el resultado. La belleza de las semanas anteriores no se sostenía frente a mi tristeza, que me estaba determinando, y al mismo tiempo tenía miedo de perder la belleza que había experimentado, de borrarla o de quedarme solo con el sentimiento de derrota. Los días después de las elecciones han provocado en mí muchas preguntas incómodas que no me dejan en paz: ¿por qué no me basta la alegría de las semanas anteriores? ¿Qué se mantiene en pie ante el desánimo por el resultado? ¿Por qué tiendo a borrar la belleza que he vivido? No he salido elegida, y entonces, ¿qué hay para mí? La insatisfacción y la tristeza me han llevado inicialmente a una cerrazón con las personas con las que vivo. Sin embargo, después de un par de días, ha vencido en mí la exigencia de juzgar las semanas vividas para no perderlas. Esto me ha llevado a pedir ayuda a los amigos, poniendo delante de ellos incluso la parte más incómoda de mi persona, el escándalo que experimento. Se ha desencadenado una lucha entre la medida que tengo sobre mí misma, sobre lo que hago, sobre la tristeza que veo en mí, y la alegría que he experimentado, que me gustaría que estuviese siempre viva. Un amigo me ha hecho notar que en esta circunstancia mi humanidad se ha visto

exaltada. Esto me ha descolocado, porque no consigo ver nada positivo en mi escándalo, y en cambio me doy cuenta de que emerge, por un lado, mi pequeñez humana, que ya no puedo no mirar, y por otro el hecho de que he estado contenta sencillamente por mi entrega, por comunicar a los demás lo que vivo».

Para no quedarnos parados en nuestro camino de verificación personal es necesario estar dentro de un lugar que rompa constantemente nuestra medida y abra de nuevo nuestra mirada, permitiéndonos ver lo que de otro modo no veríamos.

Es ilustrativo el modo como Jesús desafía día tras día la medida de Pedro. Resulta ejemplar la escena del lavatorio de los pies. «Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro y este le dice: “Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?”. Jesús le replicó: “Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde”». Ante la afirmación rotunda de Pedro: «No me lavarás los pies jamás», Jesús responde subiendo la apuesta, radicalizando el desafío: «Si no te lavo [los pies], no tienes parte conmigo». Ante esto, Pedro se rinde: «Señor [planteado en esos términos, entonces] no solo los pies, sino también las manos y la cabeza»⁴⁵. ¿Qué vence en él hasta el punto de dar marcha atrás de forma repentina, de inducirlo a que no prevalezca su medida? El afecto a Cristo.

⁴⁵ Jn 13,3-9.

Para no caer prisioneros de los esquemas que inexorablemente se forman en nosotros y que asumimos del ambiente en que vivimos, necesitamos ser regenerados una y otra vez. «Un criterio permanentemente abierto y sin prejuicios es efectivamente imposible para las solas fuerzas del hombre, pero, al mismo tiempo, es lo único que respeta y exalta la dinámica de la razón (que es apertura a la realidad con la totalidad de sus factores)»⁴⁶. Para que esto sea posible se necesita un lugar que abra nuestra razón permanentemente; este lugar es «una cosa particular que capacita para la totalidad»⁴⁷, que es como define Giussani la experiencia del carisma. Para no sucumbir a las medidas que inevitablemente tienden a hacer rígido nuestro juicio y en las que tantas veces encallamos, no sirven ni un esfuerzo titánico ni una estrategia astuta. Basta sencillamente con no apartar la mirada de esa realidad viva que sostiene la dilatación de nuestra razón; hace falta un afecto por ese lugar que nos capacita para ver la totalidad impidiendo que le falte a la razón su apertura original.

Cuanto más experimentamos la capacidad que tiene este lugar para regenerar nuestra mirada sobre nosotros mismos y sobre el mundo, más crece nuestro afecto por él. La verificación ahonda, nutre y vuelve concreta la conciencia de pertenencia al instrumento que Cristo ha escogido para atraer y acompañar nuestra vida.

Es exactamente el mismo dinamismo del principio, cuando los discípulos vivían en compañía de

⁴⁶ L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 86.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 118.

Jesús. «Todos los días que pasaban con él añadían», dice Giussani con una expresión estupenda, «manos de pegamento»⁴⁸, hacían crecer un apego profundo, que era un juicio de estima lleno de razones, en absoluto sentimental, sin sombra de irracionalidad o de forzamiento. De igual modo, nuestra inmanencia a la compañía que hemos encontrado, si aceptamos llevar a cabo una verificación de la propuesta que ella porta, nos hace apegarnos a ella de modo cada vez más razonable y, sobre todo, nos introduce en el descubrimiento cada vez más personal de esa Presencia de la que ella es signo, rostro visible: Cristo, nuestra esperanza. De hecho, esta es la finalidad por la que ella existe. Lo que les sucedió a los discípulos nos sucede también hoy a nosotros: del apego a Su presencia surge la flor de la esperanza.

En el último libro de los Ejercicios de la Fraternidad, recién publicado, Giussani dice: «Pedro había caído mil veces y, sin embargo, sentía una simpatía enorme hacia Cristo. Constatava que todo en él tendía hacia Cristo, que todo estaba encerrado en esos ojos, en ese rostro y en ese corazón. Los pecados cometidos no podían constituir una objeción y, menos aún, toda su inimaginable incoherencia futura: Cristo era la fuente, el lugar de su esperanza. Aunque le hubieran objetado todo lo que había hecho y lo que habría podido hacer, Cristo seguía siendo, en medio de la niebla de esas objeciones, la fuente de luz de su esperanza. Y Lo estimaba por encima de cualquier otra cosa, desde el primer momento en que se había sentido mirado por Él: Lo

⁴⁸ *Ibidem*, p. 104.

amaba por esto. “Sí, Señor, Tú sabes que eres el objeto último de mi simpatía, de mi máxima estima”⁴⁹.

Cristo es la fuente de luz de nuestra esperanza. Y nuestra compañía, que ha surgido de la gracia del carisma que se le ha dado a don Giussani, es una ayuda para vivir nuestra conversión a Cristo, «porque la esencia de la experiencia del movimiento es que la fe, el reconocimiento de Cristo, lo es todo para la vida, que Él es el centro del cosmos y de la historia»⁵⁰. La fraternidad entre nosotros, la trama de relaciones que constituye el movimiento «es nuestra manera de vivir el misterio de Cristo presente»⁵¹. No es una escapatoria para eludir el drama personal de la relación con Cristo; por el contrario, es una ayuda y una provocación para vivirla más intensa y conscientemente. Yo quiero vivir constantemente el drama de mi libertad que me apremia a decir «Tú» a Cristo en cuanto abro los ojos cada mañana. Es el mismo drama que vive Jesús. «Se levantó de madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, se marchó a un lugar solitario y allí se puso a orar»⁵². Nos jugamos la vida en este punto. «Ha llegado el momento», decía Giussani hace exactamente treinta años, «en que el movimiento camina exclusivamente en virtud del amor a Cristo que cada uno de nosotros tiene y que cada uno suplica al Espíritu poder tener»⁵³. Por tanto, el movimiento continúa en

⁴⁹ L. Giussani, *Attraverso la compagnia dei credenti*, op. cit., p. 132; la traducción es nuestra.

⁵⁰ L. Giussani, *Una extraña compañía*, op. cit., p. 175.

⁵¹ L. Giussani, *La Fraternidad de Comunión y Liberación. La obra del movimiento*, Encuentro, Madrid 2007, p. 66.

⁵² Mc 1,35.

⁵³ A. Savorana, *Luigi Giussani. Su vida*, Encuentro, Madrid 2015, p. 1242.

virtud del afecto de cada uno de nosotros por Cristo. Todo lo demás –nuestro esfuerzo, nuestros propósitos– es demasiado frágil.

Esta trama de relaciones no solo no nos ahorra la relación con el Misterio, sino que la provoca incesantemente y la hace posible continuamente. De hecho, si no se hiciese presencia ahora a través de una compañía humana, el Misterio permanecería extraño y vencería en nosotros la mentalidad de todos, que se nutre de esperanzas que no resisten el embate de las circunstancias y que trata de muchas formas de eliminar de la vida al Misterio.

Todos necesitamos del Misterio presente para vivir. «Los hombres, jóvenes y no tan jóvenes, necesitan una cosa en última instancia: la certeza de la positividad de su tiempo, de su vida, la certeza de su destino»⁵⁴. Pero esta certeza –que se llama «esperanza»– no podemos dársela a nosotros mismos, ni siquiera coaligándonos, uniéndonos, haciendo converger todos nuestros esfuerzos. Solo Dios hecho hombre, con su muerte y resurrección, puede responder a la sed de destino, de una positividad en la existencia que nos configura desde dentro. Como hemos dicho, el encuentro con Su presencia, en la forma que nos ha atraído, es la gracia de nuestra vida, es la piedad infinita que el Señor ha tenido de nuestra nada. Pero no podemos guardárnoslo como si se tratase de un privilegio.

«Estaba estudiando en la universidad y pasó a saludarme una compañera de curso a la que no veía desde hacía meses. Empezó a hablarme de ella, del miedo

⁵⁴ L. Giussani, «Cristo, la esperanza», *Nueva Tierra-Revista de Comunión y Liberación*, n. 11/1990, p. 14.

que vivía a causa de la pandemia y que la estaba paralizando, de la esperanza que tenía en que la ciencia avanzara y la vacuna nos devolviera a la normalidad. Me dijo que hasta ese momento se vería condenada a suspender su vida. Yo le dije que para mí las circunstancias son un factor de mi maduración, y le conté con asombro que la mayor gracia es tener un lugar, unos rostros a los que volver para suplicar una mirada más verdadera sobre mi persona. Varios días después mi compañera me escribió dándome las gracias, y me dijo que hacía muchos años que no tenía una conversación “con tanto sentido”. Su corazón desea lo mismo que yo: una certeza en el presente con la que se pueda afrontar todo sin miedo. En estos meses, desde el confinamiento en adelante, me he descubierto amada tal como soy, llena de gratitud por tener delante de mí personas que, por su modo de vivir y de mirarse con lealtad a sí mismas, generan en mí una esperanza para mi vida. Reconocer a Cristo presente a lo largo del día se ha vuelto más continuo y genera una conmoción que me pone de nuevo en una posición cada vez más verdadera frente a todo. Descubro la verdad de lo que dice el Cartel de Navidad: “La presencia de Cristo en la vida normal involucra cada vez un corazón que late: la conmoción por su presencia se vuelve conmoción en la vida cotidiana. Ya no hay nada que sea inútil, que nos resulte ajeno. Nace un afecto por todo”».

Cristo, como evento real hoy –y no simplemente como evento real de hace dos mil años–, entra en la normalidad de la vida y la transforma, haciéndola más verdadera, más humana. Si Cristo es un acontecimiento real para mí, si lo acepto y lo dejo entrar en la trama normal de mi vida cotidiana, produce un cam-

bio en mi vida. «El cristianismo», decía Giussani en 1964, «es una nueva forma de vivir este mundo. Es un tipo de vida nueva: esto no significa principalmente tener algunas experiencias particulares, algunos modos o gestos distintos de otros, algunas expresiones o palabras que añadir al vocabulario acostumbrado». Y continuaba: «Igual que sucede con el encuentro, la propuesta cristiana también se identifica para nosotros, hoy, con la llamada que se nos hace desde una realidad humana que nos rodea; y es magnífico que esta propuesta, realmente única entre todas, tenga un rostro tan concreto, tan existencial: que sea una comunidad en el mundo, un mundo dentro del mundo, una realidad distinta dentro de la realidad, y no distinta porque tenga intereses distintos, sino por su modo distinto de afrontar los intereses comunes»⁵⁵.

La diferencia que produce el acontecimiento de Cristo en la vida de quien se topa con él y lo acoge es el factor que hace posible comunicar la esperanza.

Pero no podemos detenernos ni un instante. La atracción que experimentamos por el encuentro que se renueva una y otra vez, por la inmanencia a la compañía cristiana, debe llegar a convertirse en nosotros en trabajo, en vigilancia («como alguien que ha conquistado una cosa preciosa y tiene que defenderla, y por eso está en las almenas y no duerme, es decir, no se distrae, no es superficial, sino que está en tensión»), debe convertirse en memoria. Y la memoria «no es recordar, sino un continuo ponerse en consonancia con una presencia que, una vez que se ha revelado, lo ha

⁵⁵ L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, Encuentro, Madrid 2007, pp. 108, 112.

hecho como una presencia que ya no se marcha; una vez que se *nos* ha revelado, lo ha hecho como presencia que ya no se marcha (porque nos constituye), que se hace sensible, visible en los demás, una presencia que nos pone juntos con el objeto de que la vivamos. Tanto es así que se llama comunión, exactamente igual que la Eucaristía»⁵⁶.

⁵⁶ L. Giussani, «*Tu*» (*o dell'amicizia*), BUR, Milán 1997, pp. 318, 319; la traducción es nuestra.

CAPÍTULO 6

LA ESPERANZA PUESTA A PRUEBA POR LAS CIRCUNSTANCIAS

«El que me siga, tendrá el ciento por uno aquí»¹. El mismo Jesús ofreció un criterio de verificación para las personas que Lo siguieran. Del mismo modo, la esperanza prometida a quien vive este seguimiento requiere –insisto– ser verificada en la comparación con las circunstancias, sin excluir ninguna.

1. La esperanza que no defrauda

La esperanza que no defrauda prometida por Cristo debe mostrar que resiste ante los desafíos que la existencia humana se ve obligada a afrontar y que estos tiempos nos han puesto delante sin piedad. Cada uno, lo quiera o no, está llamado a comprobar la consistencia de su esperanza ante cualquier situación difícil y cualquier provocación, especialmente ante las más significativas. Hemos dicho con Giussani que «los hombres, jóvenes y no tan jóvenes, necesitan una cosa en última instancia: la certeza de la positividad de su tiempo, de su vida, la certeza de su destino». Frente a determinadas circunstancias sale a la luz si existe

¹ Cf. Mc 10,29-30.

en nosotros esta esperanza o si, por el contrario, prevalecen la incertidumbre y el miedo que bloquean la construcción, que nos hundan en las preocupaciones y nos hacen quedarnos centrados en nosotros mismos.

La contribución fundamental para verificar nuestra esperanza procede, por tanto, de la realidad. Las circunstancias son decisivas para que, por un lado, se muestre la consistencia de nuestra esperanza y, por otro, para que la verdadera esperanza arraigue en lo profundo de nuestra persona. Por tanto, para verificar que la esperanza cristiana no defrauda, debemos afrontar lo que la realidad no nos ahorra, en el encuentro y el choque con las circunstancias, especialmente las inevitables. La esperanza que se nos ha comunicado y testimoniado encuentra morada en nosotros, se vuelve nuestra, «solo» en la relación con las circunstancias, a lo largo del camino, a través de una verificación.

a) La muerte

Consideremos en primer lugar el gran escollo, el que desde cierto punto de vista se presenta en último lugar, en cuanto que se está al final de la vida, pero que nos acompaña en cada instante como un incómodo e inquietante inquilino de la conciencia humana: la muerte. ¿Cómo se puede tener certeza en el futuro sin hacer frente al adversario más feroz? El gran historiador Huizinga escribió que la muerte forma parte de una definición de la vida: «En la historia, como en la naturaleza, la muerte y el nacimiento caminan siempre a

la par»². La muerte es un fenómeno de la vida porque le sobreviene a un ser vivo; por ello es un problema que no se puede eludir, mucho menos nosotros, como seres conscientes de sí que somos. Es más, saber de la muerte caracteriza de forma esencial la conciencia que tenemos de nosotros mismos, aunque tratemos de censurarla de muchos modos. La pandemia ha vuelto a poner en primer plano delante de todos la evidencia elemental de la muerte. Si no nos resultaba tan familiar, si la habíamos olvidado y tapado con frecuencia en nuestra vida cotidiana, nos hemos visto obligados a reconocerla no como quien la mira desde el balcón o en televisión, sino como quien se ve tocado y acorralado por ella. Todos hemos podido tener experiencia de ella, bien porque se haya hecho cercana a través de familiares o amigos que han fallecido o bien porque todos los días tenemos que echar cuentas todavía con el número de muertos. Todos nos vemos desafiados, nadie puede fingir que la realidad es menos «sombria».

Miremos juntos cómo percibía Giussani el desafío de la muerte. Al leer el breviario, se detiene en una frase del libro de la Sabiduría: «Dios no ha hecho la muerte, ni se complace destruyendo a los vivos. Él todo lo creó para que subsistiera y las criaturas del mundo son saludables: no hay en ellas veneno de muerte, ni el abismo reina en la tierra. Porque la justicia es inmortal (Sab 1,13-15)». Y observa –durante un encuentro en 1990–: «Sentí de repente como una rebeldía profunda: me dije que estas palabras no eran ciertas. No es cierto que la justicia sea inmortal en un mundo en

² J. Huizinga, *El otoño de la Edad Media*, Ediciones Altaya, Barcelona 1995, cap. XXII.

el que nuestros dos amigos Marco y Andrea, durante una excursión de montaña, podían caerse y morir. Y sin embargo», añade inmediatamente, «no se podría vivir sin apegarse de alguna manera a esa frase; no se podría vivir sin una esperanza positiva». Ahora bien, sigue diciendo, para adherirse a esta frase la gente tiene dos alternativas. «Por un lado un optimismo tan instintivo cuanto infundado. Es el optimismo que ha dominado toda la cultura moderna: hemos heredado su forma del mundo griego y romano, pero sus raíces se extienden por todas las edades. Es un cierto optimismo al pensar en la vida sin el cual no se podría vivir. Pero es un optimismo superficial, engañoso: quien pretende mantenerlo tiene que vivir profundamente distraído de lo que ocurre a su alrededor; por eso es un optimismo cínico. La otra alternativa es reaccionar poniendo la esperanza en nuestra fuerza de voluntad, en nuestra capacidad de construir. También esta es característica de nuestro mundo. La solución de la vida se pone en utopías, en proyectos hechos por uno mismo, individualmente o junto con otros. Se identifica la salvación con diversas formas de utopía, con sueños, es decir, con esperanzas limitadas, basadas en algún aspecto parcial. Cualquier forma de utopía (la mujer, el dinero, la política) que se tome como respuesta a la sed de positividad que brota del corazón del hombre implica violencia»³.

Estas serían las alternativas, llenas de engaño y de equívoco, ambas insuficientes.

³ L. Giussani, «Cristo, la esperanza», *Nueva Tierra-Revista de Comunión y Liberación*, op. cit., p. 10.

Es verdad que estamos hechos para la vida: en el pasaje de la Sabiduría se afirma la naturaleza del corazón humano. Pero, ¿quién dará respuesta a esta naturaleza del corazón, al deseo irrefrenable de vida que nos constituye? Cristo, muerto y resucitado, es el único que responde a él. «La única respuesta posible al pasaje del libro de la Sabiduría es que el Verbo se ha hecho carne». No hay respuesta más que en Cristo. Sin Cristo «nos veríamos obligados a caer en un optimismo falso, presuntuoso y cínico, aun cuando esté construido por grandes filósofos, o en el utopismo, sea banal o grandioso, pero en todo caso lleno de violencia»⁴.

La frase de la Sabiduría toca el centro de la cuestión humana, es el punto neurálgico desde el punto de vista del corazón humano. Dios «creó todo para que subsistiera. Las criaturas del mundo son saludables: no hay en ellas veneno de muerte, ni el abismo reina en la tierra. Porque la justicia es inmortal». Sin Cristo, insiste Giussani un poco antes de la cita anterior, «esto no sería verdad, porque la contradicción termina destruyendo todo cuanto uno ha imaginado y construido, lo hace caer en el torbellino de la muerte. No se puede dar razón de estas palabras de la Biblia sin Cristo»⁵.

Cristo muerto y resucitado es la única respuesta a la pregunta que plantea la Sabiduría, es decir, a la cuestión humana. Le dice Jesús a Nicodemo: «Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga

⁴ *Ibidem*, p. 11.

⁵ L. Giussani, *Un evento reale nella vita dell'uomo (1990-1991)*, BUR, Milán 2013, p. 149.

vida eterna»⁶. Aquí encuentra nuestra vida su motivo último, es decir, su verdadera esperanza: Jesucristo aquí y ahora, un evento real en la vida del hombre. Pero todo esto –repito– debe llegar a ser experiencia personal.

Me escribe una universitaria: «Para responder a la pregunta “¿hay esperanza?” no he podido dejar de pensar en un momento concreto de mi vida: el funeral por una amiga que hace tres años se quitó la vida. Cuando fui al funeral hubo dos cosas en particular que me hicieron pensar. La primera fue mi postura en la iglesia durante la misa: estuve arrodillada todo el tiempo, pidiendo que aquel momento tan doloroso y dramático pudiera ser salvado y puesto en manos de Alguien más grande que mi mezquindad. La segunda fue lo que pasó al salir de la misa, mientras fumaba un cigarro con mis amigas. En un momento dado una se giró hacia mí y me dijo: “Pero ¿por qué no lloras? ¿Por qué no te desesperas con nosotras? ¡Qué expresión tienes! Es como si estuvieras en paz”. Me quedé un poco confundida, pero asombrada por lo que me estaba pasando. Ni yo misma sabía describir o explicar por qué estaba así en ese momento. Pero tengo que admitir que, por mucha tristeza que sintiera, no estaba desesperada. Aquel suicidio no era la última palabra sobre mi vida, no era la última palabra en mi corazón porque, incluso en ese momento, prevalecía en mí “otra cosa” que me hacía aparecer alegre. Mi corazón no estaba desesperado, sino que pedía que todo en mí y en mi amiga fuera salvado. En medio de aquel dolor que se abría paso entre nosotros, me estaba sintiendo

⁶ Jn 3,16.

totalmente abrazada. ¡Una gracia que incluso las otras reconocían en mí! Fue un episodio que me cambió en las semanas siguientes. De vuelta a la rutina, a mis pequeñas cruces y fatigas, aquel hecho me acompañaba. ¡Es una gracia poder decir, incluso frente a las situaciones más dramáticas y dolorosas de mi vida, que hay una esperanza! No es algo que me haya inventado ni se trata de un cambio psicológico: es una esperanza que se ha introducido en mí por una presencia viva y carnal que me ha aferrado hasta las entrañas, que me ha cambiado la vida. ¡Qué gracia volver a caer en la cuenta de esto! Es una paz que me envuelve y no me abandona. Incluso ante amigos que han decidido decir que no a esta vida. Todo empezó con mi encuentro con CL y el cristianismo en la universidad, con rostros que me amaron incondicionalmente desde el primer momento, sin limitarse a mirar mi mal. Creo que, justamente por esto que me ha sucedido y por nada menos que esto, *nunca jamás* podría pensar que mi vida no vale o no tiene sentido».

Por lo que le ha sucedido, nuestra amiga puede repetir, como san Pablo, que se siente colmada de «una esperanza que no defrauda»⁷. Es la certeza que experimentó en el funeral lo que le lleva a decir: «¡Nunca jamás!». La capacidad para estar dentro de cualquier situación y afrontarla es la prueba de que se tiene una esperanza que no defrauda. Escribe san Pablo: «¿Quién nos separará del amor de Cristo?, ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada? [...] Pero en todo esto venceremos de sobra gracias a aquel que nos ha

⁷ Rom 5,5.

amado. Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor»⁸.

¿Qué experiencia hace falta vivir para decir con certeza estas palabras? Es la experiencia que comenzó hace dos mil años. Pensemos en Juan y Andrés, en Pedro: desde que ese hombre entró en el radio de su vida, todo lo que hacían, todos sus afectos, sus quehaceres cotidianos, tenían un nexo con Él; cuando Lo seguían a los lugares a los que iba, ya no había espacio para otra cosa en su corazón⁹. Lo habían visto colgado en la cruz y después resucitado. Tratemos de imaginar cómo estarían ante la muerte de su madre o de una persona querida: se mantenía la concreción del dolor humano, no desaparecían las lágrimas, según los temperamentos, pero en ellos había algo invencible que era la alegría, porque tenían en los ojos a aquel Hombre muerto y resucitado; ya no podían erradicarlo de los ojos con que lo miraban todo. Como dice el papa Francisco: «Es la compañía de una Presencia que no depende en última instancia de las circunstancias externas, sino que se nos regala; una familiaridad con Jesús en la que se crece día a día»¹⁰.

Giussani nos lo testimonió hasta el final de su vida. En el que sería su último saludo al término de los Ejercicios de la Fraternidad de 2004, en una situación evidente de límite y de sufrimiento, dijo: «La victoria

⁸ Rom 8,35-39.

⁹ Cf. L. Giussani, *Si può (veramente?!) vivere così?*, op. cit., pp. 363-364.

¹⁰ Francisco, *Il Cielo sulla Terra*, LEV, Città del Vaticano 2020, p. 272.

de Cristo es una victoria sobre la muerte. Y la victoria sobre la muerte es una victoria sobre la vida. Todo tiene una positividad, un bien que lo invade todo [...], de modo que cualquier contradicción o dolor encuentre respuesta positiva en el cauce de esta vida. [...] Porque la vida es hermosa: la vida es bella, es una promesa que Dios nos hace con la victoria de Cristo. Por eso, al levantarnos cada día –cualquiera que sea la situación que experimentemos, incluso la más difícil o dolorosa en extremo– hay un bien a punto de nacer en el límite de nuestro horizonte humano»¹¹.

Esta positividad irreductible incluso ante la muerte es la prueba de que se tiene una esperanza que no defrauda, una esperanza que es experiencia de algo que existe. «El futuro se apoya en algo que poseemos desde ahora o que, más bien, “nos posee” ya desde ahora»¹².

b) El sufrimiento

Al igual que la muerte, el sufrimiento también forma parte de la vida humana. No solo el sufrimiento ligado a nuestra misma finitud, sino también el que provoca la responsabilidad de los hombres. «Debemos hacer todo lo posible para superar el sufrimiento, pero extirparlo del mundo por completo no está en nuestras manos, simplemente porque no podemos desprendernos de nuestra limitación, y porque ninguno de

¹¹ L. Giussani, «Intervención final», en J. Carrón, *El destino del hombre*, Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación, Rímimi 2004, p. 48.

¹² L. Giussani, *Toda la tierra anhela ver tu rostro*, Encuentro, Madrid 2018, p. 61.

nosotros es capaz de eliminar el poder del mal, de la culpa»¹³. El modo de relacionarse con el sufrimiento y con los que sufren es un indicador de la verdad de la experiencia humana de cada uno de nosotros y de toda la sociedad. Cada vez se percibe más en nuestros ámbitos de vida una censura del sufrimiento, una huida de todo aquello que podría requerir un sufrimiento o participar en el padecimiento de otros. Sin embargo, vemos que no existe verdadera relación con el otro sin compartir su sufrimiento; no puede existir relación amorosa sin despojarse de uno mismo; no se da verdadera afirmación del bien, de la verdad y de la justicia sin aceptar el sufrimiento que esto comporta (y cuando la salvaguarda del propio bienestar se vuelve más importante que la verdad y la justicia, domina el poder del más fuerte, la intimidación, la mentira). Sucede lo mismo con el sufrimiento personal: por mucho que tratemos de eludirlo, nunca podemos evitarlo del todo, pues sería como evitar la vida misma. Cuando nos vemos acorralados por pruebas verdaderamente graves nos damos cuenta de que, para afrontarlas, no bastan nuestras pequeñas o grandes esperanzas, los pensamientos optimistas o los proyectos: se vuelve necesaria «la verdadera certeza, la gran esperanza»¹⁴, la certeza de una Presencia capaz de abrazar nuestro drama.

Como escribe el papa Francisco en la *Lumen fidei*: «Al hombre que sufre, Dios no le da un razonamiento que explique todo, sino que le responde con una presencia que le acompaña, con una historia de bien que

¹³ Benedicto XVI, Carta encíclica *Spe salvi*, 36.

¹⁴ *Ibidem*, 39.

se une a toda historia de sufrimiento para abrir en ella un resquicio de luz. En Cristo, Dios mismo ha querido compartir con nosotros este camino y ofrecernos su mirada para darnos luz. Cristo es aquel que, habiendo soportado el dolor, “inició y completa nuestra fe” (Heb 12,2). El sufrimiento nos recuerda que el servicio de la fe al bien común es siempre un servicio de esperanza»¹⁵.

Lo que necesitamos esencialmente es ver testimonios de esta verdadera y gran esperanza que nace de la fe, es decir, personas que demuestren con su vida que, en compañía de Cristo, de Su presencia, se puede vivir el sufrimiento sin hundirse en la oscuridad de la soledad, del vacío de sentido, del abandono: con Cristo, con Su muerte y resurrección, escribía Benedicto XVI, «en cada pena humana ha entrado uno que comparte el sufrir y el padecer; de ahí se difunde en cada sufrimiento la *con-solatio*, el consuelo del amor participado de Dios y así aparece la estrella de la esperanza»¹⁶. Esto es justamente lo que ponen de manifiesto los testimonios. «Precisamente porque ahora se ha convertido en sufrimiento compartido, en el cual se da la presencia de otro, este sufrimiento queda traspasado por la luz del amor»¹⁷. Un sufrimiento que no es compartido, que no es abrazado por una Presencia que no desaparece, por el amor de Dios a través del amor de los hombres, se vuelve ciego e insoportable.

«En noviembre de 2019 me diagnosticaron un tumor muy agresivo en estado ya avanzado. Al principio

¹⁵ Francisco, Carta encíclica *Lumen fidei*, 57.

¹⁶ Benedicto XVI, Carta encíclica *Spe salvi*, 39.

¹⁷ *Ibidem*, 38.

fue un *shock* que sacudió mi vida y mi familia. Tenía la sensación de estar a merced de acontecimientos adversos y totalmente incontrolables. Todo empezó a cambiar cuando un amigo vino a verme para decirme que no tenía que sentirme agobiada, sino abrazada por Cristo en esa situación. Desde ese momento empecé a ponerme en Sus manos, a fiarme del designio de Otro. Todo lo que había escuchado, leído y repetido durante tantos años de pronto se hacía carne. Mi fe estaba en juego y se me pedía pasar “de la teoría a la práctica”. Acepté el desafío de verificar la hipótesis que me propuso este amigo de que Cristo no me había abandonado y estaba conmigo en esa circunstancia. Los frutos de gracia no tardaron en llegar. Cambió la relación con mi marido y con mis hijos, empecé a mirarlos como la compañía más cercana de Cristo en mi vida. Ni siquiera es un obstáculo el dolor físico agudo, que asusta y saca a la luz toda nuestra fragilidad. He empezado a amar las circunstancias, a despertarme por las mañanas acogiendo la jornada con el entusiasmo de un niño que espera de sus padres un regalo muy deseado. La relación con amigos antiguos y nuevos se ha vuelto muy valiosa o se ha renovado. Lo que parecía una amistad apagada ha desvelado su naturaleza de compañía para la vida, capaz de penetrar con la misma intensidad en las cosas importantes o en las necesidades más triviales. Han surgido nuevas relaciones y encuentros con personas en el hospital, donde he pasado mucho tiempo: médicos, enfermeros y compañeras de habitación. Sería difícil contar todos los encuentros que he tenido. Uno en especial me ha marcado mucho. Cuando tuve que afrontar una segunda operación, aun siendo de índole

optimista, tenía miedo, me veía sin fuerzas ante esa segunda intervención. La noche antes de la operación me acompañó un amigo al que conocí con motivo de mi enfermedad. Al terminar la conversación, me preguntó qué significaba para mí en ese momento “vivir intensamente la realidad”. Pensando en la experiencia que había vivido hasta entonces, le respondí inmediatamente que quería disfrutar de todo, también de esos momentos, pero que para eso era necesario ir hasta el origen de cada cosa, seguir reconociendo la presencia de Cristo en la realidad y en mi vida. Él me propuso entonces que recordara este deseo como último pensamiento antes de la operación y también nada más despertar. La intervención me dejó aturdida y los médicos me dijeron enseguida que tendría que permanecer inmóvil en la cama diez días. Me pregunté cómo podría vivir intensamente, pues tenía una percepción confusa de la realidad debido a la anestesia y el dolor, y no podía moverme. ¿Qué significaba para mí encontrar a Cristo si no podía hacer nada más que girar la cabeza en la cama? En ese momento me di cuenta de que, al girar la cabeza, a pesar de la confusión, la realidad estaba ahí, y entonces empecé a mirar: veía las paredes de la habitación delante de mí y, sobre todo, vi que conmigo en la habitación había otra persona ingresada, de la que, por el tamaño de la mesilla, en ese momento solo veía sus piernas. La nueva compañera de habitación se llamaba igual que yo y tenía el mismo tipo de tumor. Empezamos a charlar sobre nuestra vida y, en el largo mes que pasamos juntas, le conté de todo, igual que ella a mí. Aprovechando el ingreso, pedí que me trajeran la comunión todos los días, y mi amiga al principio asistía curiosa, haciéndome muchí-

simas preguntas. Una mañana ella también pidió la comunión y desde entonces empezamos a rezar juntas con el capellán, el “frailecillo”, como lo llamábamos. Con el paso de los días nuestra habitación se convirtió en un lugar donde nos preguntábamos qué es lo esencial en la vida. Ese nivel de relación entre nosotras implicaba a cualquiera que entrara en la habitación: médicos, enfermeros, trabajadores sociosanitarios, personal de limpieza, familiares, amigos de visita. Hasta mi marido y mi amigo ya no venían solo a verme a mí, sino también a ella. Como decía mi amiga, nuestra habitación se había convertido en un lugar donde sucedía literalmente de todo. Se habían “dilatado” las paredes de la habitación, atrayendo a todos. Durante el ingreso pedí a mi marido que me trajera la revista *Huellas*, con un ejemplar más para mi amiga, que la leía con curiosidad, sobre todo las cartas, y no dejaba de hablarme del cardenal Van Thuan. Cuando se enteró de que estaba enterrado en Roma, me dijo que estaba deseando ir a visitarlo. Un día, después de leer el informe del TAC, se dio cuenta de la gravedad real de su situación. Surgió en mí una pregunta que no solo se refería a ella sino sobre todo a mí misma: “¿En qué pongo mi esperanza? ¿En la curación o en la certeza de que todo es realmente para un bien, incluso un dolor o la muerte, y de que hay Alguien que me ha querido y me quiere en cada instante, que me ha hecho para la eternidad y no para disolverme en el olvido?”. Entonces la esperanza que podía ofrecerle era muy distinta del optimismo de quien quiere cerrar los ojos. Después del alta, que nos dieron con pocos días de diferencia, la relación con mi excompañera de habitación se mantuvo incesante, a pesar de vivir en

dos ciudades distintas. Al principio las cosas parecían ir bien, pero al cabo de unas semanas me di cuenta de que ella estaba cada vez peor. Me escribió diciendo que sentía cómo avanzaba rápidamente la enfermedad y sus fuerzas mermaban, que estaba cansada y que los médicos ya no podían hacer nada por ella. Presa del dolor, intenté repetirle que seguía rezando, pidiendo también un milagro. Quería hacer algo, pero me sentía impotente. Mientras estaba inmersa en estos pensamientos, no me di cuenta de que ella me había escrito lo único razonable, es decir, que quería abandonarse en los brazos del Señor. Fue mi marido quien me lo hizo notar, añadiendo: “¡Fíjate, ella está en paz!”. Decidí ir a verla a su casa. Me acompañaron mi marido y mi amigo. Estaba muy mal y nos confesó que lo que más deseaba era poder recibir la comunión. Al salir de su casa, buscamos la iglesia más cercana y el cura aceptó ir al día siguiente para la confesión, la comunión y la unción de enfermos. A los dos días murió. En los días siguientes escribí a su compañero, diciéndole que estaba agradecida por haberla conocido y que estaba segura de que había muerto “en gracia de Dios” y en paz. Él me respondió que en los últimos momentos estuvo inconsciente, pero que antes de morir había abierto los ojos, había sonreído y se había ido en paz. Lo que ha pasado es sorprendente. ¡Es increíble que, a través de una pequeña disponibilidad para estar en la realidad, haya sucedido todo esto! Cristo se ha hecho presente también en una circunstancia aparentemente hostil: estar paralizada en la cama de un hospital sin poder hacer otra cosa que girar la cabeza».

c) *El mal*

Qué frecuente es ser o sentirse prisioneros de los propios errores, encerrados en la alternativa entre el abatimiento por haber errado, la queja por no haber estado a la altura y la perenne justificación de sí, descargando la responsabilidad en los demás, en las situaciones. Oscilamos entre desesperación y presunción, en donde la segunda viene a interrumpir y a relevar a la primera. Y ante cada error de cierta importancia todo vuelve a empezar. ¡Qué fácil es quedarnos paralizados por nuestros remordimientos! Como el Miguel Mañara de Milosz, que vive aplastado por la vergüenza ante el mal que ha cometido: «No he trabajado. [...] He mentado. [...] He robado. [...] He matado. [...] Tengo vergüenza». Pero –pensamos muchas veces– cuando vemos repetirse, día tras día, los mismos errores, las mismas caídas, ¿cómo es posible no desesperarse? Hace falta que alguien venga a arrancarnos de nuestra condición, que nos libre del dominio del mal, de la medida que proyectamos sobre nosotros mismos. «Lo que ocurre es que piensas en esas cosas que ya no existen y que nunca han existido, hijo mío», le dice el Abad a Miguel Mañara, y añade: «Piensas demasiado en tu dolor. ¿Por qué buscas el dolor? ¿Por qué temes perder lo que ha sabido encontrarte? Penitencia no es dolor. Es amor». Es ese descubrimiento lo que llevará a Miguel Mañara a decir su «sí» a Aquel que le ha salido al encuentro. «Yo soy Mañara. Y aquel a quien amo me dice: estas cosas que has hecho no han sucedido. Si has robado, si has matado, ¡esas cosas no han existido! Solo Él es»¹⁸.

¹⁸ O.V. Milosz, *Miguel Mañara*, Encuentro, Madrid 2009, pp. 43-45, 48, 57.

Es como si el mal quedase reducido a cero por el poder infinito del perdón de Cristo. El «sí» que pone Milosz en boca del protagonista de su drama es el eco del «sí» de Simón a Jesús, «pronunciado por la conciencia de que ese rostro que le pregunta “Simón, ¿me amas?”, está lleno de perdón. [...] El “sí” de Pedro está construido sobre el perdón»¹⁹. Por ello, con todo lo que sabemos en realidad sobre nosotros, con toda la capacidad de mal y de error que tenemos, podemos esperar, podemos retomar el camino, porque la relación que el Misterio hecho carne, Cristo presente aquí y ahora, ha establecido con nosotros está dominada por el perdón, es perdón. Apoyados en este perdón, volvemos a empezar desde el principio mil veces al día. Solo en el perdón nuestra vida renace, solo en el perdón se construye nuestra vida.

«Todo el que tiene esta esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro»²⁰, dice san Juan en su primera Carta. Y Giussani comenta, en un pasaje vertiginoso: «Nosotros tenemos nuestra esperanza puesta en Cristo, en esa Presencia que, por muy distraídos y desmemoriados que estemos, no conseguiremos eliminar de la tierra de nuestro corazón –por lo menos no completamente– debido a toda la tradición mediante la cual ha llegado Él hasta nosotros. Tengo esperanza en Él antes incluso de contar mis errores y mis virtudes. Aquí no cuentan los cálculos numéricos. En la relación con Él no tiene importancia el número, no cuenta el peso medido y mensurable y tampoco cuenta todo

¹⁹ L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 130.

²⁰ 1 Jn 3,3.

el mal que podamos realizar en el futuro; no consigue usurpar el lugar principal que ocupa ante los ojos de Cristo el “sí” de Simón cuando yo lo repito. Entonces nace un torbellino desde el fondo de nosotros, como un aliento que sale del pecho y embriaga a nuestra persona haciéndola actuar, haciendo que desee obrar de una manera más justa: surge, brota del fondo de nuestro corazón la flor del deseo de justicia, de amor verdadero, auténtico, de ser capaces de gratuidad»²¹.

d) La incertidumbre ante el futuro

Quien ha hecho un camino en el que ha visto su vida cambiar se sorprende teniendo una certeza ante el futuro que llena de asombro. El mañana ya no tiene un rostro incierto o temible.

Escribe una universitaria: «A menudo, durante este periodo histórico tan inesperado y sobrecogedor, me conformo con una semi-normalidad, cayendo en la queja y los caprichos. Pero no puedo dejar de notar que en el fondo de mí misma subsiste una extraña positividad, que ni siquiera desaparece en los días más complicados. Hace unos días estaba estudiando en la biblioteca, absorta en mis pensamientos, y una compañera de piso más joven vino a buscarme y me preguntó: “¿Tú crees que algún día seré feliz?”. Sin dilación y con una sonrisa, le aseguré que sí. Después me pregunté: ¿cómo puedo garantizar al cien por cien a una persona que será feliz? ¿Por qué estoy tan segura

²¹ L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 95.

de que hay esperanza? Y me di cuenta de que mi historia habla de esto. Seguir a Cristo me ha cambiado la vida, no porque yo sea autosuficiente o mis dramas se hayan resuelto; es más, soy bastante distraída y a veces me entristezco pensando en mis típicos viejos proyectos fracasados. Seguir a Cristo me ha cambiado la vida porque, después de muchos años de intentos, caídas, de rendirme al cansancio y volver con más o menos responsabilidad, empieza a abrirse paso en mí la conciencia de que todo es para mí. Lo único que me permite dejar a un lado mis pensamientos y proyectos es experimentar una y otra vez cómo Cristo me llena. Me doy cuenta enseguida porque es como si empezase a descansar, como si después de tanto deambular volviese a casa».

Seguir a Cristo cambia la vida. Es la descripción de una experiencia, no una frase vacía. Lo que nos libera de pensamientos y proyectos, como ha escrito nuestra amiga, es «experimentar una y otra vez cómo Cristo me llena». Se da cuenta enseguida por lo que sucede en ella: es «como si empezase a descansar». El cambio que vive en el presente hace aflorar en ella una certeza sobre el futuro, es decir, una esperanza que le permite responder sin dilación que sí a la amiga más joven que le pregunta si alguna vez será feliz. Sin una certeza en el presente, que hace posible mirar con certeza al futuro, no podría tener el atrevimiento de responder inmediatamente con un «sí» a una pregunta semejante. No tendría la energía para sostener ese «sí». En cambio, esto resulta posible en un lugar que genera una «extraña positividad» en quien pertenece a él: se empieza a apostar por el futuro en virtud de una realidad presente.

La realidad presente de Cristo es también la única fuente de la paz. Solo una presencia capaz de responder al conjunto de nuestras incertidumbres –acerca de la muerte, el sufrimiento, el mal, el futuro– puede traer paz a nuestra vida, moviendo nuestra atención de nosotros a Él, y por tanto a los demás. Sin presencia no arraiga dentro de nosotros la esperanza que no defrauda. ¿Qué eres Tú, Cristo, para nosotros? La seguridad de nuestra esperanza.

2. Sostener la esperanza de la gente

Hemos dicho antes que la diferencia que el encuentro con Cristo genera en nuestra vida es el factor que comunica la esperanza. Por ello, subraya Giussani, «todos los días debemos desear ese cambio mediante el cual la esperanza se dilata en el mundo». El cambio tiene como primer objeto a nosotros mismos, nuestra vida cotidiana, y tiene «como horizonte infinito la necesidad de los demás, la ayuda que podemos ofrecer a la necesidad de los demás»²². El objetivo de Dios es llegar a todos. Pero para llevarlo a cabo utiliza un método particular: llega a todos a través de algunos. Este es el método que ha elegido el Misterio para comunicarse al hombre de cada época. En el diálogo ya citado con Testori, Giussani lo subraya: «Me parece que ha llegado el momento en que, si el Señor quiere salvar Su obra, debe renovar a las personas; debe llamar a la existencia a aquellas personas, a aquellas compañías

²² L. Giussani, «Cristo, la esperanza», *Nueva Tierra. Revista de Comunión y Liberación*, op. cit., pp. 13-14.

de las que hemos hablado, debe crear aquellos movimientos a los que aludimos antes. Ha llegado el momento. Es el signo de los tiempos. Por tanto, paradójicamente, este momento en que la crisis toca su fondo es el momento de mayor esperanza»²³.

Cristo se comunica al mundo a través del cambio humano que realiza en la vida de los que se encuentran con Él y se adhieren a Él. En quien se deja generar por Su acontecimiento, florece una sensibilidad inimaginable ante las necesidades de los demás, una pasión por su destino, independientemente de la situación en que se encuentren, un deseo de colaborar con su camino humano concreto. Afirma Benedicto XVI: «Estar en comunión con Jesucristo nos hace participar en su ser “para todos”, hace que este sea nuestro modo de ser. Nos comprometemos en favor de los demás, pero solo estando en comunión con Él podemos realmente llegar a ser para los demás, para todos. [...] “Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para él que murió por ellos” (cf. 2 Co 5,15). Cristo murió por todos. Vivir para Él significa dejarse moldear en su “ser-para”»²⁴.

El ser «para todos» que nace de la comunión vivida con Cristo, de la pertenencia a Él a través del lugar humano en que Él se hace experimentable, se expresa de muchos modos, según la multiplicidad concreta de las necesidades (como las ligadas al trabajo) y de las situaciones personales (abandonos, soledades, sufrimientos), llegando a cambiar la sociedad desde dentro.

²³ L. Giussani - G. Testori, *El sentido de nacer*, op. cit., p. 112.

²⁴ Benedicto XVI, Carta encíclica *Spe salvi*, 28.

Nuevamente se pone de manifiesto el método de Dios. «El cristianismo», escribe Benedicto XVI, «no traía un mensaje socio-revolucionario como el de Espartaco que, con luchas cruentas, fracasó. Jesús no era Espartaco, no era un combatiente por una liberación política como Barrabás o Bar-Kokebá. Lo que Jesús había traído, habiendo muerto Él mismo en la cruz, era algo totalmente diverso: el encuentro con el Señor de todos los señores, el encuentro con el Dios vivo y, así, el encuentro con una esperanza más fuerte que los sufrimientos de la esclavitud, y que por ello transformaba desde dentro la vida y el mundo»²⁵.

En este sentido resulta ejemplar la Carta de san Pablo a Filemón. La circunstancia nos es conocida. Pablo escribe desde la cárcel una nota a Filemón de Colosas, convertido por él mismo al cristianismo, pidiéndole que vuelva a acoger a su esclavo Onésimo, que había huido a Roma, donde había conocido a Pablo, se había convertido y se había puesto a su servicio. De conformidad con las leyes romanas sobre la esclavitud, Pablo remite a Onésimo a Filemón, su legítimo dueño, acompañado de una carta: «Te encomiendo a mi hijo, a quien engendré en la prisión [...]. Te lo envío como a hijo. [...] Quizá se apartó de ti por breve tiempo para que lo recobres ahora para siempre, y no como esclavo, sino como algo mejor que un esclavo, como un hermano querido»²⁶. Pablo se apoya en la novedad que introduce el acontecimiento de Cristo: si ante las leyes eran señor y esclavo, en cuanto que aferrados por

²⁵ *Ibidem*, 4.

²⁶ Flm 1,10-17.

Cristo eran una sola cosa. Como escribe a los Efesios: «Somos miembros unos de otros»²⁷.

El gesto de Pablo parece una minucia comparado con el grave problema de la esclavitud, y sin embargo con él comenzó una transformación profunda que incidiría en la historia: «Aunque las estructuras externas permanecieran igual, esto cambiaba la sociedad desde dentro»²⁸. Es un método que puede parecernos demasiado lento; a veces nos gustaría que alguien se saltase la libertad de las personas, que modificase de golpe las cosas desde lo alto. Pero el método de Dios es el único capaz de obtener un cambio radical, el único que respeta e implica la libertad del hombre. «En efecto, al hombre», sigue diciendo Benedicto XVI, «no es posible curarlo solo desde fuera»²⁹. Como subraya Adrien Candiard en su libro dedicado a la Carta a Filemón, el cambio que introduce la actitud de Pablo está totalmente centrado en la libertad³⁰.

La circunstancia actual, con su innegable dureza – que todavía nos tiene en jaque en muchos aspectos– ha hecho que resulte paradójicamente más fácil descubrir lo que necesitamos para vivir, lo que puede sostener nuestra esperanza. «La vida es como un viaje por el

²⁷ Cf. Rom 12,5; Ef 4,25.

²⁸ Benedicto XVI, Carta encíclica *Spe salvi*, 4.

²⁹ *Ibidem*, 21.

³⁰ Candiard evoca el diálogo del Gran Inquisidor con Jesús en la novela de Dostoievski: «Jesús, piensa el Inquisidor, se equivocó en todo. Tenía medios para aplacar la insoportable tortura del hombre en lucha por su libertad. Podía, él que es Dios, ordenarle que hiciera esto o aquello, obligarlo, programarlo, salvarlo de sí mismo. [...] Jesús no hizo nada de todo eso. “En vez de coartar la libertad humana –le acusa el Gran Inquisidor–, le quitaste diques [...]. Querías ser amado con un libre amor, libremente seguido” (A. Candiard, *Sulla soglia della coscienza. La libertà del cristiano secondo Paolo*, EMI, Verona 2020, pp. 118-119); la traducción es nuestra.

mar de la historia, a menudo oscuro y borrascoso, un viaje en el que escudriñamos los astros que nos indican la ruta. Las verdaderas estrellas de nuestra vida son las personas que han sabido vivir rectamente. Ellas son luces de esperanza. Jesucristo es ciertamente la luz por antonomasia, el sol que brilla sobre todas las tinieblas de la historia. Pero para llegar hasta Él necesitamos también luces cercanas, personas que dan luz reflejando la luz de Cristo, ofreciendo así orientación para nuestra travesía»³¹. A propósito de esto, como he subrayado antes, Giussani hablaba de personas que son presencias. Pero atención, no se trata de personas con dotes fuera de lo normal, sino de personas conquistadas por el hecho de Cristo, que llegan a ser «presencia» por su pertenencia a la compañía cristiana. Lo muestra bien la carta que me ha escrito una joven madre.

«Me gustaría hablarte de una madre de nuestro colegio a la que he conocido este año. Los primeros días de curso nuestro hijo de cinco años empezó a hablar-nos de un niño nuevo que acababa de llegar, que no dejaba de pegarle y que era muy nervioso. Llena de curiosidad por saber quién era ese niño nuevo, descubrí que era hijo de una madre que se había quedado viuda poco antes del confinamiento. Pensar en esa madre sola recién llegada aquí me empujó enseguida a buscarla. Un día que estaba en el aparcamiento me puse a mirar las caras nuevas y le pregunté a una persona si era la madre del niño nuevo que había llegado a la clase. A su sí correspondió una invitación mía para comer al día siguiente, a la que después decidí invitar a otras dos familias de la escuela, para que

³¹ Benedicto XVI, Carta encíclica *Spe salvi*, 49.

podiese empezar a conocer a alguien. En la comida esa madre nos contó un poco su historia, nos habló de su amado marido que había muerto de cáncer con 35 años y de su vida sola con un niño de cuatro años. En mí surgió inmediatamente el deseo de hacerle compañía como oportunidad para mí, que en este momento estoy viviendo, aunque en la lejanía, la enfermedad de mi padre. Con ella nació enseguida una familiaridad, y su agradecimiento por mi invitación le movió a invitarme a su casa algunos días después y a buscar la relación conmigo. Me impliqué en la relación con ella por lo que soy, encomendando cada café a través de un Ángelus por la inadecuación que sentía, estando frente al hecho de que es atea pero sin censurar nunca lo que vivo y pidiéndole que me hablara de lo que vivía con respecto a su dolorosa situación. Una mañana me llamó. Acababa de salir de un centro médico porque había tenido fuertes ataques de pánico durante la noche. Tomamos un café y me dijo lo asombrada que estaba de haber pensado en mí como la primera persona a la que llamar al sentirse mal. Se conmovió y me dijo que no entendía por qué conmigo al final siempre lloraba y llegaba a ser ella misma. Durante esa conversación me confesó la dificultad que estaba viviendo: ella no quería hijos, y se había encontrado viviendo sola con un niño pequeño, enfadada con su marido porque había enfermado y la había dejado sola en esta vida. Yo le dije claramente que estaba segura de que su marido estaba todavía presente y la acompañaba, aunque de una forma distinta, y que lo que deseaba para ella era que estuviese agradecida por estar viva y volviese a esperar algo de la vida. Le pregunté: “cuando te levantas por la ma-

ñana, ¿estás agradecida por existir un día más y por respirar? ¿Piensas todavía que te espera algo bonito?”. Ella me dijo que nunca lo había pensado, y que nadie le había dicho nunca las cosas que yo estaba diciendo (en realidad a mí me parecían muy sencillas). La semana siguiente nos encontramos nuevamente para charlar y ella me sorprendió diciéndome que le había hablado de mí a su familia, de lo agradecida que estaba de haberme conocido, de cómo le había sorprendido que yo le abriese la puerta de nuestra casa, y que le había hablado de mí a su terapeuta. Me dijo: “¿Te acuerdas cuando me preguntaste si estaba agradecida por estar viva? Cuando fui el otro día a mi terapeuta le pedí que trabajáramos sobre esto; le dije que ya no quería trabajar más sobre la figura de mi marido y sobre el dolor, y que lo más interesante de estos meses me lo había dicho una nueva amiga al hablarme de la gratitud y de la vida. Le repetí que quería trabajar sobre eso porque quería seguir esperando algo del día a día, como tú me habías dicho”. Yo me quedé sin palabras, me sentí afortunada, abrumada y aferrada por enésima vez por una historia y por una Presencia que vive dentro de mí».

Esta es la documentación de una persona que es presencia en la normalidad de la vida, en medio de las circunstancias de todos: una madre conoce a otra madre que sufre, que está encerrada en su dolor y en su rabia, y la contagia con la esperanza que se ha establecido en su vida. «¡Qué grande es lo que estamos llamados a vivir y a realizar juntos (pues uno no puede apartarse de los demás)!», decía Giussani. Siguiendo por el camino que hemos empezado, descubrimos cada vez más que «pedir cada día las mismas cosas, pedir las muchas ve-

ces al día, crea una mentalidad, crea una personalidad y nos prepara continuamente, de manera que ya nada nos parece repentino o extraño, ni siquiera la muerte de alguno de nosotros. Dolor, pero miedo ya no. Ayudémonos pues a dilatar en el mundo esta esperanza, que no puede borrar el dolor –el mismo Dios, al hacerse hijo de una mujer, lo vivió– pero que arranca de raíz cualquier clase de miedo»³².

Con toda la carga de límite y de debilidad que llevamos encima, llegamos a ser presencia en la normalidad de la vida únicamente porque hemos sido alcanzados por el acontecimiento de Cristo, porque estamos disponibles a dejarnos abrazar por Él.

«Desde hace unos años, por distintos motivos, tenemos serios problemas económicos; incluso la propia Fraternidad nos ha estado ayudando un tiempo. A pesar de estas dificultades, he tenido que someterme a largos y costosos tratamientos. La semana pasada, después de haber pospuesto las citas varios meses con el fin de aplazar los pagos, fui a la última consulta y pedí que me prepararan la cuenta; ya no podía esperar más. Durante el tratamiento me había dado cuenta de que el médico estaba alejado de la Iglesia, y te confieso que nunca he tratado de decir o hacer nada para testimoniar lo que vivo. Al acabar la consulta, después de calcular lo que le debía, se sentó a mi lado y me dijo: “Señora, espero que acepte lo que voy a decirle. Está bien así, no quiero que me pague nada”. Yo lo miraba sin entender, pero él continuó: “Lo que usted me ha dado estos dos años vale mucho más que el dinero”.

³² L. Giussani, «Cristo, la esperanza», *Nueva Tierra – Revista de Comunión y Liberación*, op. cit., p. 14.

Yo seguía sin entender. “No puede imaginar –prosiguió– lo difícil que es trabajar todo el día escuchando a la gente quejarse por todo. Siempre veo personas descontentas. En este tiempo usted, con su positividad, su sonrisa, su mirada cuando habla de su hija enferma, me ha ayudado a vivir mejor y a mirar mi vida y mi familia de manera distinta, con agradecimiento. Usted me ha testimoniado que la vida es bella. Soy yo quien le debe algo, no usted a mí”. Salí de allí con los ojos llenos de lágrimas, porque yo no soy como ese médico me describió, en absoluto. Él no me ha visto a mí, sino a Jesús que le miraba a través de mí, estoy segura de ello. Corrí a casa a decirle a mi marido que había sucedido un milagro, con el corazón lleno de una felicidad que no soy capaz de describirte. Pero el milagro no es que me hayan condonado una deuda de varios miles de euros sino algo mucho más grande que yo ni siquiera miraba, con lo que el Señor ha querido sorprenderme: mi cambio, mi conversión. Él también está en mí, está incluso en mí se podría decir, y con esta vida tan desastrosa puedo contribuir, aunque sea mínimamente, a que Lo conozcan de verdad. Ver que dentro de todos mis problemas e infidelidades, de mis miserias y mi total incapacidad, Él está y actúa, sin que yo haga nada más que buscarlo en todo e invocarlo siempre que puedo, me ha hecho entender que hay un bien más valioso que cualquier otro, y que Él me está regalando ese bien mediante el movimiento: es la certeza de que el Señor me está cambiando de verdad. Esto me llena de una esperanza y una serenidad que nunca había experimentado. Ahora puedo decir en voz alta todo el día: “Tu gracia vale más que la vida”, porque nada me ha dado una alegría mayor. Gracias Julián, a ti, a la Fraternidad

y a toda esta historia que he encontrado, porque sin vosotros, que me indicáis siempre adónde mirar para verlo a Él, nunca me habría dado cuenta del milagro que está sucediendo en mí».

«Nosotros», dice Giussani, «somos el instrumento con que Cristo se comunica al mundo. Es decir, es en la normalidad de la vida donde arraiga, donde se alimenta, donde tiene su fuente el ímpetu más grandioso humanamente hablando, ese por el que el hombre se comunica a sí mismo a otro, ese por el que el hombre se sacrifica, se vuelve sagrado para el otro, ese por el que el hombre lleva a la vida de otro el reclamo y la presencia de su destino». Somos instrumento de la comunicación de Cristo «en la normalidad de la vida cotidiana, en esta normalidad en que actúan la conciencia de Su presencia y la vida de la compañía, en esta emoción y en esta conmoción: se trata de una emoción porque muestra una belleza, la belleza de la verdad, la seguridad del destino, y se vuelve conmoción porque mueve, porque lo mueve todo». La vida se convierte en pasión: «pasión por el ser», pasión «por la verdad, por la belleza, la justicia, el amor, la felicidad». Florece una pasión inimaginable por el ser. «Es esta positividad como característica esencial de la mirada y del afecto lo que el hombre que sigue a Cristo trae al mundo, [...] una positividad sin fin, una positividad que es como una ola que lo invade todo»³³.

A propósito de esto hay un pasaje de Von Balthasar de 1961 que merece la pena releer. No solo no ha perdido actualidad, sino que incluso la ha ganado con el

³³ L. Giussani, *Un evento reale nella vita dell'uomo (1990-1991)*, op. cit., pp. 105, 107; la traducción es nuestra.

tiempo: «El cuerpo de Cristo es ya, y, a la vez, se está haciendo; por ello, san Pablo lo compara con el cuerpo humano que va creciendo hacia la edad plena, probando y manifestando sus fuerzas propias en la materia que le adviene de fuera. El fundamento de la Iglesia y su estructura no pueden crecer; pero sí puede hacerlo la esfera de la vida, que está formada preponderantemente por los laicos. Los hombres que desempeñan un ministerio (que, en cuanto son miembros, tienen que crecer, como todos los demás) son cuidadores y jardineros del crecimiento. Corresponde a los laicos ser el crecimiento y el florecimiento, que es lo único que puede convencer al mundo de la verdad de la doctrina de Cristo»³⁴.

³⁴ H.U. von Balthasar, «El seglar y la Iglesia» en Id., *Sponsa Verbi*, Encuentro y Cristiandad, Madrid 2001, p. 333.

APÉNDICE

Preguntas y respuestas*

«A veces me parece que la realidad está como manchada: hay sufrimiento y dolor, oscuridad y tristeza. ¿Cómo se pueden vivir todos esos aspectos de la vida sin censurarlos? ¿Qué quiere decir vivirlos intensamente, y de qué modo puede el hecho de vivir todo intensamente llegar a ser camino para la certeza presente?»

Yo me pregunto: ¿vosotros conseguís de verdad censurar todos estos aspectos de la vida –el sufrimiento, el dolor, la oscuridad, la tristeza–, es decir, censurar la dramaticidad de la vida? Yo no puedo hacerlo. Lo quiera o no, al final se me imponen. Entonces, la cuestión es cómo afrontar estos aspectos de la existencia que, en última instancia, nadie puede evitar. A menudo domina la modalidad que está implícita en la pregunta planteada: percibirlos como obstáculos para el propio camino. Lo que nos parece más razonable entonces es tratar de no tomarlos en consideración, censurarlos. Pero existe otra posibilidad. Un momento decisivo de

** En la jornada conclusiva de los Ejercicios de la Fraternidad de CL (16-18 de abril de 2021), cuyos contenidos están recogidos en este volumen, tuvo lugar una Asamblea en conexión por vídeo, durante la cual respondí a algunas preguntas que me planteó Davide Prospero y que resumían las más de dos mil que habían llegado de todo el mundo la noche anterior.*

mi vida fue cuando ciertos datos que no podía eliminar definitivamente y que percibía como un obstáculo, como una tomadura de pelo, como una medida sobre mí mismo (porque no era capaz de apartarlos), se convirtieron en «compañeros de camino», es decir, en ocasión para ir hasta el fondo de mí mismo, hasta el fondo de la realidad y de lo que yo había encontrado: Cristo. Fue un descubrimiento fundamental. Desde entonces, desde dentro de mi experiencia, empecé a entender por qué es tan crucial «vivir siempre intensamente la realidad»: porque solo así podemos entrar en la profundidad de las cosas, experimentar qué hay en el corazón de la vida.

Muchas veces, debido al miedo que experimentamos, nos quedamos en la apariencia. Como tenemos miedo del riesgo, de la exigencia de la razón, de lo que somos como «dato», tratamos de «taparlo» todo. Pero esto nos debilita, nos encoge cada vez más, nos vuelve cada vez más incapaces de afrontar las situaciones. ¡Yo no quiero esto! Yo quiero vivir intensamente para poder llegar a estar seguro de que el ser vence sobre la nada. No puedo vivir toda la vida con una espada de Damocles sobre la cabeza, con la sombra de la nada acechando sobre mí, casi como pidiendo perdón por existir. Quien quiera vivir así, adelante, yo no soy capaz, ¡ya no soy capaz de hacerlo! Por eso he dicho que fue un momento decisivo de mi vida cuando todas esas cosas que me parecían un obstáculo se convirtieron en ocasión para una relación, para ponerme en juego, para ir hasta el fondo de lo que había encontrado. El primer resultado fue un descubrimiento completamente nuevo de la realidad. Y ahora quiero seguir mirándola a la cara. Es el motivo por el que, al

comienzo de la pandemia, invité a no esconderse detrás de este o aquel parapeto para evitar echar cuentas con la realidad. Quienes han secundado esta sugerencia han podido darse cuenta de lo que han ganado. Pero también quienes no lo hayan hecho habrán podido ver qué han ganado, si se han descubierto más ellos mismos o se han vuelto más desconfiados. La vida no da tregua a nadie.

Siempre estaré agradecido a Giussani por haberme testimoniado y comunicado una mirada verdadera y sin velos sobre la realidad que ha entrado en mis venas. Al conocerlo he podido empezar a mirar ciertas cosas que antes me bloqueaban, prestando atención a cómo las miraba él. Recuerdo las primeras veces que participaba en gestos del movimiento. No entendía bien el italiano, pero no podía evitar experimentar una repercusión en mí por el modo con que él afrontaba la jornada, hablaba, se relacionaba con la gente; aunque no entendiera todo, esa repercusión me hacía volver a casa impregnado de una mirada nueva. Una mirada que no me podía dar a mí mismo. Había conocido a alguien que no tenía miedo de mirar nada, absolutamente nada, y entonces me entraban ganas de no vivir ya bajo chantaje, con el brazo levantado para protegerme de las circunstancias. Me había topado con un hombre gracias al cual las circunstancias que yo antes percibía como un obstáculo, por una mirada ofuscada y llena de miedo, se habían convertido en ocasión para hacer un camino, un recorrido, para ganar una certeza en la vida.

Este es el desafío para cada uno de nosotros. Todos hemos comprobado cómo hemos mirado la realidad en este tiempo, no podemos hacer trampas. Hay quien

—como hemos podido ver en los testimonios citados—, por el camino que ha hecho, tiene dentro una esperanza segura y quien, en cambio, ha acabado sucumbiendo ante el miedo, ante la nada. Y aquí no tiene nada que ver la capacidad o la inteligencia. La diferencia la establece una sola cosa: tomarse en serio una hipótesis que es razonable seguir por el encuentro que uno ha tenido, y someterla a una comprobación. No es un problema de coeficiente intelectual y tampoco de coherencia ética: es un problema de libertad y de afecto por la propia humanidad, para que no quede aplastada por la nada. El resultado de esta alternativa es llevar estampado en la cara el miedo o la certeza (una certeza vivida por gracia y testimoniada delante de cualquiera, empezando por los propios hijos) de que se puede vivir todo, realmente todo, sin excluir nada, con una positividad última. Yo no quiero refugiarme en ningún escondite, quiero saber si es verdad o no lo que vivo.

«Simone Weil dice que la verdadera riqueza no se busca, sino que se espera. ¿Cómo se concilia esto con la cuestión del riesgo, según la cual, en mi relación con Jesús, para dejarle espacio a Él, estoy llamado a poner en juego mi talento? Has dicho que la espera pertenece a nuestro tejido original: somos espera. Pero la espera, vivida con esta tensión tan fuerte, ¿no corre el riesgo de convertirse en algo que no nos deja vivir plenamente el presente? ¿Cuándo el riesgo es algo verdadero y conveniente, y cuándo es una locura? Lo que nos bloquea es el miedo a perderlo todo si arriesgamos: cambiar de casa, de trabajo, de lugar, de amigos, por seguir la

percepción de una correspondencia. ¿Cómo decidir si lanzarse de cabeza o no?»

Estoy totalmente de acuerdo con lo que afirma Simone Weil: la verdadera riqueza solo podemos esperarla; nosotros la buscamos, pero no depende de nosotros encontrarla. ¿De qué naturaleza es entonces el problema? Giussani lo dice en el capítulo cuarto de *El sentido religioso*. «El verdadero problema que tenemos para buscar la verdad de los significados últimos de la vida no reside en la necesidad de una inteligencia particular, de un esfuerzo especial o de unos medios excepcionales que habría que usar para alcanzarla. La verdad última es como encontrar una cosa bella en nuestro camino: se la ve y se la reconoce, si se está atento. El problema, por tanto, es de atención»¹. Lo que el hombre desea es tan desproporcionado comparado con cualquier cosa que pueda imaginar y obtener con sus propias fuerzas, que la única actitud adecuada es esperar, esperar con los ojos abiertos de par en par. La verdadera riqueza se espera, como se espera a la persona amada: pueden hacerse todos los intentos que se quieran (ir a la peluquería, comprar ropa nueva, hacerse el simpático), pero ninguno de ellos produce la presencia deseada. Ella llega como un don, de forma absolutamente inesperada: ¡solo se la puede esperar!

¿Cómo se concilia –se dice en la pregunta– esta espera, en cuanto actitud fundamental de la vida, con el riesgo? La espera es de algo que corresponda con nuestros deseos. Lo único que puede hacer quien esté esperando a la persona amada es permanecer con los

¹ L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 57.

ojos abiertos a 360° para interceptarla cuando se presente. El riesgo empieza cuando uno la encuentra: si no quiere perderla, debe arriesgar en la implicación con ella, debe usar su talento, es decir su propia humanidad, que es lo más precioso que tiene. De otro modo la perderá. Sucede lo mismo en la relación con Cristo. El día en que fueron a escuchar a Juan Bautista a orillas del Jordán, Juan y Andrés no podían imaginar que aquello que su corazón más esperaba tendría la forma de ese rostro: Jesús de Nazaret. Una vez que se habían topado con Él, podrían haberlo dejado pasar, como otros que se habían encontrado con Él antes que ellos. En cambio, ¡Juan y Andrés arriesgaron toda su persona! ¿Fue razonable el riesgo que corrieron al seguirlo? ¿Es razonable seguir a alguien? Depende de con quién nos encontremos. Si la persona que aparece en el horizonte no te interesa, ni siquiera se te pasa por la cabeza arriesgar algo, pero si despierta tu atención, entonces no quieres perderla, ¡y en este caso lo difícil es “quedarse quieto”! Ante el atractivo de una presencia, el movimiento más obvio e irrefrenable es arriesgar, implicarse.

Si no prestamos atención al modo como suceden las cosas, le damos la vuelta a todo y entonces, como si fuese un juego mental, nos preguntamos cómo pueden darse a la vez la espera y el riesgo, sin llegar hasta el fondo de ellas. Lo primero que hay que hacer es mirar la realidad. Giussani lo subraya desde la primera premisa de *El sentido religioso*: «Observación completa, apasionada e insistente de los hechos, de los acontecimientos reales»². Nuestro camino se vuelve más

² *Ibidem*, p. 18.

difícil si desaprovechamos la gracia de haber conocido a alguien como Giussani. Yo no tengo ninguna otra cosa para caminar, no tengo ningún manual escondido, más que los instrumentos que tenéis vosotros. Observemos nuestra experiencia: cuando encontramos algo que corresponde por fin con la espera del corazón, arriesgar es la suprema conveniencia, porque sería una locura perderlo. La locura no sería arriesgar, sino dejar pasar lo que tanto nos interesa. Arriesgar por algo que no tiene valor, eso sí que sería una locura, porque no habría razones adecuadas para hacerlo.

Con una sencillez sublime, el Evangelio expresa de este modo lo que hemos dicho: «El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra, lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo»³. ¿Es una locura arriesgarlo todo para comprar el campo o es el negocio de la vida?

San Pablo lo tenía muy claro. «Todo lo considero pérdida comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor». ¿Qué es lo que había encontrado? «Por él lo perdí todo, y todo lo considero basura con tal de ganar a Cristo y ser hallado en él»⁴. El Cristo con el que se había encontrado san Pablo no es distinto del Cristo que hemos conocido nosotros. Existe un solo Cristo: el Cristo real –que nació, murió y resucitó y está presente hoy en la vida de la Iglesia, su Cuerpo misterioso–, no el de mis pensamientos, no el de mi imaginación, no el de mis interpretaciones. Por Él uno puede abandonarlo todo porque sin Él

³ Mt 13,44.

⁴ Fil 3,8-9.

todo lo demás carece de valor. Todo lo demás es nada comparado con esa «ganancia». ¿Acaso Pablo era un exaltado? ¿Se confundieron Juan y Andrés al ir detrás de Jesús, o fueron los más razonables de todos? ¿La fe es un problema de razonabilidad!

Cada uno está llamado a decidir si merece la pena arriesgar por lo que ha encontrado. La experiencia le proporcionará la verificación de su decisión. E incluso en el caso de que considerara que Cristo no merecía que se arriesgase por él, si mañana se da cuenta de que con ello solo ha ganado migajas, siempre podrá volver y buscar a aquellos que, al seguir a Cristo, viven por gracia una vida más deseable, más dramática y gozosa. Siempre será acogido. El corazón del problema es un juicio de estima con relación a lo que hemos encontrado. ¡No es un sentimentalismo barato! El sentimentalismo no mueve nada; lo que mueve nuestro yo es un juicio de estima por algo que corresponde por fin y que no queremos perder por nada del mundo. Si lo hemos encontrado, nos corresponde a nosotros decidir si lo seguimos o no. Si no lo hemos encontrado, lo único que podemos hacer es esperar, con los ojos abiertos de par en par, para interceptar cualquier signo suyo –como dice el poeta Antonio Machado– «a orillas del gran silencio»⁵.

«Ayer recordabas una frase que te había dicho Giussani: “Al final la diferencia está entre quien ha hecho un trabajo estable y quien no lo ha hecho”. ¿Puedes expli-

⁵ A. Machado, «¿Mi corazón se ha dormido?», LX, *Soledades (1899-1907)*, en *Poesías completas*, Espasa Calpe, Madrid 1988, pp. 130-131.

*car mejor qué entendía Giussani por “trabajo estable”?
¿Qué ayuda a que este trabajo sea estable?»*

La finalidad por la que Giussani dejó el Seminario de Venegono y fue a dar clase de Religión a un instituto fue ayudar a los jóvenes a percibir «la pertinencia de la fe a las exigencias de la vida». Este era su objetivo cuando subió los tres escalones del liceo Berchet. Lo expresó desde el principio. «Por mi formación en la familia y en el seminario primero, y por propia meditación después, me había persuadido profundamente de que una fe que no pudiera percibirse y encontrarse en la experiencia presente, que no pudiera verse confirmada por ella, que no pudiera ser útil para responder a sus exigencias, no podía ser una fe en condiciones de resistir en un mundo donde todo, *todo*, decía y dice lo opuesto a ella»⁶.

Giussani estaba convencido de que solo se podía alcanzar este objetivo a través de un camino, de un método. Lo que propuso fue fundamentalmente un método. Se había dado cuenta de que una cierta modalidad de comunicación de la fe –la que habían recibido los chavales que conoció en el Berchet y que antes había conocido a través del confesionario– ya resultaba ineficaz: poco después de recibir la primera iniciación en la fe, a aquellos jóvenes dejaba de interesarles el cristianismo. Comprendió que el problema era el modo como aquellos chavales habían sido introducidos en la fe, y se dio cuenta de que la clave eran los adultos. Como ha escrito recientemente nuestro amigo Lucio Brunelli: «La crisis de las “iglesias vacías”

⁶ L. Giussani, *Educación es un riesgo*, op. cit., p. 19.

viene de lejos, empieza cuando las iglesias estaban llenas»⁷. Giussani empezó a dar clase cuando las iglesias estaban todavía llenas. Había comprendido dónde estaba el problema: las personas ya no percibían la fe como pertinente a las exigencias de la vida, y por eso estaba perdiendo su interés. Había que proponer nuevamente el cristianismo en su naturaleza original, como acontecimiento de vida; su reducción a discurso o a ética no era y no es, de hecho, capaz de responder a la espera humana y no puede despertar el interés del hombre real. Por eso he citado el pasaje de Giussani: «Es un impacto humano lo que puede sacudir al hombre de hoy: un acontecimiento que sea eco del acontecimiento inicial, cuando Jesús levantó la mirada y dijo: “Zaqueo, baja enseguida, voy a tu casa”».

Justamente a partir del encuentro con este acontecimiento se vuelve posible y necesario hacer un camino de verificación. Si la Iglesia no puede hacer trampas, porque «ella es vida y tiene que ofrecer vida», tampoco el hombre puede hacerlas, dice Giussani. «Lo que se abre ante él es un camino verdadero al que su corazón debe estar dispuesto»⁸. Esto es lo que he llamado trabajo. No podremos resistir si no aceptamos hacer el

⁷ Continúa el artículo: «En los años 50, cuando la plaza de San Pedro no podía contener una multitud desbordada, un joven sacerdote lombardo decidió abandonar su carrera académica (y eclesiástica) para ir a dar clase de religión a un liceo estatal, el más laico de Milán. Durante un viaje en tren, conversando con unos jóvenes, ese cura –se llamaba Luigi Giussani– se dio cuenta de hasta qué punto la fe en Cristo era un horizonte muy alejado de sus vidas. Algo se estaba atascando en el mecanismo casi natural con que la tradición cristiana se había transmitido durante siglos de padres a hijos» (L. Brunelli, «Le chiese vuote e la fantasia di Dio», *L'Osservatore Romano*, op. cit., p. 9); la traducción es nuestra.

⁸ L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, op. cit., p. 288.

recorrido en que nos ha introducido Giussani con su propuesta. ¿En qué consiste?

La vida plantea problemas, cada uno los afronta con la modalidad o hipótesis que le sugiere el contexto en que vive –y que, de algún modo, hace suya– y que le lleva a verificar sobre el terreno su adecuación o inadecuación. Es lo que me pasó a mí. En los años setenta había tratado de afrontar los problemas de la vida ligados a mi vocación y a mi tarea sacerdotal partiendo de lo que había recibido. Pero enseguida me di cuenta de que esa modalidad que se me había transmitido no era adecuada. Había en mí un malestar último. Ese fue el momento en que conocí el movimiento, a finales de los años setenta.

Para mí fue crucial encontrar ante mí a un hombre –Giussani– en el que podía ver realizado lo que yo no era capaz de obtener con mi hipótesis de partida. No se produjo en mí una reacción sentimental –por mis circunstancias, en ese tiempo ni siquiera podía tener una relación cercana y frecuente con él– sino el reconocimiento claro de una diferencia. Desde entonces, ya no puedo hablar de las cosas que vivo sin hacer referencia a ese encuentro. Recuerdo, como ya he dicho, las primeras veces que iba a los gestos internacionales del movimiento, en donde lo veía solo de lejos, como muchos de vosotros, qué impacto producía en mí el modo que tenía Giussani de estar frente a la realidad. Me decía: «¡Aquí hay algo distinto!». Desde entonces no he deseado más que aprender ese modo, identificarme con esa mirada.

El punto clave de su insistencia era la experiencia. Giussani me invitaba constantemente a comparar entre lo que sucedía en mi vida y las exigencias profundas

de mi corazón. Esta comparación es propia del método que caracteriza su propuesta. «Siempre he dicho a mis alumnos desde la primera hora de clase que di: “No estoy aquí para que vosotros consideréis como vuestras las ideas que yo os doy, sino para enseñaros un método verdadero de juzgar las cosas que os voy a decir. Y las cosas que os voy a decir son una experiencia que es resultado de un largo pasado de dos mil años”»⁹. De este modo, Giussani puso en mis manos –lo he repetido muchas veces– el instrumento para hacer un camino humano. Decía: Cristo, el acontecimiento de Cristo, se confía al juicio de nuestra experiencia¹⁰.

Esta referencia a la experiencia fue decisiva para mí. Incluso cuando me equivocaba podía aprender algo. Una amiga me contaba que, en el pasillo de un laboratorio, se había topado con una compañera suya investigadora que estaba visiblemente triste. Le preguntó por qué lo estaba y la compañera respondió: «Porque ha fracasado el experimento». Entonces nuestra amiga replicó: «¡Pero un experimento es siempre un experimento!», es decir, siempre nos enseña algo; incluso cuando fracasa, implica siempre una ganancia para el camino de aproximación a la verdad. De este modo, al hacer experiencia, yo percibía cada día si mi modo de afrontar las cosas era adecuado, si mi intento respondía a las exigencias que tenía. Luego, cuando me encontraba frente a Giussani, comparaba cómo afrontaba él las cosas con cómo lo hacía yo, veía lo que sucedía en él y lo que sucedía en mí. No podía dejar de reconocer una diferencia evidente, una novedad deseable.

⁹ L. Giussani, *Educación es un riesgo*, op. cit., p. 19.

¹⁰ Cf. L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, op. cit., p. 285.

Si miramos el Evangelio, es lo que hace Jesús con los discípulos. Ellos afrontaban la vida según la hipótesis de trabajo que habían recibido de la pertenencia al pueblo de Israel. Hasta que conocieron a Uno al que ya no abandonaron por la novedad que percibían en él. Desde entonces afrontaron todo en Su compañía. En el Triduo pascual de los universitarios me he visto sorprendido, como no me había pasado nunca, pensando en Pedro, que desde el principio se implica con Jesús. «Él se había hecho dueño de su ánimo»¹¹, dice Giussani de Pedro, evocando el primer encuentro que tuvo con Él. ¿Cuál es el riesgo que corre Pedro –y que corremos nosotros–? Creer que ya sabe quién es Aquel que tiene delante. «¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?», pregunta Jesús a los discípulos. «Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas». «¿Y vosotros?». Pedro es el primero en responder: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo». «¡Estupendo, Pedro! Porque esto no ha salido de tu mollera, sino que es el Padre quien te lo ha revelado». Un instante después «comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día». Pedro, que creía que ya había entendido, que ya sabía quién era Jesús, dice: «¡Ni hablar!». Y Él: «Aléjate de mí porque tú piensas como los hombres, no como Dios»¹².

¹¹ L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 93.

¹² Cf. Mt 16,13-23.

Toda la vida de Pedro está marcada por la comparación continua entre su modo de estar en la realidad y el de Cristo, entre su medida y la de Cristo. Es en este trabajo estable de comparación donde se juega su partida, justamente por la correspondencia que Pedro ha experimentado en el encuentro con Jesús y que es el motivo por el que Lo sigue. No siempre ni en todo momento comprendía lo que Jesús proponía. El hecho de que Jesús tuviese que ir a Jerusalén a morir, por ejemplo, no le cuadraba: «¡No, no, imposible!». Pero pensemos en el lavatorio de los pies. Imaginémonos a Pedro, que tiene una pasión ilimitada por Jesús, cuando lo ve levantarse de la mesa y ceñirse para lavar los pies de los discípulos. Ahí choca de nuevo con Su diferencia abismal. Para Pedro aquello era demasiado: «¡No! ¿Lavarme los pies Tú a mí?». Jesús responde: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde». Llegados a este punto, la cuestión era si, incluso sin comprender, era razonable secundarlo o no. Pedro responde con ímpetu: «¡No, ni hablar de ello!». Pero, como en otras ocasiones, ante situaciones cruciales, Jesús no cede ante nadie, y menos aún ante Pedro, e insiste: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo». Pedro se rinde, deja de resistirse: «Si te pones así, ¡entonces no solo los pies, sino también las manos y la cabeza!»¹³. ¿Por qué acepta? Porque, al haber vivido con Jesús aquellos tres años y al haber comparado sin descanso lo que decía y hacía ese hombre con las exigencias de su corazón, no podía dejar de reconocer, incluso cuando no entendía –o no podía entender todavía–, que solo Él tenía palabras de vida

¹³ Cf. Jn 13,6-9.

eterna. «Si nos alejamos de ti, ¿a dónde iremos?». El apego lleno de razón a ese hombre era más fuerte que todas sus incomprensiones, que todas sus pequeñeces.

El trabajo estable que sugiere Giussani no requiere haber cursado un máster en Harvard, sino que es para todos, para gente como Pedro, como tú y como yo. No es un problema de tener una “inteligencia” especial, no es cuestión de erudición, no es una complicación, sino una comparación constante entre una presencia y el propio corazón, entre una presencia y el propio intento de afrontar los desafíos cotidianos, entre Su medida y la nuestra. ¿Había algo más interesante para Pedro que esta comparación constante entre su intento y lo que veía hacer a Jesús? Si Jesús no hubiese sido irreductible a sus interpretaciones, o si Pedro se hubiese marchado cada vez que las cosas no coincidían con su imagen, se habría perdido lo mejor. Es aquí donde se pone en juego el problema fundamental del método. En un determinado contexto, Giussani subraya que «el grave problema del movimiento, el gravísimo problema de los responsables, es que tienen el discurso [...], pero no tienen el método». Y añade: «La traducción de las ideas en método exige algo que [...] temo que no se da ni siquiera en los que han trabajado el primer volumen de la Escuela de comunidad¹⁴, [algo que] entra en la concepción, en la estructura de la razón [...]: el afecto. [...] Esto introduce el aspecto de método más importante: sin afecto no se conoce. [...] El conocimiento llega si uno tiene los ojos abiertos; la realidad está vacía si no nos toca. La repercusión de la realidad en los ojos se llama afecto, *affectus*. [...] Por

¹⁴ Se refiere al libro: L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008.

ello, el método está ligado a la palabra afecto. El afecto culmina el reconocimiento de la realidad, es decir, el reconocimiento del movimiento, en cuanto explicita la modalidad con que el movimiento corresponde y realiza [¡atención!] las exigencias fundamentales que definen el corazón del hombre. El corazón no es la fuente del sentimiento, es la fuente de la razón completa». Dicho esto, Giussani se pregunta: «¿Cómo es posible que se dé esta resistencia al método?». ¿Cómo es posible, después de haber percibido que Cristo corresponde con el corazón, que uno se resista? ¿Por qué se resiste Pedro? Porque «la libertad es como un puñal que entra dentro, se interpone entre el conocimiento y el *affectus* y trata de arrancar de sí el *affectus*, exaltando el conocimiento puro (racionalismo) o exaltando el afecto puro (instintividad, empirismo)»¹⁵.

Para seguir el método es preciso seguir una ley sin respetar la cual la libertad se equivoca: «Para afirmarse a uno mismo es preciso afirmar a Otro»¹⁶. Al haber conocido a alguien en quien hemos visto la realización más plena de nuestro yo (como dicen algunos de los testimonios citados), entendemos que afirmar a otro no es renunciar a la razón, sino la afirmación plena de la razón, porque afirmar a este otro es afirmarse a uno mismo. Pero si uno no hace un «trabajo estable», si no hace una comparación constante entre uno mismo y la presencia que ha encontrado, no podrá entender. ¿Qué habría sido de Pedro si no hubiese afirmado a

¹⁵ «Consejo de Presidencia. 11 de octubre de 1994», documento mecanografiado conservado en la Secretaría general de CL, Milán. Cf. también L. Giussani, *La autoconciencia del cosmos*, Encuentro, Madrid 2002, pp. 279-280.

¹⁶ «Consejo de Presidencia. 11 de octubre de 1994», documento mecanografiado conservado en la Secretaría general de CL, Milán.

Cristo? ¿Y qué habría sido de nosotros si no hubiésemos seguido a Giussani?

«Lo que tenéis que aprender de mí es una sola cosa: cómo se aprende»¹⁷, decía Giussani en 1978. ¿Estamos disponibles para aprender, para aceptar hacer un trabajo estable? Puedo verificar en mi experiencia lo que obtengo cuando sigo mi medida en lugar de secundar esa presencia que he reconocido como correspondiente con la espera del corazón: si no voy más allá de mi medida, no crezco, no adquiero esa estatura humana que hizo que Pedro se convirtiera en protagonista, en el comienzo del pueblo nuevo. Toda la preocupación de Jesús fue generar a Pedro, porque sin Pedro no habría quedado nada, ¡nada de nada! La genialidad de Giussani ha sido haber ligado al «sí» de Pedro la generación del pueblo. Es posible llegar a ser protagonistas como Pedro: basta únicamente con que nos dejemos generar por Él.

«Me gustaría que explicaras mejor la respuesta a la pregunta que planteaba la chica que decía: yo veo que este amor procede de mi madre, de mi padre, de mis amigos, pero no entiendo bien cómo en un momento dado entra en juego Cristo. El afecto de la familia, el bien de los hijos y nietos, ¿es o no la manifestación de Cristo? Los no cristianos también se quieren. Cristo es muchas veces para mí como un sello que pongo, pero no se sostiene».

¹⁷ L. Giussani citado en A. Savorana, *Luigi Giussani. Su vida*, Encuentro, Madrid 2015, p. 597.

«¿Cristo puede llegar a ser familiar únicamente a través de testigos? De este modo, ¿no existe el riesgo de limitar la posibilidad del acontecimiento? ¿Cuál es el valor de los sacramentos, la liturgia y la revelación mediante la Sagrada Escritura, de la oración personal para alcanzar una certeza de fe?»

Cuando un joven me plantea la primera pregunta, respondo: «Cuando te vas por la noche a dormir, ¿puedes decir con certeza que tu madre te quiere? No se trata de hacer grandes razonamientos. ¿Puedes explicar todos los gestos que la has visto realizar hacia ti de otro modo que no sea como signos de su amor? ¿O consideras que sus gestos están dictados por un interés (por ejemplo, que tú la cuides cuando ella sea anciana)? Dime si te convence cualquier otra interpretación de los signos que no sea su amor por ti. Los signos que ves remiten a un significado que no ves, el amor de tu madre. Pero tú tienes que vértelas con los signos». Y añade: «Sucede lo mismo con respecto al acontecimiento cristiano. Se trata de otros signos, que no se pueden comparar con los de una madre, pero la dinámica es la misma. Dime si puedes reducir la humanidad que ves testimoniada en ciertas personas al hecho de que son estupendas, simpáticas, bien educadas, generosas –completa tú el elenco de las posibles interpretaciones–, o si, por el contrario, te ves remitido a algo que no ves y que no consigues definir, pero que está implicado en lo que ves».

Esta es la cuestión: reconocer que dentro de esta compañía con la que nos hemos topado hay otro factor –no consigo definirlo, pero está–; reconocer que ciertos resultados humanos que veo, ciertas resonancias humanas que se manifiestan en ella, remiten a

algo que no veo, pero que no puedo dejar de admitir que está. Si lo eliminase, no daría razón de la experiencia que vivo. Dentro de esta compañía, en las personas que he conocido, hay algo irreductible –¡dentro, no fuera!–; el modo con que ciertas personas viven, afrontan la vida y la muerte no tiene explicación posible si no remite a algo misterioso que no veo. Si lo suprimo, elimino el origen de esa diferencia. Es decir, en el ejemplo de antes, elimino el amor cuyos signos veo, haciendo al mismo tiempo que dichos signos se vuelvan absurdos. El amor no lo puedo detectar con un aparato, no hay algoritmo que pueda calcularlo, pero eso no quiere decir que no exista. Imaginemos a una joven madre con sus hijos: ¿cómo puede demostrarles su amor, sino a través de signos? Y nosotros, ¿cómo podemos llegar a la certeza de la fe, si no es a través de los signos de Su presencia ahora, en el presente, y no en los recuerdos el pasado?

Si no hay algo presente –por pasar rápidamente a la segunda pregunta–, la liturgia no nos habla. Lo vemos en el Evangelio: cuando Jesús está presente, los discípulos comprenden las palabras de la Biblia y todo lo que habían dicho los profetas. La liturgia es sin duda el punto del que brota todo, pero al mismo tiempo hace falta que nuestro corazón esté constantemente abierto a ella de modo que, cuando escuchamos decir que Cristo ha resucitado, podamos no quedarnos indiferentes –como decía Brunelli en el artículo que he citado–, como le pasa a tanta gente. El origen último, misterioso, de nuestra fe es el acontecimiento que celebramos en la liturgia y que desafía constantemente a nuestra razón y nuestra libertad. Todo lo que sucede debe encontrar espacio en nuestro corazón.

«Nos has mostrado cómo circunstancias tan dramáticas como la muerte, el sufrimiento, el mal o la incertidumbre desafían a la esperanza, pero ¿cómo podemos mantener viva la esperanza en las cosas rutinarias que nos pasan todos los días? ¿Qué hacer cuando no nos vemos sacudidos por una experiencia extrema o dramática?»

«¡Qué fácil es quedarse atenazado por los remordimientos y por el mal cometido, hasta el punto de no ser capaces ya de ver Sus ojos, de reconocer Su presencia! Sin duda, esta es la circunstancia que más desafía a mi esperanza».

La respuesta a la primera pregunta es muy fácil: o el infarto o la educación, como digo a menudo con una imagen paradójica. La única alternativa a tener que esperar que sean las circunstancias dramáticas las que nos despierten, es la participación en un lugar que no podamos reducir a nosotros mismos, que nos eduque para mantener viva la esperanza. Como hizo Jesús con los discípulos: no los introdujo en la esperanza a través de circunstancias dramáticas sobre todo, sino con el atractivo de Su presencia. De forma análoga, Giussani nos ha introducido en la realidad, en la esperanza, no a través de una circunstancia dramática, sino en virtud de un atractivo irreductible que nos ha movido en lo más íntimo, algo que las circunstancias dramáticas pueden no producir. En última instancia, no hay alternativa a la educación continua porque, cuando superamos ciertas situaciones dramáticas, volvemos fácilmente al viejo *trantrán*. Es el riesgo que corremos ante la pandemia: acabar con un asunto dramático como si no hubiese sucedido nada. Si nuestra vida no está inmersa en un lugar que continuamente nos regene-

ra desafiándonos, resulta casi imposible no ceder a la nada de una vida sin significado, ahogándonos dentro de la rutina cotidiana.

Lo mismo puede decirse de los remordimientos. Frente a Uno que nos dice a ti y a mí, como le dijo a Pedro después de que negara que Lo conocía: «¿Me amas?»¹⁸, el problema no es desde luego el remordimiento por nuestras estupideces. Pedro Lo negó, cometió el mayor error que un hombre podía cometer, un error con mayúsculas y delante de todos (¡nada que ver con el remordimiento por nuestros pequeños o grandes errores!). Aquí se pone de manifiesto el corazón del problema. Pedro lo documenta antes incluso de su «sí» a Cristo. Los discípulos habían salido a pescar y no habían pescado nada. Desde la orilla alguien grita: «¿Por qué no echáis la red al otro lado de la barca?». ¡Una pesca a lo grande! Juan exclama con agudeza: «¡Es el Señor!», y Pedro se lanza enseguida al agua¹⁹. El afecto de Pedro por Cristo era más potente que su remordimiento. Jesús no le había preguntado todavía: «¿Me amas?», pero el afecto de Pedro estaba tan enraizado en sus entrañas, que ni siquiera la triple negación había podido arrancárselo. Esto es lo único que vence los remordimientos: el predominio de una Presencia y de un afecto más grande que ellos. Como dice Giussani hablando del «sí» de Pedro, hace falta una Presencia a la que decir que sí.

Tenemos tal afecto por Cristo que ningún error que hayamos cometido o podamos cometer nos podrá separar de Él.

¹⁸ Cf. Jn 21,15.

¹⁹ Cf. Jn 21,1-7.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 3

CAPÍTULO 1

«PEOR QUE ESTA CRISIS, ES SOLAMENTE EL DRAMA DE DESAPROVECHARLA» 7

1. El impacto con la realidad 7
2. Actitudes frente a lo que ha sucedido 12
3. El criterio de juicio 22
4. La huida de uno mismo 28

CAPÍTULO 2

SOMOS ESPERA 39

1. Un dato inextirpable 40
2. El afecto por uno mismo 44
3. «Ojalá rasgases el cielo y descendieses» 51

CAPÍTULO 3

UN SOBRESALTO IMPREVISIBLE 57

1. «Un imprevisto es la única esperanza.
Pero me dicen que decírselo es una estupidez» 58
2. Hay quien afirma que el imprevisto ha sucedido 67
3. Irreductibilidad del hecho cristiano 72
4. La experiencia y los criterios del corazón 81

CAPÍTULO 4

LA FLOR DE LA ESPERANZA 91

1. Una necesidad de certeza 91
2. La certeza de la fe
es la semilla de la certeza de la esperanza 115

CAPÍTULO 5

EL SUSTENTO DE LA ESPERANZA **129**

1. La dificultad del camino 129
2. La morada del Altísimo 136
3. El lugar de la esperanza 140
4. ¿Cómo reconocer este lugar? 147
5. ¿Cómo puede llegar a ser tuyo lo que ves en otro? 154

CAPÍTULO 6

LA ESPERANZA PUESTA A PRUEBA POR LAS CIRCUNSTANCIAS **169**

1. La esperanza que no defrauda 169
2. Sostener la esperanza de la gente 188

APÉNDICE 199

Preguntas y respuestas **199**

En este libro el presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación aborda una de las preguntas más habituales de este tiempo dominado por la incertidumbre: «¿Hay esperanza?». El impacto con la dureza de la realidad ha sacado a la luz toda la necesidad humana. Además, tal vez aún más en estos tiempos tan dramáticos, ningún corazón se conforma con respuestas parciales y grita el deseo de algo que esté realmente a la altura del desafío.

«Un imprevisto es la única esperanza», decía Montale. A lo largo de la historia resuena el anuncio de este imprevisto que causó un sobresalto en los primeros que conocieron a Jesús. Desde entonces, la semilla de la esperanza entró en el mundo y sigue hundiendo sus raíces en personas con las que se encuentra, cuyo corazón se reanima y vuelve a vibrar, despertando una «extraña positividad» y una audacia capaz de desafiar al mal, al dolor e incluso a la muerte en virtud de una experiencia presente.

JULIÁN CARRÓN nació en 1950 en Navaconcejo (Cáceres). Ordenado sacerdote en 1975, fue profesor de Sagrada Escritura en la Universidad San Dámaso de Madrid. En 2004 se trasladó a Milán, llamado por don Giussani para compartir con él la responsabilidad al frente del movimiento de Comunión y Liberación. Es presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación desde el 19 de marzo de 2005. Desde el curso 2004-2005 es profesor de Teología en la Universidad Católica del Sacro Cuore de Milán. En 2016 publicó el libro *La belleza desarmada*, en 2018 *¿Dónde está Dios?*, y en 2020 *El despertar de lo humano, Un brillo en los ojos y Educación. Comunicación de uno mismo*.

Portada: Vincent van Gogh, *Las lilas*, 1889.
Museo del Hermitage, San Petersburgo, Rusia.
© Foto Scala, Florencia